

# AKI

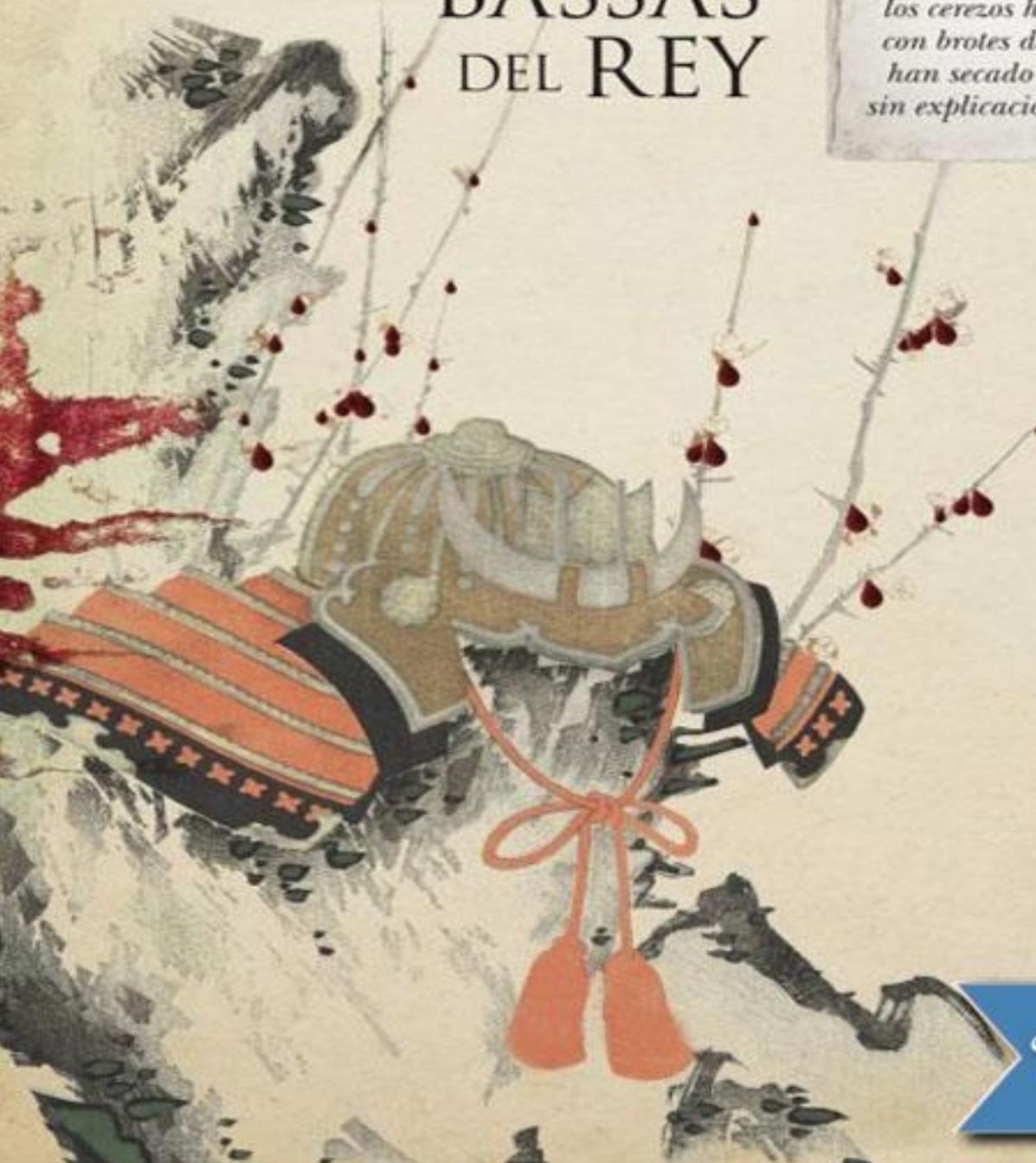
y el MISTERIO  
de los CEREZOS

CARLOS  
BASSAS  
DEL REY

秋

JAPÓN, 1605

*Tras un largo periodo de guerras, la victoria del primer sogún Tokugawa en la batalla de Sekigahara ha traído por fin la paz a todo el país. En la antigua capital de la provincia del clan Date, sin embargo, un suceso tenebroso ha alterado la tranquila vida de sus gentes: los cerezos han florecido con brotes de sangre y se han secado hasta morir sin explicación aparente.*



Lectulandia

Japón, 1605. Tras un largo periodo de guerras, la victoria del primer shogún Tokugawa en la batalla de Sekigahara ha traído por fin la paz a todo el país. En la antigua capital de la provincia del clan Date, sin embargo, un suceso tenebroso ha alterado la tranquila vida de sus gentes: los cerezos han florecido con brotes de sangre y se han secado hasta morir sin explicación aparente. Miyamoto, maestro de artes marciales e Investigador de Asuntos Especiales del clan, recibe la orden de aclarar el asunto. Antes de partir, solicita el permiso de su señor para llevar consigo a Aki, su hijo adoptivo y alumno: ésta será su primera misión. Con la ayuda de Ichiro, su mejor amigo, y de un monje guerrero llamado Takeshi, descubrirán que la misteriosa muerte de los cerezos esconde, en realidad, algo mucho más aterrador. Algo que guarda directa relación con el mundo de los espíritus.

Aki y el misterio de los cerezos es un vibrante relato de aventuras en el que, a través de un grupo de personajes maravillosamente trazados, se mezclan de un modo ágil y emocionante el mítico mundo de los samuráis con el de los demonios del Japón tradicional. A lo largo de sus páginas, el autor expone con destreza sus conocimientos sobre artes marciales, los principios que regían la vida de aquellos míticos guerreros, y la pasión por una cultura lejana y exótica. Pero, por encima de todo, esta novela narra el viaje iniciático de un adolescente por los principios esenciales del alma de un samurái: el honor, el respeto, la humildad, la justicia, la obediencia, la rectitud... Un código de conducta de la más absoluta actualidad.

**Lectulandia**

Carlos Bassas del Rey

# **Aki y el misterio de los cerezos**

ePub r1.0

OZN 27.02.14

Título original: *Aki y el misterio de los cerezos*

Carlos Bassas del Rey, 2012

Retoque de portada: OZN

Editor digital: OZN

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Isaac y Biel, mis dos sobrinos guerreros.*

# 侍

*«La vía del samurái exige estar siempre dispuesto a someter a prueba la firmeza de su resolución. Noche y día, debe seleccionar sus pensamientos y preparar una línea de acción.*

*Según las circunstancias, puede ganar o perder. Pero evitar el deshonor es un hecho distinto de la victoria o la derrota; para evitar el deshonor tal vez será necesario morir».*

YOSHO YAMAMOTO, HAGAKURE [Japón, 1710-1717]

# 戦

*Sendai, cinco años después de la batalla de Sekigahara.  
Periodo Edo.*

Me llamo Aki Monogatari, del clan Date de la región de Tohoku, y tengo catorce años. Desde que nací estoy al cuidado de mi maestro, Miyamoto Tsunetomo, Investigador de Asuntos Especiales de nuestro clan. Tras la muerte de mi padre, fui adoptado por él; nunca he sabido cuál fue su misión, tan solo que ofreció a cambio su vida, como correspondía a su honor y a su condición de samurái. Se llamaba Oishi Munetomo y murió sin saber que yo iba a llegar a este mundo. El único recuerdo que conservo es su catana rota, la última Muramasa, forjada por el legendario clan de espaderos antes de su definitiva prohibición.

Lo que os voy a relatar es fruto de las diversas pesquisas y viajes que mi maestro y yo realizamos para el clan a lo largo y ancho de sus dominios. Todo, absolutamente todo, es cierto.

# I. LA CIUDAD DE LOS ÁRBOLES



El mensajero llegó temprano. Los primeros rayos de sol comenzaban a asomar por detrás de las montañas generando sombras alargadas y fantasmagóricas a medida que avanzaban despacio por el jardín, con su cerezo ya prendido en flor, el dojo y la casa. El maestro desplegó la escueta nota y la leyó. El daimio en persona requería su presencia inmediata en el castillo.

Miyamoto se vistió a toda prisa. Le oía trajinar de un lado para otro buscando alguna prenda de ropa que no parecía encontrarse donde él esperaba. El maestro nunca dejaba entrar a nadie en su habitación, lo que había generado cierto caos en su pequeño mundo. Ni siquiera yo podía acceder a ella. Al cabo de un rato, escuché sus firmes pasos avanzando por el pasillo hasta detenerse frente a mi puerta. La deslizó y entró. Llevaba las armas sujetas en la mano izquierda y vestía su atuendo formal, rematado por un sombrero laqueado negro.

Tengo que ir a ver al daimio —me informó mientras se encajaba el sable largo y el corto en el cinturón—. No olvides tus ejercicios de caligrafía, los veré cuando regrese.

Un palanquín con la insignia del clan le esperaba frente al portón trasero. Siempre era así cuando nuestro señor le mandaba llamar. Miyamoto se acomodó dentro y el pequeño grupo salió a toda prisa en dirección al monte Aoba. En su cima se encontraban el castillo y la residencia del daimio.

La llegada de la primavera había templado las mañanas, desterrando definitivamente los rigores del invierno y su eterno manto blanco. Durante el trayecto, el maestro pudo observar la evolución de las obras de la ciudad. El sueño de nuestro señor Masamune crecía a un ritmo lento, pero constante. Hacía poco más de un año que el clan al completo se había trasladado desde Iwadeyama, al norte, a aquella pequeña y apacible localidad de pescadores y habían comenzado los trabajos de urbanización. El acceso a Edo, la gran capital, era mucho más sencillo desde allí.

La vida comenzaba a desperezarse por las calles, haciendo coincidir a aquellos que habían decidido apurar la noche con los que comenzaban en ese instante su jornada. Los primeros obreros trepaban aún somnolientos por los andamios de bambú

impulsándose con las palmas de sus manos y de sus pies con la destreza de un mono. Miyamoto se fijó en los agujeros que flanqueaban la avenida por la que ahora discurrían, que esperaban a ser rellenados con sus futuros árboles.

El mismo Masamune había diseñado la ciudad siguiendo parcialmente el estilo de los trazados rectangulares de algunas capitales de Occidente, con el castillo como atalaya desde la que poder observar el amplio valle de Tatsunokuchi. Este se extendía desde el mar hasta las montañas Ou, la majestuosa muralla natural que limitaba los dominios del clan por el este y por el oeste. Su intención era que cada patio de cada casa, cada nueva calle, cada avenida tuviera su propia hilera de árboles. Iba a ser una ciudad magnífica. La ciudad de los árboles.

El señor Masamune quería dejar su huella para la posteridad; un recuerdo colosal acorde con una grandeza que había tenido que pelear duro desde pequeño. Todos conocían su historia. Siendo un niño había perdido un ojo a causa de la viruela. Algunos afirmaban que se lo había arrancado él mismo, aunque probablemente se trataba de una habladuría difundida por sus círculos más cercanos para inspirar terror a sus enemigos. Su propia madre había querido apartarle de la sucesión en detrimento de su hermano pequeño debido a su defecto. No era la única. Se rumoreaba que había tratado incluso de envenenarle. El joven Masamune quiso demostrar a todos que se equivocaban. Se enfrentó a su hermano y le derrotó, convirtiéndose a partir de aquel momento en el único señor del clan Date por derecho propio.

Amigos y enemigos le apodaban dokuganryu, el dragón de un solo ojo, por su fiereza y astucia en el combate, y le reconocían de inmediato en el campo de batalla por la gran luna creciente de su casco. Nuestro señor no solo era un gran estratega y un hábil samurái, también destacaba por su afición a las artes y por su simpatía por los extranjeros venidos de mares lejanos, cosa que no era del todo del agrado del sogún (shogun). Ieyasu Tokugawa. Era lo que en los entornos del gobierno se denominaba un tozama, el señor de un clan periférico, y, por lo tanto, lejano a su control. Su lealtad al sogún, sin embargo, estaba fuera de toda duda. Así lo había acreditado en la batalla de Sekigahara, donde le había jurado lealtad como vasallo: su honor jamás le permitiría traicionarle bajo ninguna circunstancia. Antes acabaría con su propia vida.

El pequeño cortejo cruzó el río Hirose por uno de los nuevos puentes levantados a lo largo de su cauce, que trazaba un suave meandro a los pies del monte en su ya manso fluir hacia la desembocadura, y comenzó su aproximación al castillo. La fortaleza no tenía torre como símbolo de respeto y sumisión de Masamune al sogún, y como ejemplo de que una torre principal era algo absolutamente innecesario en los nuevos tiempos de paz.

Al llegar arriba, el cuerpo de guardia de la entrada lo dejó pasar sin detenerlo. Conocían perfectamente la identidad del hombre que iba dentro y la urgencia de su

visita. Miyamoto Tsunetomo era el maestro de artes marciales del clan. Como tal, se encargaba del adiestramiento de los hijos de su señor. Tenía su propia escuela en el recinto de casa y sus enseñanzas pertenecían exclusivamente al clan Date. Jóvenes espadachines procedentes de todos los rincones de Japón solicitaban sus destrezas al acabar sus enseñanzas en otras escuelas. El maestro Miyamoto, sin embargo, no acogía nunca a ninguno. Tan solo existía una excepción.

Un año atrás, el mismísimo sogún requirió sus servicios para que instruyera en el arte de la espada a sus hijos. Miyamoto se negó. El señor Tokugawa amenazó entonces con obligarle a cometer suicidio, pero mi maestro se mantuvo firme: había prestado un juramento sagrado. Ieyasu respetó su decisión y admiró su determinación. Finalmente, llegaron a un acuerdo: una vez al año, el gran Miyamoto Tsunetomo impartiría una única lección de un solo día a quien el propio sogún escogiera.

Las funciones del maestro Miyamoto, sin embargo, iban mucho más allá de enseñar el camino de la espada. Un verdadero samurái no debe formarse únicamente en el arte de la guerra; también debe completar su formación con disciplinas como la poesía, la música o la caligrafía, afirmaba. Era uno de los espadachines más respetados y temidos de todo Japón, y, a su vez, uno de los calígrafos más reclamados. Ambas vías surgen de un mismo tronco, me repetía constantemente: «Si quieres dominar el arte de la espada, debes dominar primero el de la caligrafía. Bunbu Ichi: la espada y la pluma son uno solo».

El señor Katakura le esperaba en el centro del patio. Era el vasallo mayor y mano derecha del daimio, conocedor de todos sus asuntos, públicos y privados. Se saludaron formalmente y le condujo hacia las estancias privadas del castillo. Nada más entrar, dejaron su catana y enfilaron por un largo pasillo. Ningún samurái podía entrar armado en la casa de otro. Tan solo le estaba permitido conservar el wakizashi, la espada corta: por eso se la conocía como la guardiana del honor.

Él y Miyamoto eran viejos amigos. Tenían aproximadamente la misma edad y habían luchado espalda contra espalda en más de una ocasión. Se admiraban y se respetaban. Compartir la inmediatez de la muerte es uno de los vínculos que más une a dos hombres.

A medida que avanzaban por el corredor principal, algunas de las tablas de madera del suelo crujían bajo el peso de sus cuerpos. Era uno de los sistemas de alarma típicos de muchas fortalezas para prevenir a sus ocupantes de la entrada de posibles asesinos sigilosos. Katakura recorrió la puerta de entrada a la antesala de recepciones e indicó al maestro que esperara. Se dirigió entonces hacia una nueva puerta y deslizó el nuevo panel. Al fondo, arrodillado sobre una tarima, les esperaba Masamune Date.

Kagetsuna Katakura ocupó su puesto, justo en el nivel inmediatamente inferior de

la tarima que correspondía a su señor. Miyamoto avanzó unos pasos hasta situarse frente a él, se postró, le saludó e irguió lentamente su cuerpo hasta sentarse sobre sus talones. Justo detrás del daimio estaba su armadura, rematada por su inconfundible casco: la media luna del dragón de un solo ojo. A su lado, sobre un arcón, reposaban su espada corta y su catana enfundadas en sus vainas de reposo.

—Hace tiempo que los cerezos florecieron en Okinawa y su nube rosa se extiende ya poco a poco hasta Hokkaido —pronunció Masamune con voz tranquila. Miyamoto asintió suavemente—. Sin embargo, me han comunicado que, en Iwadeyama, los cerezos se están secando. Nadie encuentra explicación alguna. Según mis informes, brotaron flores del color intenso de la sangre durante un día y luego se desprendieron, empapando el suelo a su alrededor como si fuera un campo de batalla. Después, los árboles comenzaron a marchitarse repentinamente.

El maestro entrecerró ligeramente los ojos. Jamás había oído que nada semejante hubiera sucedido en ningún rincón de las islas.

—El Festival de las Flores está cerca. Quiero que vayas allí y averigües qué está pasando —le anunció el daimio—. Es un mal augurio que los cerezos den flores de sangre en tiempos de paz.

Miyamoto volvió a afirmar con una única inclinación firme de su cabeza. Después, se quedó pensativo.

—¿Sucede algo? —le preguntó Masamune.

En aquel instante, mi maestro pronunció una frase que cambiaría mi vida para siempre:

—Quiero pedir permiso para que Aki me acompañe, mi señor.

El daimio pareció reflexionar por unos instantes. A veces parecía caer en un mutismo profundo.

—¿Estás seguro de que está preparado?

—Es hora de que empiece a enfrentarse al mundo —sostuvo Miyamoto.

—Está bien. Es tu responsabilidad —contestó finalmente Masamune.

El maestro se inclinó ceremoniosamente hasta casi tocar el tatami con la frente en señal de agradecimiento y de respeto. Después, regresó a su posición de rodillas y se incorporó lentamente. Katakura le acompañó de regreso al patio principal. Una vez allí, le entregó una bolsa llena de oro para los gastos y las instrucciones concretas de la misión.

—Los señores Imamura y Komon tienen órdenes de ayudarte en lo que haga falta. Están asustados y la situación les está superando —le reveló—. El daimio exige máxima discreción.

El clan tenía su propia estructura policial, compuesta por ayudantes e inspectores al mando de un samurái superior, que respondía directamente ante la administración de los Date. Los oficiales eran generalmente samuráis de familias pobres que habían

encontrado una salida honorable al servicio del orden público; los ayudantes, en cambio, pertenecían a menudo a otras clases. Oda Komon era el jefe de policía de Iwadeyama y también un antiguo amigo del maestro; el señor Imamura, por su parte, era el vasallo mayor de Masamune en la antigua capital y, por lo tanto, el responsable de su gobierno diario. Ambos habían sido valerosos guerreros y ahora ejercían su cometido administrativo en tiempos de paz: recaudar impuestos, mantener el orden público, solucionar pequeñas disputas domésticas e impartir justicia.

Ni Miyamoto ni Katakura olvidaban, no obstante, que todas las filas policiales de los distintos clanes estaban infiltradas por la metsuke y la ometsuke, los servicios de espionaje oficiales del sogún. Y luego estaban los onmitsu, agentes encubiertos situados a todos los niveles para controlar cada movimiento de los distintos daimios. Mantener un secreto en Japón era prácticamente imposible.

—Hay algo en esta historia que me da mala espina —expresó Katakura con cierto temor—. Ten cuidado, viejo amigo. Vivimos tiempos tranquilos, pero la situación es compleja: extrema las precauciones. La paz de Sekigahara aún es endeble y la mente de un hombre derrotado tarda en olvidar las afrentas: Hideyoshi sigue teniendo muchos seguidores.

El maestro regresó a casa justo en el momento en el que terminaba mis deberes de caligrafía. Me había encargado copiar un haiku:

*Sobre las olas*  
*Surca la primavera*  
*Flor de espuma*

Dejé el pincel de bambú junto al tintero y observé complacido el resultado de mi esfuerzo. Miyamoto se acercó, cogió la hoja de papel de arroz y la examinó largo rato. Sus ojos recorrían y escudriñaban la firmeza líquida de cada trazo. Lo dejó sobre el escritorio sin decir nada y se encaminó hacia su alcoba. La decepción me invadió completamente. Estaba orgulloso del trabajo realizado; mi maestro, sin embargo, no me había dicho nada. Ni siquiera había asentido levemente.

Al cabo de un rato, reapareció vestido con el kimono con el que solía ejercitarse en el dojo. Me miró y vio la decepción en mis ojos.

—Algunos hombres usan palabras bellas para adular a otros, pero no existe mayor signo de admiración y de respeto que el silencio.

Sin darme siquiera tiempo a asentir, salió de la estancia y cruzó el jardín en dirección al pequeño edificio que se levantaba en su extremo más lejano. Mientras me cambiaba, le vi detenerse frente al cerezo en flor durante un instante a través de mi ventana. La alegría había regresado a mi interior.

El maestro me esperaba dentro de la sala de prácticas. En ese preciso instante

terminaba de colocar un gran papel de arroz que cubría prácticamente media pared. En el suelo, a su lado, había un pequeño cubo de madera y varias esponjas de mar.

—Coge un bokken —me ordenó.

Fui hasta el armero y descolgué una de los sables de madera de roble. Saludé al arma y me dirigí a su encuentro. Al llegar junto a él descubrí que el cubo estaba lleno de tinta. Me indicó que pinchara una esponja con la punta del bokken y que la empapara en el líquido negro. A continuación, me indicó que escribiera la palabra shoshin en el gran papel de la pared, llenándolo por completo. Era uno de los diez principios fundamentales del budo y estaba formado por dos kanjis: sho, que significaba principiante, y shin, que representaba el corazón. Juntos constituían un recordatorio del espíritu que debe regir el interior de todo buen samurái: mantén siempre la mente, el corazón y la actitud del aprendiz.

Comencé a bosquejar el primer símbolo, pero mi trazo era tembloroso y dubitativo. Mis manos se movían pesadas e inseguras, como si mi propia mente no supiera cómo escribir aquella palabra que tan bien conocía. Miyamoto me observaba con atención. Cuando terminé, dejé el bokken sobre un taburete y me separé unos pasos hacia atrás. El resultado era desastroso.

—La habilidad de la caligrafía depende del espíritu y de la energía con la que se ejecuta. Un buen samurái debe obrar siempre sin dudar, sin mostrar ni cansancio ni desánimo hasta concluir su tarea. Si dudas al enfrentarte a un papel, aún dudarás más al enfrentarte a un hombre —expresó serenamente mientras daba la vuelta a la gran sábana blanca.

El maestro recogió entonces el bokken que había dejado sobre la banqueta, lo impregnó nuevamente de tinta y trazó con una caligrafía decidida y elegante los dos kanjis sobre el reverso de la lámina.

—Ichi go Ichi e, Aki —añadió citando una de las esencias de la Ceremonia del Té —: Cada momento es único y no volverá. En un combate no hay nunca una segunda oportunidad. Dudar es morir.

Miyamoto tenía el rostro serio y su tono de voz era firme. Sus ojos estaban clavados en mí. Había dureza en ellos, pero también un fondo de ternura y de preocupación. Nunca me contaba nada de sus reuniones secretas con el daimio; para mí simplemente significaban que se iba a ausentar durante un tiempo. Sin embargo, en aquella ocasión presentí que había algo más.

—Coge otro bokken —me ordenó de nuevo.

Me dirigí al armero y seleccioné un nuevo sable. El maestro había quitado la esponja de la punta del suyo y me esperaba en el centro del tatami con su arma sujeta a su cadera izquierda. Me situé a unos cinco pasos de él, imitando su postura, y nos saludamos como exigía la etiqueta antes de cada práctica. Después, empuñamos el sable con la derecha y lo deslizamos suave y ceremoniosamente a lo largo de la

palma izquierda, como si desenvaináramos una catana de hoja viva, hasta que las puntas quedaron prácticamente emparejadas frente a nosotros en posición de guardia media.

Nos observamos durante unos segundos, los ojos entrecerrados, la mirada perdida en un lugar indeterminado del contrincante. En un combate jamás debe mirarse al oponente directamente a los ojos, sino buscar un punto que te permita observar la tensión de todo su cuerpo, hasta sus más mínimos movimientos: un ligero temblor en la mano, los dedos cerrándose y aferrándose a la empuñadura, un gesto apenas imperceptible de un pie preparándose para avanzar, el ritmo y sonido de su respiración... Todos son signos que nos indican cuándo y cómo va a atacar. Si únicamente vigilas sus ojos cometes el error de perder de vista lo más importante y puedes quedar atrapado en ellos. Lo importante es percibir, no ver.

Cargué el bokken sobre mi cabeza para armar un golpe recto descendente y me abalancé sobre él. Durante todo el proceso, el maestro ni se movió. Esperó a que mi ataque sobrepasara su punto de no retorno y se desplazó ligeramente a la derecha avanzando su pie y cubriéndose en tejadillo con su sable. Mi ataque encontró el vacío. Entonces noté la madera de su bokken en la parte izquierda de mi cuello. Un único movimiento y había perdido mi cabeza.

Miyamoto lo retiró despacio y retrocedió dos pasos sin perder en ningún momento su guardia. Cargué un nuevo golpe, esta vez un corte circular de izquierda a derecha buscando su sien. El maestro imitó exactamente mi movimiento, como si me encontrara frente a un espejo, y envolvió mi corte proyectándolo hacia el exterior con un firme y fluido gesto de su muñeca. A continuación, como si formara parte de una única coreografía sin pausas, descargó su contraataque sobre mi cabeza. Ni siquiera tuve tiempo de retroceder y esquivarlo.

En ese instante nos dimos cuenta de que nos observaban. Sentados en posición de rodillas a la entrada del dojo estaban los dos hijos del daimio, Hidemune y Tadamune. Hidemune tenía mi edad y era el hijo mayor de nuestro señor. Sin embargo, sabía que jamás heredaría la dirección del clan. Era hijo de la dama Iisaka, una concubina, y eso le eliminaba de la sucesión. El pequeño Tadamune iba a ser el elegido. Su madre, la dama Megohime, era hija de Kiyoaki Tamura, señor del castillo de Miharu, de la provincia vecina de Mutsu, un amplio territorio costero que se extendía hasta los límites de la isla de Honshu por el norte. Aunque solo tenía seis años, su padre quería que empezara ya oficialmente su instrucción. Y, junto a ellos, estaba Kumico, la hija de Tsunenaga Hasekura, otro de los samuráis de mayor confianza del señor Masamune.

Mi corazón dio un vuelco. Kumico tenía un año más que yo y era la chica más hermosa que había visto en mi vida. Su nombre era perfecto: la eternamente bella. Sus ojos eran de color gris claro, y su mirada suave, como un kimono de la mejor

seda. Su piel era nívea, pero irradiaba un calor intenso, puntuado por sus mejillas siempre rosadas y el color encarnado de sus labios, y su cabello, largo y negro, revelaba destellos rojizos cada vez que lo acariciaba el sol. A mí me parecía más bella que la mismísima diosa Amateratsu. E igual de inalcanzable.

Aunque Miyamoto era uno de los samuráis de mayor rango del clan, yo no era su hijo natural, sino el de un samurái menor y pobre. Mi madre seguía viviendo en la misma casa humilde y desvencijada a la que se había ido a vivir con mi padre cuando se casaron y en la que nació yo, en una pequeña aldea a los pies del monte Daito, cerca del paso natural de Sasaya.

Al ver mi rostro comido por el rubor, el pequeño Tadamune se echó a reír. El maestro le reprendió:

—En el dojo debe guardarse el respeto correspondiente.

El pequeño daimio se sonrojó ante la reprimenda. Sabía que, dentro de aquel tatami, la palabra de su sensei era sagrada. Su hermano mayor también se había dado cuenta, hacía ya algún tiempo, de cómo temblaba como una hoja justo antes de caer golpeada por el primer viento del invierno cada vez que miraba a Kumico. Ella e Hidemune pasaban mucho tiempo juntos y yo me moría de celos por dentro. Sin embargo, la aceptación del lugar exacto que uno ocupa en el mundo es una de las primeras lecciones que todo samurái aprende. Y una de las más importantes.

Miyamoto les dio permiso para entrar en la sala de prácticas. Era la hora de la lección. Mientras los tres se dirigían al armero, apareció Shigenaga a todo correr. Llegaba tarde. Era el hijo de Kagetsuna Katakura, con quien el maestro había departido en el castillo hacía apenas un rato. Él y los señores Tsunamoto Oniniwa y Shigezane Date, primo del daimio, eran conocidos como Los Tres Grandes Hombres del clan, y, junto al padre de Kumico, formaban el gobierno a sus órdenes.

Shigenaga se disculpó con una profunda reverencia y permaneció en silencio. Era una descortesía llegar tarde, tanto como tratar de excusarse. El maestro le dio finalmente permiso. Mientras los chicos practicábamos una serie de movimientos con el bokken, Kumico se ejercitaba en el arte de la naginata y la lanza. Su padre no había tenido hijos varones y quería que recibiera la instrucción propia de un samurái, como correspondía a su rango. Su habilidad y su tenacidad la habían convertido en un adversario temible.

No dejé de tener la sensación de que algo pasaba durante todo el entrenamiento. El maestro me hubiera reprendido enseguida de saber que otro pensamiento me distraía durante la práctica, pero él mismo parecía ocupado en esa misma reflexión. Sin embargo, no iba a conocer la noticia hasta más tarde.

## II. LA HORA ES AHORA



La llegada de la primavera no solo había templado el frío y coloreado los campos, también había alargado los días, lo que suponía una bendición. Miyamoto estuvo encerrado en su habitación casi toda la tarde, preparándose para su marcha. Le oía afanarse arriba y abajo, buscando de nuevo algo que parecía no encontrar. El olor de la cena flotaba ya por toda la casa. También la señora Kichi, la vieja ama del maestro, se había pasado buena parte del tiempo trabajando en la cocina. Era una mujer menuda, pero tenía la fortaleza y la energía de un búfalo; también su carácter. Solo la había visto sonreír en contadas ocasiones. Su semblante era casi siempre áspero y los millones de arrugas cinceladas en su rostro contribuían aún más a darle un aspecto fantasmal, como si se tratara de algún terrible demonio.

El maestro y yo solíamos cenar siempre solos; sin embargo, parecía que Kichi preparaba comida para una tropa. Quizás el misterio tenía simplemente que ver con que íbamos a tener invitados aquella noche. La mesa, no obstante, estaba preparada tan solo para dos comensales.

Miyamoto me miró durante un buen rato. Ninguno de los dos habíamos tocado la comida aún. Finalmente rompió su silencio.

—La hora es ahora —pronunció con ceremonia.

Permanecí callado, mis ojos clavados en él, esperando a que siguiera.

—Un verdadero samurái debe estar constantemente preparado y dispuesto. La hora es ahora y ahora es la hora siempre —siguió—. Esta mañana le he pedido permiso al daimio para que me acompañes en esta misión y ha accedido. Partiremos mañana al alba.

A continuación, cogió un nigiri de atún y se lo metió entero en la boca. Mi cara se iluminó: ¡iba a acompañar a mi maestro en una misión secreta! No podía creerlo.

—TY cuál es nuestro cometido?

—Cada cosa a su tiempo —respondió—. No querrás desairar a Kichi y deshonorar su cena, ¿verdad? Preveo que, en semejante caso, las consecuencias para ti podrían ser funestas —añadió esbozando una sonrisa.

El resto de la cena transcurrió en silencio. Kichi iba y venía trayendo nuevos platos y retirando los viejos. Por un instante, pude ver en sus ojos un vestigio de ternura y de preocupación al mirarme. Estaba seguro de que Miyamoto ya le había comunicado la noticia. Probablemente se había pasado la tarde preparando no únicamente la cena, sino diversas viandas para nuestro periplo. Al parecer, la vieja Kichi tenía un corazón escondido en alguna parte de su enjuto cuerpo. No pude más que sonreír y sentir una oleada de afecto por ella.

Cada vez que el maestro se marchaba a alguna de sus misiones, ella y yo nos quedábamos solos en la casa. A pesar de pertenecer a una clase inferior, siempre se mostraba severa conmigo. Yo suponía que el propio Miyamoto le encargaba que se exhibiera así, aunque a ella le faltaba tiempo para añadir de su propia cosecha. Llevaba con él desde hacía tanto tiempo que ninguno de los dos se atrevía siquiera a recordarlo. Ambos se cuidaban y se hacían compañía.

El maestro nunca se había casado, así que, cuando su madre murió, acogió a Kichi, su gobernanta, en su propia casa. Se encargaba de cocinar, de limpiar y de mantener el orden en cada uno de los rincones de la finca, incluidos el dojo, el jardín y el pequeño huerto que nos surtía de verduras. En todos menos en la habitación de su señor. Aquella estancia constituía un enigma prohibido para los dos. Como lo era también para mí que mi padre adoptivo hubiera decidido no tomar esposa nunca. Estaba seguro de que un hombre de su posición habría tenido muchas ofertas de otras familias importantes. En alguna ocasión, estando él ausente, me había atrevido a preguntárselo a Kichi, pero, tal y como me dejaba bien claro, se trataba de un asunto que no me incumbía lo más mínimo.

Me retiré a mi habitación a preparar mi talega para el viaje y disponerme a dormir, pero la emoción que sentía lo hizo totalmente imposible. Partiríamos al salir el sol y presentía que me iba a pasar toda la noche en vela. Las preguntas se me agolpaban una detrás de otra: ¿cuál era nuestro destino? ¿En qué consistía la misión que el daimio le había encargado a Miyamoto? ¿Sería peligroso?

Únicamente conocía de este mundo la aldea donde había nacido y a la que regresaba una vez al año para visitar a mi madre, aquella ciudad naciente en la que vivía y la maravillosa belleza de la bahía de Matsushima. Mi maestro me había llevado allí el año pasado con motivo de la construcción del Templo de Zuiganji. Era la única excursión que habíamos hecho juntos, ya que cuando acudía a visitar a mi madre lo hacía siempre sin él.

Una vez allí, cruzamos un puente de madera que unía dos pequeñas islas hasta otro templo más pequeño, el de Godaido. Las vistas eran magníficas. La bahía era un gran manto azul moteado de verde, el de las doscientas sesenta pequeñas porciones de tierra completamente cubiertas de pinos ancladas aquí y allá hasta donde alcanzaba la vista. Me pareció un lugar mágico.

Mis pensamientos seguían impidiéndome conciliar el sueño, así que decidí salir a escondidas por la ventana para ir a ver a Ichiro. Vivía en la casa de al lado y era mi mejor amigo. Su nombre completo era Ichiro Omura, y era el responsable de que todo el mundo me conociera no por mi verdadero apellido, Munetomo, que era el de mi padre, sino como Aki Monogatari como burla por mi afición a contar historias.

Crucé sigilosamente el jardín y salí por la puerta trasera, la misma por la que aquella mañana había partido el maestro para ir al castillo. No había ninguna luz encendida dentro de la casa de los Omura. Rodeé la verja hasta la parte de atrás, donde estaba la habitación de Ichiro, y lancé contra su ventana un pequeño guijarro que había cogido del estanque de nuestro patio.

Los Omura eran una familia de comerciantes que había prosperado con el paulatino crecimiento de la ciudad. Yoshiro Omura, el padre de Ichiro, surtía de telas a algunas de las familias de samuráis más importantes del clan, entre ellas la del mismísimo daimio. Aunque pertenecía a una clase social inferior —la cuarta en importancia tras los samuráis, los campesinos y los artesanos—, era querido y respetado por la calidad de su trabajo. El hecho de que algunos de sus clientes fueran poderosos señores había multiplicado el interés de muchas gentes de otras clases por adquirir telas para sus kimonos en su tienda como signo de distinción.

Al cabo de unos segundos, Ichiro asomó la cabeza. Le hice gestos para que se reuniera conmigo. Mi amigo se puso un kimono y salió a mi encuentro. Su cara revelaba a todas luces que le había arrancado de una de sus actividades preferidas: dormir. La otra, la primera, era comer. Ichiro era un año menor que yo, pero parecía mucho mayor. A decir verdad, parecía un luchador de sumo. Y como sucedía con muchos de ellos, también tenía cara de niño travieso. Era curioso comprobar cómo, muchas veces, esos hombretones mostraban rasgos bonachones y hasta infantiles. En el caso de Ichiro, su actitud siempre risueña contribuía aún más a darle ese aspecto de niño grande. Sus brazos, sin embargo, tenían la fuerza de un adulto.

Se acercó a mí limpiándose algunas legañas que ya habían arraigado en sus pestañas.

—¡Qué pasa! ¡Estaba durmiendo! —protestó con cara de pocos amigos.

—¡Mañana parto de misión con Miyamoto! —exclamé.

Sus ojos, que aún eran apenas una leve raya en su rechoncha cara, se abrieron de par en par y brillaron como dos luciérnagas.

—¿De misión? ¿Adónde?

Aunque ni yo mismo conocía la respuesta, quise hacerme el interesante y misterioso:

—Es una misión secreta para el daimio. No puedo decírtelo. Si no, ya no sería secreta.

Ichiro fantaseaba con el mundo de los samuráis, terribles y fieros guerreros

capaces de separar un tronco de sus piernas con un solo golpe de catana. Yo le contaba siempre mil historias que el propio Miyamoto me relataba a mí, añadiendo, por supuesto, detalles propios aquí y allá. Su guerrero favorito era Musashi Miyamoto. Corrían historias de que había matado a su primer hombre en un duelo a los trece años. Con dieciséis había luchado en la batalla de Sekigahara a las órdenes de los Ashikaga, los enemigos del sogún. También se decía que había partido en peregrinaje marcial para formarse y desafiar a cuantos rivales se cruzaran en su camino tras escapar de la caza a la que Ieyasu había sometido a los supervivientes del ejército derrotado. Otro de sus espadachines favoritos era Kojiro Sasaki, apodado «El diablo del oeste». Era conocido por luchar con un nodachi, un sable veinte centímetros más largo que cualquier catana al que él mismo llamaba «el palo de lavar y secar ropa», y por su técnica de «El corte de la golondrina giratoria». Se decía que era tan hábil que podía derribar a un pájaro en pleno vuelo.

—¿Quién crees que ganaría en un duelo, Musashi o Kojiro? —me preguntó. Yo era la única persona a la que conocía que practicaba el arte del sable, así que mi dictamen era el de un experto para él—. ¿Y entre Musashi o Kojiro y el maestro Miyamoto? —añadió prácticamente de seguido, sin darme siquiera tiempo a responder.

—El maestro Miyamoto es el mejor espadachín de todo Japón —contesté con vehemencia. No podía imaginarme a nadie capaz de derrotarle bajo ninguna circunstancia—. Gente de todas las escuelas quiere estudiar con él: ¿será por algo, no? —puntalicé.

Ichiro permaneció callado un rato, como si sopesara el resultado del combate en su imaginación.

—Pero Musashi y Kojiro son mucho más jóvenes y fuertes que él —replicó.

—Por eso tienen menos experiencia. En el arte de la espada la pericia es mucho más importante que la fuerza y que la juventud —apunté.

La respuesta no pareció convencerle del todo, pero se dio por vencido.

—¿Y llevarás tu propia catana? —quiso saber cambiando de tema.

Hasta aquel momento ni siquiera lo había pensado. Yo era un samurái sin catana. La que me correspondía por herencia, la de mi padre, se había partido en dos grandes trozos en su último combate, el que le costó la vida en misión para el señor Masamune. Ahora era yo el que partía en un cometido para el mismo daimio y no tenía sable. La espada larga y la espada corta eran el mayor símbolo del samurái, y yo era huérfano de armas y de padre.

Me despedí de Ichiro sin siquiera decirle adiós. Mi amigo se quedó allí de pie, preguntándose qué había dicho para disgustarme. No era culpa suya, pero no me apetecía contarle mi amargura. Se había hecho muy tarde y debía descansar al menos un par de horas antes de partir. Mi vida iba a dar un giro y tenía que estar preparado y

bien despierto para no perderme nada.

### III. LA CONDICIÓN DEL SAMURÁI

侍

Habíamos dejado la ciudad atrás hacía un buen rato y ahora caminábamos entre extensos arrozales. La llanura de Tatsunokuchi se extendía majestuosa frente a nosotros y los rayos del sol, que ascendía poco a poco en el horizonte, provocaban que los campos recién inundados emitieran destellos como si fueran un gran espejo. Cientos de campesinos se afanaban en la siembra formando una hueste perfectamente organizada que avanzaba en paralelo a lo largo de cada uno de ellos, con los pies completamente hundidos en el agua.

A lo lejos, en las laderas de las montañas que nos flanqueaban por la izquierda, pequeños jirones de niebla ascendían filtrándose entre los árboles, como si un ejército estuviera apostado bajo sus copas y hubiera encendido mil hogueras. Desde nuestra posición podían distinguirse las cimas de los montes Izumigatake y del Funagata, todavía nevadas.

El feudo del clan Date generaba unos ingresos de alrededor de seiscientos mil koku. Un koku equivalía a la cantidad de arroz necesaria para alimentar a una persona durante un año entero, lo que convertía aquellas tierras en unas de las más ricas y prósperas de todo Japón. Dentro del han del señor Masamune había otros más pequeños, como el del señor Katakura, que superaba los 10.000 koku y que rendía vasallaje directamente al daimio. El feudo más grande de todo el país correspondía al sogún Ieyasu Tokugawa y superaba el millón de koku. Privilegios de la victoria.

Miyamoto se detuvo junto a unas piedras al margen del camino. Rebuscó en su bolsa de viaje y sacó un paquete cuidadosamente envuelto. Kichi nos había preparado unos maravillosos yakionigiri', unas bolas de arroz rellenas de ciruelas fermentadas y atún, como tentempié. Me senté junto a él y eché la vista atrás. La silueta del Monte Aoba aún podía verse a lo lejos, con la silueta del castillo encima.

El maestro parecía inquieto. Antes de salir me había informado de que nuestro destino era Iwadeyama. Sin embargo, seguía manteniendo en secreto la naturaleza de la misión. Yo, en cambio, me sentía eufórico. Todo a mi alrededor me parecía nuevo, como si cada recodo del camino, cada piedra y cada árbol acabaran de ser recién puestos allí para mí. Me llevé una bola de arroz a la boca, dispuesto a devorarla.

—Alguien nos sigue desde que salimos esta mañana —me anunció.

Giré instintivamente mi cabeza en dirección al tramo de camino que acabábamos de dejar atrás, intentando localizar al espía desenmascarado por mi maestro, pero lo único que fui capaz de ver fueron campesinos y otros viajeros como nosotros. Nos habíamos vestido como simples caminantes para no llamar la atención y habíamos decidido cubrirnos la cabeza con un sombrero de paja de arroz trenzada en forma de gran cuenco invertido para proteger nuestra identidad. En cuanto al calzado, habíamos optado por unas simples botas de paja de cebada, dado que aún refrescaba algo por las noches. Ningún símbolo exterior nos relacionaba con el clan.

—¿Quién? —acerté a preguntar.

—Termina de comer. Reemprendemos el viaje —se limitó a responder en tono serio.

Di rápida cuenta de una segunda bola de arroz y nos pusimos en marcha. Miyamoto observó cómo me giraba de vez en cuando tratando de sorprender a nuestro perseguidor.

—Lo único que conseguirás así es alertarle.

Mi mirada volvió a centrarse en el camino que discurría frente a nosotros. La senda torcía suavemente hacia la derecha y se adentraba en un pequeño bosque. De repente, el maestro tiró de mí hacia los árboles, hasta parapetarnos tras el tronco de un gran pino. Sus ojos se posaron entonces sobre un hombre que avanzaba lentamente mirando en derredor, como si buscara algo perdido. Al igual que nosotros, un ancho y profundo sombrero de paja ocultaba su rostro. Aunque no era muy alto, sí parecía un tipo bastante fuerte. Sin embargo, algo en él me llamó la atención casi de inmediato: sus manos pequeñas y rechonchas.

Miyamoto me indicó que permaneciera oculto mientras él se desplazaba entre los árboles con movimientos rápidos, pero prodigiosamente suaves. Sin apenas darme cuenta, estaba ya situado tras el extraño. Su mano izquierda le tapó la boca mientras su mano derecha le inmovilizaba el brazo a la espalda. Tiró de él con un golpe seco y enérgico y ambos se perdieron entre la maleza.

Salí de mi escondite y me encaminé hacia allí a toda prisa. Al llegar, observé cómo le inmovilizaba en el suelo. Algo emitió un destello fugaz: el maestro había desenvainado de la nada un cuchillo de hoja recta y lo sostenía a la altura de la garganta del desconocido. El pobre aullaba de dolor por la luxación a la que sometía a su hombro, a punto de dislocarse. Entonces, le quitó el sombrero. Mis ojos y los suyos se abrieron de par en par: ¡era Ichiro!

Miyamoto se incorporó y, tan rápido como lo había desenvainado, regresó el puñal a su pequeña saya y lo ocultó de nuevo dentro de su kimono. Su rostro estaba serio por la tensión, y su expresión era severa.

—¡Pero en qué estabas pensando! —exclamó—. ¡Podría haberte matado!

Ichiro le miraba desde el suelo. Su cara reflejaba el susto tremendo que acababa de vivir. Poco a poco, se incorporó frotándose el hombro dolorido.

—¡Ichiro! —grité yo.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —le reprendió nuevamente el maestro.

—Pensé que quizás necesitaríais un sirviente que os ayudara durante el viaje —se justificó mi amigo.

La mirada del maestro pasó entonces de Ichiro a mí. Podía notar su enfado por haberle confiado nuestro secreto a alguien. No hizo falta siquiera que pronunciara ninguna palabra; su expresión lo decía todo: había puesto en peligro la misión. Bajó el rostro, avergonzado.

—Debes regresar de inmediato —le ordenó. Miyamoto sabía infundir miedo cuando quería. Ichiro, sin embargo, se mantuvo en su habitual tozudez. Estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya.

—Os volveré a seguir —contestó simplemente. El rostro del maestro se encendió aún más. Ichiro se postró entonces en el suelo y comenzó a suplicar—. Por favor, maestro, dejadme que os acompañe. Puedo resultaros útil. Cocinaré, cargaré con vuestras cosas, prepararé el té y dormiré al raso o en cualquier establo...

Algunos viajeros se habían detenido en el borde del camino formando un pequeño corro. La explosión de Ichiro había concitado su interés y se interrogaban entre ellos.

—¡Silencio! —le ordenó Miyamoto.

El grupo al unísono dio un respingo y todos callaron de golpe. Después, comenzaron de nuevo a cuchichear en voz algo más baja. Su actitud revelaba su alta cuna. El maestro se dio cuenta.

—Está bien —se limitó a decir. No quería seguir alargando aquella situación. Se caló de nuevo su sombrero y regresó al camino. El pequeño grupo se disolvió rápidamente ante su mirada intimidatoria. Ichiro sonrió y, sin decir una palabra, recogió el cofre de bambú en el que iban nuestras cosas, se lo cargó a la espalda y salió tras él. Nuestro grupo acababa de aumentar de dos a tres con un inesperado compañero de viaje; ni mi maestro ni yo, sin embargo, nos dimos cuenta de que Ichiro no era la única sombra que nos seguía.

El resto del día transcurrió sin sobresaltos. Poco a poco, el sol comenzó a descender incendiado entre las montañas, coloreándolo todo de un naranja intenso. La jornada había sido larga y agotadora, y a Ichiro, que llevaba unas simples sandalias de paja, y a mí nos dolían los pies. Miyamoto nos anunció que pararíamos a dormir en la siguiente aldea.

Al llegar, nos encontramos con un pequeño tumulto formado en un descampado a la entrada del pueblo. Un grupo de gente había dibujado un amplio círculo, delimitando lo que parecía una zona de combate alrededor de dos hombres. Uno de

ellos era un samurái bastante mayor, con las ropas ajadas y remendadas; quizás era precisamente eso lo que le daba un aspecto aún más avejentado y triste. No llevaba símbolo distintivo de ningún clan, por lo que probablemente se trataba de un ronin: un samurái sin señor al que servir. El otro era mucho más joven. Tendría alrededor de unos diecinueve años y vestía un kimono de seda de un azul vivo. Su aspecto era inmejorable: iba perfectamente rasurado, peinado y aseado.

—¡Un duelo! —exclamó Ichiro. Acto seguido, se abalanzó sobre el lugar decidido a abrir una brecha en la muralla humana y observar de cerca la pelea.

El maestro intentó detenerle, pero fue imposible. Al acercarnos un poco más, descubrimos que el samurái mejor vestido lucía en sus ropas el distintivo de los Uesugi, de la provincia vecina de Yonezawa. Las relaciones entre Masamune y Kagetatsu Uesugi no eran precisamente buenas desde que nuestro señor le había derrotado en el sitio del castillo de Shiroisi hacía unos años. Aquel mal movimiento le había supuesto la pérdida de su feudo de Aizu, uno de los más ricos, y su traslado forzoso al de Yonezawa tras jurarle vasallaje al actual sogún. La rivalidad, sin embargo, venía de lejos, cuando el anterior gobernante absoluto de Japón, Hideyoshi Toyotomi, expulsó al clan Date de Yonezawa a Iwadeyama para darle parte de sus antiguas tierras a los Uesugi.

La pelea iba a comenzar de inmediato. El joven samurái se mofaba del ronin y le profería insultos refiriéndose a su condición de vagabundo. Su actitud era de una extrema crueldad. El ronin era consciente de que probablemente no tenía ninguna posibilidad de ganar el combate. Su rival era un guerrero formado en una buena escuela, joven, vehemente e impetuoso. Esa era precisamente su única oportunidad: que fuera imprudente por ello. Su otra gran ventaja era que no le importaba morir. Desenvainó su sable y adoptó una guardia alta. El acero estaba oxidado y enmohecido. Miyamoto observó su rostro: el ronin sabía perfectamente que iba a una muerte segura y lo había aceptado.

El joven samurái asentó sus pies en el suelo y empujó con su pulgar izquierdo la guarda de su catana, preparado para desenvainar en cualquier momento. Ichiro no perdía detalle de cada gesto. El ronin profirió un grito profundo, surgido de sus entrañas, y se abalanzó sobre su rival. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. El joven samurái giró su saya, colocando el filo de su sable hacia abajo justo en el momento en el que su mano derecha sujetaba la empuñadura con firmeza y comenzaba a desenvainar dando un gran paso en diagonal hacia su oponente. El acero le dibujó un corte de abajo arriba a lo largo de su torso, desde su cadera derecha hasta su hombro izquierdo, saliendo justo por donde la clavícula se une a la esquina superior del esternón y cortándole hasta el lóbulo de la oreja. El ronin apenas pudo dar un último paso antes de caer al suelo. Inmediatamente después, sacudió la sangre de su hoja, la devolvió a su funda con la misma rapidez con la que la había sacado y

se encaminó hacia el pueblo sin detenerse siquiera a comprobar si su golpe había sido certero. No le hacía falta. Lo sabía. Entonces, por un instante, creí ver cómo miraba en nuestra dirección y clavaba sus ojos en el maestro. Su mirada me heló la sangre. ¿Le había reconocido?

La gente se arremolinó a su alrededor y le acompañó entre grandes exclamaciones de admiración. El único que permaneció inmóvil en su sitio fue Ichiro. Se dio la vuelta despacio, girando sobre sus talones: su expresión era de auténtico terror. Miyamoto le rodeó con su brazo y trató de llevárselo. Sus ojos enfrentaron entonces los míos y, por el gesto de su cara, descubrí que yo mismo no debía de tener mejor aspecto que mi amigo: también era la primera vez que veía morir a un hombre.

El joven samurái le había vencido con un único golpe, una impresionante demostración del arte del iaijutsu, el desenvaine rápido.

—No hay ningún honor en matar a un hombre al que sabes que vas a vencer fácilmente —dijo el maestro al presentir lo que pensaba.

—Pero él atacó primero —razoné—. Le dio ventaja.

—Ese ronin no tenía ninguna posibilidad —replicó Miyamoto—. Su única oportunidad hubiera sido esperar, pero estaba cansado y quería morir. No tuvo el valor de cometer suicidio en su día y hoy ha buscado una muerte rápida tratando de recuperar su honor de guerrero.

—¿Y qué debería haber hecho el otro entonces? —quise saber.

—Exhortarle a cometer seppuku y asistirle —contestó—. Solo de ese modo ambos hubieran mantenido su honor intacto. Ser un verdadero samurái no significa ser únicamente hábil y certero en el manejo del sable, Aki —añadió mirándome fijamente—. Cualquier persona puede llegar a manejar la catana con destreza si es bien entrenado, sea de la condición que sea. Pero eso no te convierte en un samurái. El samurái debe cultivar virtudes como el honor, la inteligencia, la valentía y la compasión, y debe servir a un amo con devoción y en silencio, sin llamar la atención sobre sus virtudes ni sobre su persona. El mejor samurái es el que pasa completamente desapercibido al servicio de su señor. Debes aprender el arte de ser nadie —finalizó. Acto seguido, dio media vuelta, recogió nuestras cosas y se encaminó hacia el pueblo en busca de una posada en la que pasar la noche.

La mañana amaneció fría, como recordatorio de los días de invierno que no hacía tanto tiempo habíamos dejado atrás. Tan gélida como lo había sido la noche anterior. Nada más instalarnos, Ichiro y yo habíamos sucumbido al sueño casi de inmediato. Mi amigo estaba tan impactado por lo que había visto que ni siquiera probó la cena. Mientras mis ojos luchaban por mantenerse abiertos, observé al maestro escribir una nota a los Omura para que no se preocuparan por su hijo y dar los cuidados pertinentes a su sable. Lo llevaba oculto bajo una manta enrollada, siempre al alcance de su palma, aunque era perfectamente capaz de defenderse en el combate a manos

vacías. Ahora sabía, además, que también llevaba escondido bajo el kimono el puñal con el que había estado a punto de rebanar el cuello de mi amigo y quién sabe si alguna sorpresa más.

Nos esperaba de nuevo un largo día. Iwadeyama aún quedaba a dos o tres jornadas de camino. Ichiro encabezaba la marcha con buen paso. Se sentía avergonzado por haberse dejado vencer por el sueño y no haber cumplido con sus obligaciones la noche anterior, de modo que ahora trataba de demostrar que su primer encuentro con la muerte y con el cruel mundo de los samuráis no le había afectado.

El maestro y yo caminábamos varios pasos por detrás. En ese instante, escuchamos el aleteo de un pájaro al levantar el vuelo desde la rama de un árbol. Miyamoto lo siguió con la mirada mientras se alzaba majestuoso en el cielo.

—Un ave migratoria cruza el cielo. Poco a poco, como tú, me voy haciendo pequeño... —recitó pausadamente. Después, fijó de nuevo sus ojos en el camino.

—Maestro... —comencé a preguntarle—, el samurái de ayer... ¿era del clan Uesugi, verdad?

Miyamoto movió la cabeza afirmativamente.

—¿Le conocías?

Permaneció unos instantes en silencio, valorando la intención de mi pregunta.

—Era Shiro Uchida —contestó finalmente.

Dudé entonces de si debía seguir indagando, pero había algo que no dejaba de rondarme.

—¿Era alumno del maestro Ichigawa?

El maestro asintió de nuevo. Sus ojos se posaron entonces en un punto del pasado. Tetsu Ichigawa había sido el sensei de los Uesugi durante un tiempo. Antes del enfrentamiento entre ambos clanes, él y Miyamoto eran amigos, aunque lo correcto sería decir que Miyamoto había sido su maestro. Entre ellos había sucedido algo más personal que los asuntos de dos facciones rivales enfrentadas, estaba seguro. Se decía que su decisión de no tomar estudiantes que no fueran de nuestro propio clan había sido motivada en gran medida por Tetsu Ichigawa. Aquella vieja historia era su tercer gran secreto, además del motivo por el que no se había casado nunca y lo que escondía en su habitación.

Durante el sitio al castillo de Shiroisi, él y Miyamoto se habían rehuído, pero, al final, el enfrentamiento fue inevitable. Alumnos de ambos bandos formaron un corro, como el que habían improvisado la tarde anterior los habitantes del pueblo en el que habíamos pasado la noche. En aquel instante, la batalla entera se detuvo. Todo el mundo, incluidos los señores Date y Uesugi en persona, quiso asistir al combate: eran conscientes de que el resultado de la contienda entera se iba a decidir en aquel cruce de catanas.

Miyamoto nunca hablaba de ello. Tetsu Ichigawa atacó primero y estuvo a punto

de vencer, pero el maestro retrocedió apenas unos centímetros, lo justo para que el golpe errara su frente, y contraatacó descargando un golpe de sable a su muñeca rompiéndole el hueso. Algunos afirmaban que Miyamoto había girado su catana en el último instante, golpeándole con la parte roma del acero, para evitar cortarle la mano. Ichigawa no pudo seguir y su derrota supuso un batacazo definitivo a la moral del clan Uesugi. Tras la batalla, se hundió en la desesperación más profunda: la fractura de su brazo había acabado con su carrera como espadachín. Fue entonces apartado como maestro del clan y su odio hacia Miyamoto se redobló por haberle despojado del honor de una derrota noble, propia de un verdadero samurái. En lugar de cometer suicidio, Ichigawa juró venganza ciega antes de desaparecer. Desde entonces, nadie le había vuelto a ver. Parecía haber muerto para el mundo.

Supuse que Miyamoto pensaba en aquellos sucesos mientras sus pies seguían avanzando de manera automática.

—¿Qué sucedió de verdad entre vosotros? —me atreví a formular.

El maestro no mostró ni un pequeño atisbo de haber escuchado mi pregunta. Estaba claro que aquella historia le tocaba en lo más profundo, y hay sitios en el interior de un hombre a los que es imposible llegar si no eres invitado a pasar.

El camino comenzaba a ascender ligeramente y, casi sin darnos cuenta, dimos alcance a Ichiro. No fue tanto porque nosotros hubiéramos acelerado el paso, sino más bien porque los suyos eran cada vez más cortos y su cansancio evidente. Su rostro estaba completamente cubierto de cientos de pequeñas gotas de sudor. Al llegar a su altura, escuchamos un sonido proveniente de lo más hondo de sus tripas; el pobre no había cenado y el frugal desayuno apenas había servido para rellenar algunos huecos.

—¿Podemos descansar un rato, maestro? —solicité. Sabía que el orgullo de Ichiro le impediría suplicar por aquella pausa que tanto anhelaba, así que decidí echarle una mano.

Miyamoto me miró y comprendió enseguida. Una ligera sonrisa asomó a su rostro.

—Deberías tomar ejemplo de Ichiro —señaló con tono ceremonioso—. Un samurái no debe mostrar nunca debilidad —sentenció a continuación, mirándome fijamente.

Hice una inclinación firme de cabeza, como correspondía, para mantener viva la treta.

—Está bien. Al final de la cuesta hay un pequeño lago con un templo —nos informé—. Descansaremos allí.

Ichiro acogió la noticia con alivio, aunque se ocupó de no demostrarlo, y recuperó de golpe un paso vivo y firme. Al llegar arriba, descubrimos el pequeño lago al que se había referido el maestro, y, en su mismo centro, sobre una pequeña isla solitaria,

se erguía el templo.

La única manera de acceder a él era con una pequeña barca amarrada a un precario embarcadero. Sentado sobre uno de los pivotes que conformaban el improvisado muelle, aguardaba un hombre. Miyamoto y yo le reconocimos de inmediato; cuando finalmente lo hizo Ichiro, sus piernas se aflojaron por completo. Era Shiro Uchida.

El maestro se puso alerta de inmediato. No es que su cuerpo se pusiera rígido, fue más bien una cuestión de actitud. A medida que el camino nos conducía hacia él, su rostro mostraba una mayor preocupación. Ichiro, por su parte, había decidido que lo más prudente era esperarnos.

—Nos os detengáis —nos ordenó Miyamoto. Sus ojos no se apartaban del joven samurái, tratando de adivinar sus intenciones. Su actitud y la expresión de su rostro mostraban a todas luces que no eran buenas.

Uchida se incorporó con firmeza.

—Soy Shiro Uchida, de la escuela del maestro Ichigawa, del clan Uesugi - Su voz tronó con decisión. Estaba desafiando al maestro conforme exigía la norma.

—Quedaos aquí y no os acerquéis bajo ninguna circunstancia. Suceda lo que suceda —nos conminó Miyamoto.

El maestro extrajo su catana del corazón de la manta que la ocultaba y se la ajustó en el obi.

—Comienza a escribir tu poema de despedida, Miyamoto Tsunetomo —exclamó Uchida.

—Puesto que llevas ya rato aquí, conoces el terreno y yo no —señaló Miyamoto. Era una forma de decirle que gozaba de una ventaja poco honorable.

El joven samurái inclinó ligeramente la cabeza y esbozó una sonrisa.

—Escoge tú entonces la tierra donde quieres morir.

—Lucharemos en el templo.

Uchida desató la cuerda que sujetaba el pequeño bote al muelle, se sentó y agarró los remos. El maestro descendió lentamente y se acomodó en la bancada que quedaba libre frente a él. A medida que se alejaban, Ichiro y yo les observábamos desde el dique. Jamás le había visto combatir en un duelo real y en mi interior se mezclaban sentimientos en ascenso que iban desde un natural desasosiego a la ansiedad por verle luchar al fin. Estaba ciegamente convencido de su victoria.

Uchida bogaba con firmeza, impaciente por alcanzar su destino y poder tener el honor de proclamar a los cuatro vientos que había vencido y dado muerte a Miyamoto Tsunetomo. Semejante proeza le convertiría en uno de los más afamados samuráis de todo Japón y en un héroe dentro de su clan, además de cobrarse una deuda de honor. El maestro le observaba remar mientras alcanzaban la orilla de la pequeña isla. En su rostro no había ahora ni la menor tensión o preocupación.

Al arribar, Uchida saltó a tierra y desenvainó su sable de inmediato: estaba preparado para el combate en cuerpo y alma. Ichiro y yo nos aferramos el uno al otro. Miyamoto se incorporó ligeramente en la barca y cogió los remos. Acto seguido, empujó el bote de regreso al agua y comenzó a alejarse apaciblemente. Durante unos instantes, el joven Uchida se quedó pasmado. Al darse cuenta de lo que sucedía, comenzó a proferir todo tipo de gritos e insultos, llamándole cobarde y aludiendo a su falta de honor y de hombría. ¡No era posible! El maestro remaba de vuelta contemplando el maravilloso paisaje que le rodeaba mientras una cancioncilla popular se filtraba entre sus labios.

Finalmente, tocó el muelle. Amarró la barca y, de un ágil salto, posó sus pies sobre el embarcadero. Después, pasó entre nosotros sonriendo, con aquel silbido alegre aún prendido a su boca. Se quitó la catana y la devolvió a su refugio. Los gritos de Shiro Uchida nos llegaban desde la pequeña isla amplificadas por el eco de las montañas. Estaba fuera de sí.

Me acerqué a Miyamoto, que terminaba de asegurar su sable.

—Maestro... —no sabía exactamente cómo expresar lo que ardía dentro de mí. Sentía vergüenza y un rubor que me quemaba por dentro y me secaba la boca: no podía creer que hubiera consumado un acto de semejante cobardía.

Miyamoto mantenía una expresión relajada, incluso risueña. Se giró hacia mí. Sabía perfectamente qué batalla se libraba dentro de mi corazón.

—La primera lección que debe aprender todo samurái es que únicamente hay una manera segura de ganar todos los combates a los que se enfrente —señaló.

Yo seguía mirándole sin comprender.

—No pelear.

—¡Eso es una cobardía! —se me escapó sin poder retener mis pensamientos.

El maestro dejó lo que estaba haciendo y me miró.

—Un samurái se debe únicamente a su señor, no a sí mismo. Es un sirviente ciego y devoto y nada le aparta de su misión. Si algo te distrae de ella, esquívalo y sigue adelante —contestó con la paciencia de un padre.

—¡Pero Uchida le contará a todo el mundo lo que ha pasado! —repliqué.

—No hay ningún honor en matar a un hombre si no es al servicio de tu señor, Aki. Ni tampoco en hacerlo si no es absolutamente imprescindible. Quitar una vida por un capricho o por ansia de lucimiento personal es mezquino y tiene consecuencias. Matar es siempre lo último —sentenció. Su rostro había recuperado la severidad.

—¿Qué consecuencias? —acerté a preguntar.

—Consecuencias morales, Aki —respondió pacientemente. Pude ver cómo una bruma lejana ensombrecía su rostro—. Los fantasmas de cada uno de los hombres a los que les quitas la vida te acompañan siempre. No se puede huir de ellos porque

forman ya parte de ti. Algún día lo entenderás.

Permanecí en silencio, pensando en lo que me acababa de decir. Levanté la mirada y casi pude ver entonces los rostros de sufrimiento y de dolor de todos los guerreros a los que había matado. Permanecían ahí, en cada rincón de su semblante.

—Debes pensar siempre en lo que es bueno para tu señor, no para ti. Shiro Uchida es un samurái del clan Uesugi y matarle solo hubiera traído problemas a los Date y comprometido nuestra misión. De haberme enfrentado a él y haberle herido de muerte, el daimio hubiera tenido que exigirme con razón que cometiera seppuku.

El maestro se cargó la manta al hombro y echó a andar.

Vamos, aún tenemos un largo camino por delante y una visita que hacer.

Los gritos de Uchida fueron acallándose poco a poco a medida que nos alejábamos del lago. El joven samurái se sentía humillado y tanto el maestro como yo sabíamos, aunque no lo hubiéramos compartido, que su figura iba a volver a cruzarse en nuestro camino tarde o temprano. Ahora, sin embargo, era otra cosa la que ocupaba mi mente y la de Ichiro: la misteriosa visita que nos había anunciado.

## IV. EL ALUMNO DE MAESTROS



Los cinco años de paz que habíamos vivido tras el triunfo de Ieyasu en el campo de batalla habían comenzado a dar sus réditos. Si plantas un manzano y lo abonas bien, con el tiempo crecerá y dará frutos; lo mismo había sucedido con Japón. Poco a poco, el comercio empezaba a florecer, los campesinos habían emprendido nuevos cultivos y las cosechas ya no estaban sometidas a la constante amenaza de los distintos ejércitos que cruzaban una zona hacia su destino. El país prosperaba.

Esa paz, sin embargo, amenazaba con cambiar por completo el mundo del maestro Miyamoto y el mío. Ya no había guerras que librar, por lo que muchos samuráis se sentían desocupados e inútiles. Algunos habían optado por regresar a la tierra y convertirse en campesinos, y otros habían decidido hacerse negociantes y burócratas o se dedicaban a cultivar disciplinas como la caligrafía o la poesía; algunos, sin embargo, habían escogido la vía de la crueldad. La sombra que nos seguía sin nosotros saberlo era uno de aquellos hombres.

Pese al férreo gobierno del shogunato, algunos daimios estaban descontentos con el reparto de provincias. Como sucede en todos los conflictos, la adjudicación de las ganancias es siempre muy dispar entre vencedores y vencidos. Ieyasu Tokugawa había decidido dejar con vida al joven Hideyori, el hijo de Hideyoshi Toyotomi, el antiguo sogún, y le había casado con su nieta Senhime. Sin embargo, muchos seguían viendo en él al verdadero heredero, despojado de su mando tras la muerte de su padre por el hambre de poder de Ieyasu, uno de sus fieles consejeros. Cinco años es muy poco tiempo para olvidar cuestiones de honor. Algunas duran toda una vida.

A la hora en la que el sol estaba justo sobre nuestras cabezas y las sombras se habían encogido hasta prácticamente desaparecer, llegamos a una pequeña bifurcación del camino. El maestro se detuvo y observó a su alrededor. Parecía como si tratara de reconocer cada árbol, cada piedra y cada rincón como si fueran viejos amigos a los que no había visto en mucho tiempo. A diferencia del hombre, la naturaleza es prácticamente inmutable a la vista. Con el paso de los años, nosotros nos hacemos cada vez más pequeños y más débiles, mientras que los bosques crecen

y se elevan con fuerza hacia el cielo.

Ichiro y yo nos habíamos sentado a descansar sobre una gran roca. Miyamoto se plantó frente a nosotros.

—Es aquí —apuntó mientras su mirada se mantenía fija en la parte baja de la piedra sobre la que reposábamos.

Busqué el destino de su atención y descubrí que había algo grabado en ella. Me levanté y examiné su superficie. Las piernas de Ichiro ocultaban parcialmente el mensaje, así que le insté a que se pusiera en pie, cosa que hizo a regañadientes.

—Alumno de maestros: ¡venid a instruirme! —leí despacio. Después, miré a Miyamoto buscando una explicación—. ¿A qué se refiere, maestro?

Miyamoto esbozó una sonrisa.

—Muy sencillo: aquí vive mi maestro —anunció mientras se adentraba por la estrecha senda que se perdía hacia el interior del bosque.

Cuando uno es joven nunca piensa que sus mayores también lo han sido antes que él. No podía imaginarme a mi padre adoptivo a mi edad; para mí, había nacido con los años que tenía ahora y siempre se mantendría así. Mucho menos podía imaginarme que mi maestro tuviera, a su vez, un maestro.

Ichiro recogió el arcón y se lo cargó a la espalda. Su rostro y su cansancio me decían que empezaba a arrepentirse de su decisión de acompañarnos. Me figuraba perfectamente lo que cavilaba: ahora mismo podría estar en casa tranquilo, con cinco comidas al día y holgazaneando a su antojo.

El bosque se cerraba más y más a nuestro alrededor, amenazando con tragarnos de un momento a otro. El sol era apenas visible, frenado por las frondosas copas de los árboles, lo que había motivado que mi vello se erizara por el frío. Ichiro tiritaba ya, en parte por la frescura, en parte por el miedo. No dejaba de mirar alrededor, como si de un momento a otro un grupo de bandidos fuera a salir aullando de la espesura, o, lo que era aún peor: que algún terrible demonio surgiera dispuesto a devorarnos.

Miyamoto se detuvo frente al primer peldaño de lo que parecía una escalera. Apenas era visible, completamente envuelto por una densa capa de musgo. El sendero terminaba allí. Dejó la manta en el suelo e hizo una profunda reverencia frente al escalón; después, cogió de nuevo su pequeño fardo y, sin girarse siquiera a mirarnos, emprendió el ascenso. Miré hacia arriba y vi cómo, a los pocos metros, nacía una roca colosal. Los escalones estaban esculpidos en la propia piedra y trepaban por ella hasta más allá de los árboles.

Clavé mis ojos en Ichiro y le apremié para que se acercara y realizara el mismo ritual que habíamos visto hacer al maestro; sabía que se sentiría más arropado si no iba el último. Cuando comenzó a subir, avancé unos pasos, me incliné, saludé y me puse en marcha tras él.

La escalera parecía no tener fin. Ichiro se detenía cada tres pasos para tomar aire y yo me veía obligado a esperarle. Quien hubiera tallado aquella ruta en la montaña había demostrado una voluntad férrea, así como una paciencia infinita.

Hacia rato que la figura del maestro había desaparecido de nuestra vista. Ichiro se sentó entonces en uno de los peldaños y se negó a seguir. Resoplaba con fuerza.

—¡Vamos! —le apremié—. O se nos hará de noche aquí.

La sola idea de que un manto de oscuridad con todos sus peligros inimaginables cayera sobre nosotros hizo que se pusiera en pie de un salto. A pesar de que era escasamente mediodía, la treta surtió efecto. El que no tiene miedo a la oscuridad es porque no tiene imaginación. Seguimos subiendo despacio, pero cada escalón era idéntico al anterior, lo que creaba el efecto de que, en realidad, no avanzábamos lo más mínimo. De repente, al superar la frontera que marcaban las exuberantes copas de los pinos, un rayo de sol nos golpeó el rostro con intensidad. Nos detuvimos, momentáneamente cegados por el fulgor, hasta que, poco a poco, nuestros ojos descubrieron un inmenso mar de ramas entrelazadas justo a nuestros pies. Parecía un inmenso tatami de nubes verdes que se extendían hasta el infinito.

El calor del sol reactivó nuestros doloridos músculos y nuestro ánimo y nos acompañó hasta llegar arriba. Una vez allí, nos sentamos para tratar de recuperar a bocanadas el resuello perdido. Poco a poco comenzamos a ser conscientes de lo que nos rodeaba. La cima era llana y sin apenas vegetación, y, justo en medio de aquel descampado, se levantaba una sobria cabaña de madera de una sola planta. Parecía una casa de té de un jardín. El maestro Miyamoto estaba sentado en uno de los escalones de entrada. A su lado, conversando con él, había un anciano.

Una vez recuperados, nos pusimos en pie y nos dirigimos hacia allí. Mis ojos seguían fijos en el maestro de Miyamoto. Su figura me recordó a la de la vieja Kichi: menuda, extremadamente delgada y con el rostro surcado de arrugas. Su larga cabellera parecía una maraña de esparto nivoso recogido en un moño torpemente improvisado sobre su cabeza: parecía de todo menos un samurái, y mucho menos un letal maestro de la vía de la espada. Sus brazos huesudos no parecían capaces de sostener con fuerza una catana, ni, mucho menos, de dar cuenta de un poderoso guerrero. Miyamoto me había advertido siempre, sin embargo, de que no me dejara guiar por el aspecto exterior de un hombre: si bien la dejadez puede denotar falta de disciplina, en ocasiones responde a otras causas.

Me acerqué y les saludé a ambos con una profunda reverencia.

—Casi habéis tardado lo mismo en subir que yo en tallar la escalera —exclamó el anciano riéndose. Lo hizo de un modo tan exagerado que por un momento pensé que sus articulaciones se iban a desencajar por completo y a reducir su cuerpo a un montón de huesos apilados—. Especialmente el gordo —remató con una nueva y sonora carcajada. Al parecer se reía de su propia gracia, aunque a mí no me gustó que

se metiera con Ichiro de aquel modo. Me pareció una falta de respeto intolerable.

Ichiro enrojeció de golpe. Todavía podían verse los efectos de la dura subida en su rostro, congestionado y con dos grandes rosetones rojos en sus mejillas. El maestro se puso entonces en pie.

—Te presento a Kazuo Ichimura, mi maestro —anunció con ceremonia.

El anciano se levantó ligero como una pluma a la que un repentino soplo de viento hubiera erguido y se inclinó como lo haría un cómico al que acaban de presentar sobre un escenario. No había ni rastro de seriedad en su forma de conducirse. Parecía un niño caprichoso.

—Este es Aki Munetomo, mi hijo adoptivo y alumno —completó la presentación Miyamoto—. Y este otro joven de ahí es Ichiro Omura.

Ichimura terminó de incorporarse y nos dio la espalda.

—El agua ya está caliente —nos comunicó mientras se perdía en el interior de la casa sin detenerse a comprobar si le habíamos oído.

Miyamoto nos hizo un gesto para que nos espabiláramos y entró inmediatamente tras él. Ichiro y yo nos descalzamos, dejamos nuestras cosas en el suelo del porche y le seguimos.

Ichimura nos esperaba arrodillado frente a una mesa baja, la única en toda la casa. En una de las esquinas había un sencillo futón y un arca de madera decorada con un símbolo familiar que no reconocí. Sobre ella descansaban en un soporte su catana y su wakizashi. La saya era simple y negra, sin ningún tipo de ornamentación, y la guarda era lisa y sin filigranas. Justo encima del arcón, colgaba un sencillo kakejiku. Reconocí de inmediato la caligrafía: shoshin. El trazo era decidido y hermoso: perfecto.

Una vez sentados, Ichimura golpeó un pequeño gong de cobre y dejó que el eco resonara hasta apagarse lentamente. Poco a poco, comenzó a purificar los utensilios del té. Sobre la mesa había una pequeña taza destinada a nosotros. Cada uno de sus movimientos era ahora ceremonioso y preciso. Vertió tres cucharadas de polvo verde en la pequeña tetera de hierro, la rellenoó con agua y comenzó a preparar la bebida. Al terminar, se la ofreció a Miyamoto, que la recibió con una profunda reverencia. Elevó la taza, la admiró sostenida en el aire y bebió un sorbo. Limpió entonces el borde con un paño y me la pasó. Repetí exactamente sus mismos movimientos y le tendí la taza a Ichiro. A diferencia de Miyamoto y de mí, mi amigo jamás había asistido a una ceremonia del té, así que, tras recorrer los mismos pasos que nos había visto a nosotros, no supo cómo seguir. Ichimura sonrió y le indicó que apurara del todo la bebida que quedaba en el vaso y le devolviera el chawan al maestro Miyamoto, que se lo entregó de nuevo. Todo regresa siempre a su origen.

Fue una ceremonia sencilla y corta, pero llena de emoción. El maestro Ichimura nos había hecho un gran honor y así se lo agradecemos al terminar con una sentida

reverencia. Su elegancia y precisión me dejaron impresionados: aquel hombre de aspecto desaliñado atesoraba una belleza interior formidable. Sentí entonces un intenso remordimiento por mi primer juicio al verle. También estaba seguro de que la caligrafía que colgaba de la pared era obra suya.

Ichimura guardó todos los enseres y se puso en pie.

—Bien, ahora veamos qué sabes hacer —me espetó.

Sujetó las mangas de su kimono raído con una cinta blanca cruzada a su espalda y salió fuera. Miyamoto clavó entonces sus ojos en mí.

—No te dejes engañar por su aspecto, ni por su edad —me aconsejó mientras también él se encaminaba al exterior.

El maestro Ichimura me esperaba frente a la casa. Al verme asomar, me lanzó un tallo de bambú del tamaño aproximado de un bokken; él estaba desarmado.

—Vamos.

Miré a Miyamoto sin saber qué hacer. El maestro me indicó que atacara con un gesto de su cabeza. Cerré mis dedos sobre el arma y me abalancé sobre Ichimura. Descargué un golpe en diagonal a su hombro, pero lo esquivó con un simple deslizamiento de sus pies. Parecía flotar. Armé entonces un nuevo golpe sobre mi cabeza y traté de alcanzarle de nuevo, pero fue completamente inútil. Cada uno de mis cortes surcaba el aire y moría en el vacío. Ichimura se movía a una velocidad increíble, haciendo que cada uno de mis esfuerzos fuera absolutamente estéril.

—Tu respiración es mi aliada —señaló—. Debes aprender a controlarla.

Esta vez atacué con todas mis fuerzas. El anciano dio un sencillo paso circular y bloqueó mi brazo con el canto de su mano. Su topetazo me alcanzó justo por encima de la muñeca, haciendo que un intenso calambre me recorriera la extremidad. Casi sin darme cuenta, la palma de su otra mano golpeó mi pecho con la potencia de un martillo, lanzándome al suelo sin remedio. Su fuerza era increíble.

Escuché entonces un gruñido procedente de la garganta del maestro. Le había fallado.

—No seas duro con él, Miyamoto —exclamó Ichimura—. Le has preparado bien.

Tumbado aún en el suelo observé cómo agradecía el comentario con una inclinación de su cabeza. Me levanté y cogí una vez más el arma, dispuesto a no defraudarle esta vez.

—Tu modo de coger el sable y de cortar con él es quien eres. Te define como guerrero y como persona —señaló Ichimura—. Eres joven, fuerte e impetuoso, pero también demasiado nervioso e impaciente. Tu enemigo te estudiará hasta el último detalle y verá lo mismo que yo he visto. Aunque estés cansado y sientas miedo, debes aprender a respirar en completo silencio. La diferencia entre la vida y la muerte se encuentra en el detalle más nimio. Inténtalo otra vez —me exhortó finalmente.

Sujeté el trozo de bambú con fuerza. Mis dedos arrancaron un lamento de la

superficie al cerrarse sobre ella.

—Debes coger la catana como si sostuvieras a un pequeño pájaro entre los dedos: ni demasiado fuerte, para no ahogarlo, ni tan suave que pueda escaparse volando de entre ellos —me instruyó—. La excesiva fuerza se convierte en rigidez, la falta de ella, en debilidad. Y recuerda, tu mejor arma es tu inteligencia. Úsala.

Me puse en guardia y traté de dominar mi respiración. Poco a poco, mi pecho se relajó. Lancé mi primer ataque, plenamente consciente de que fallaría, mientras visualizaba en mi mente el segundo. Como había previsto, Ichimura esquivó el primer corte vertical sin problemas. Sin detenerme, giré mi muñeca y encadené un segundo golpe ascendente a su costado. El anciano apenas tuvo tiempo de evitarlo y el extremo de mi sable arrancó un jirón de tela de su kimono antes de perderse definitivamente en el aire. Había estado muy cerca.

Ichimura dibujó una enorme sonrisa de satisfacción. Después, se miró la ropa, emitió un gruñido, inclinó su cabeza hacia mí en señal de reconocimiento y se encaminó hacia un costado de la casa. Allí, apoyado en la pared, había otro pequeño tronco de bambú. Lo cogió y avanzó lentamente hacia mí adoptando la guardia media. Al verle, retrocedí mi pie derecho, lo asenté firmemente en el suelo y cambié a guardia alta. A medida que subía mis brazos, él relajó completamente los suyos, exponiendo todo su cuerpo. Parecía una postura de sacrificio. Lancé mi ataque de inmediato. El sable de caña silbó por el aire a medida que iba en busca de su objetivo. Ichimura se desplazó en diagonal hacia adelante, soltando la mano izquierda de la empuñadura y lanzándome una estocada al corazón con la espada sujeta únicamente con su derecha. El combate había terminado.

Dio un gran paso hacia atrás y volvió a situarse frente a mí con el arma apuntando al suelo. Me retaba a intentarlo de nuevo. Miyamoto e Ichiro nos observaban desde el porche sin perder detalle.

Esta vez decidí probar con la guardia media y atacué de frente para tratar de alcanzarle con una estocada. Ichimura acompañó suavemente mi golpe sin bloquearlo, sino dejando que mi arma resbalara por la suya. Cuando mi intento por atravesarle se mostró del todo infructuoso, cambió la dirección con un rápido giro de su muñeca y lanzó un corte a mi cuello. Su espada de bambú quedó detenida a escasos milímetros de mi garganta.

Nunca había visto a nadie luchar con el arma sujeta únicamente con una mano y aquello me desconcertó. Sin embargo, dicha técnica confería al cuerpo una fluidez mayor y liberaba el brazo izquierdo para golpear al enemigo si así lo deseabas.

—Hay muchos caminos distintos de la espada, pero sólo hay una Vía —pronunció ceremoniosamente Ichimura.

Miyamoto gruñó con firmeza.

—La verdadera Vía es aprender para desaprender y poder así instruirse de nuevo;

ése es el único camino cierto en todo lo que uno hace en esta vida —culminó el anciano.

—Gracias —contesté entonces inclinando todo mi cuerpo frente al alumno de maestros.

A medida que el sol se ocultaba tras las montañas, la temperatura cayó y un fuerte viento comenzó a azotarlo todo. Ichimura preparó una cena a base de verduras, que completamos con alguna de las cosas que traíamos en nuestro propio equipaje. Al ver la casa por primera vez, me había preguntado de qué debía vivir en aquel paraje solitario. Tras el entrenamiento, el anciano nos enseñó su pequeño huerto, oculto tras la propia cabaña para protegerlo, y una enorme tinaja en la que recogía el agua de la lluvia, tanto para beber y cocinar, como para su higiene. Allí arriba tenía todo lo que necesitaba.

Él e Ichiro tuvieron una pequeña discusión sobre quién debía preparar y servir la cena. Mi amigo se tomaba muy en serio su papel como sirviente de samuráis y no daba su brazo a torcer, hasta que Ichimura le dijo que, en su casa, era su invitado. El anciano nos informó de que únicamente comía verduras, siguiendo el estilo culinario shojin ryori. Ichiro puso inmediatamente cara de desagrado: ¿cómo podía alguien no comer de todo? Verles discutir fue todo un espectáculo. Ichiro le sacaba medio cuerpo de ventaja, a lo alto y a lo ancho, pero la seriedad y el carácter de Ichimura compensaban con creces la diferencia de tamaño, y su mirada era capaz de infundir verdadero temor. Miyamoto y yo apenas pudimos aguantar la risa cuando amenazó a Ichiro con un utensilio de cocina.

—Puedo matarte con esto si quiero, ¿sabes? —le informó el anciano.

Ichiro abrió tanto los ojos que casi se le salen de las órbitas. Era perfectamente consciente de que aquel pequeño hombre podía reducirle con un simple dedo de cualquiera de sus manos.

Tras la cena, Ichimura sacó de su escondite una botella de sake y la puso a calentar junto al fuego.

—Es todo lo que me queda —señaló dirigiéndose a Miyamoto—, ¡pero qué mejor ocasión que ésta!

El frío se colaba hasta por las rendijas más minúsculas de la casa, pero el fuego proporcionaba el calor suficiente para que se estuviera a gusto. Tras un par de tragos, el anciano preguntó a Miyamoto por cómo estaban las cosas.

—Aquí arriba no llegan muchas noticias. Sois los primeros visitantes que tengo en meses —se excusó.

—La paz aún es reciente —respondió el maestro—: Tardará en cicatrizar del todo.

Ichimura hizo un gesto de asentimiento. Después, se giró hacia mí y pronunció una frase que me turbó.

—Me recuerdas mucho a tu padre, aunque Miyamoto te haya moldeado a su imagen en estos años.

Nada más pronunciar la última palabra, fue consciente de mi sorpresa.

—Fue alumno mío, como Miyamoto —añadió—. Pero de eso hace ya mucho tiempo.

El maestro jamás me había contado que él y mi padre hubieran sido compañeros de clase. No me sorprendió: tampoco me había hablado del maestro Ichimura.

—Era un buen samurái. Murió con honor. Eres igual de impetuoso que él.

—¿Sabes cómo murió? —le pregunté sin darle apenas tiempo a terminar.

Ichimura miró a Miyamoto, que permanecía con el rostro serio.

—No me corresponde a mí contártelo, sino a tu padre adoptivo. Cuando él crea que estás preparado, lo hará.

Entonces, se levantó y fue hacia el arcón sobre el que descansaba su catana. Me había visto observarla durante la cena. La cogió y me la acercó para que la admirara.

—Este sable está hecho con el mismo acero con el que se forjó el de tu padre —me anunció.

—¿Es un Muramasa?

El anciano lo confirmó con un gesto. El Muramasa era un famoso clan de forjadores de catanas de la provincia de Ise, al sur de la isla principal. Se decía que sus espadas eran malignas debido a su filo sediento de sangre, y que el sogún Tokugawa las había prohibido definitivamente porque, en varias desgracias a lo largo de su vida, habían estado envueltas hojas Muramasa. Cuando él mismo ordenó cometer seppuku a su hijo mayor por ser sospechoso de traición a su antiguo señor Nobunaga Oda, el asistente responsable de realizar el kaishaku, la decapitación, lo había hecho con una catana Muramasa. A partir de ese momento, la idea de su maldad se instaló con firmeza en el espíritu de Ieyasu. También su abuelo había sido asesinado con un sable realizado por la familia de forjadores; su padre, atacado con una espada corta Muramasa, y él mismo se había cortado con una daga de esa hoja siendo niño.

El propio origen de aquellas catanas estaba envuelto en la leyenda. Se decía que la familia había aprendido su arte del maestro Ozaki Masamune, que había recibido a su vez la técnica de la forja del gran Aka Kunimitsu hacía siglos. Durante un tiempo, dos grandes estirpes de forjadores destacaron sobre el resto: la Masamune y la Muramasa. Ambas familias se disputaban el mercado de sables para surtir a los daimios más importantes. Uno de esos señores feudales decidió someter a ambos aceros a una prueba: llevó una catana Masamune y una Muramasa a un río y mandó introducirlas en el agua, con el filo contra la corriente. Según cuentan, las hojas que bajaban flotando por el caudal esquivaban el acero Masamune, pero eran cortadas por la mitad por el Muramasa, como si el acero las atrajera sin remedio. El daimio

determinó entonces que aquello se debía a que los sables Masamune tenían paz interior, mientras que los Muramasa estaban sedientos de sangre y traerían la desgracia y la muerte a quien los empuñara.

Miyamoto me había explicado que poseer una Muramasa era símbolo de traición y que la pena por empuñarla era la muerte. El sogún se había encargado de perseguirlas y eliminarlas. La de mi padre había sobrevivido, como la de Ichimura; no quedaba ninguna otra.

La cogí y la admiré. Lo primero que advertí fue su enorme ligereza, superior a cualquiera de los sables que había empuñado nunca. La desenvainé con cuidado. El acero brilló a la luz del fuego, emitiendo destellos rojizos en la pared. La filigrana de la línea de temple recorría todo el filo con sus suaves ondulaciones, haciendo que mis ojos quedaran completamente hipnotizados.

—No hay catanas buenas y catanas malditas —señaló Ichimura descubriendo lo que daba vueltas en mi interior—: El acero no tiene vida. La condición de un sable depende de quien lo empuña.

Me di cuenta entonces de que ya casi no recordaba cómo era la de mi padre. Tras su muerte, mi madre la había escondido en el fondo de un arcón; probablemente por eso había sobrevivido. En alguna de mis visitas, la había sacado de su tumba y me había preguntado por el hombre que la había empuñado. Con el tiempo, sin embargo, dejé de hacerlo, del mismo modo que dejé de pensar en mi padre.

Devolví el sable al anciano y le agradecí el honor con una profunda reverencia. Ichimura lo dejó de nuevo en su soporte y regresó a la mesa.

—Dime, Miyamoto, ¿qué asunto os lleva a Iwadeyama?

Mi maestro dio un sorbo y su vista se perdió en un punto indeterminado de la pared.

—El daimio está preocupado por algo que ha acontecido allí recientemente. Una mañana, los cerezos alborearon con flores de sangre; al caer el sol, todos los brotes se desprendieron empapando por completo el suelo. Al día siguiente, al parecer, estaban completamente secos, sin explicación alguna.

Ichiro y yo dimos un respingo. El maestro Ichimura permaneció impasible.

—El daimio cree que puede tratarse de algún tipo de yokai.

—¡Un espíritu maligno! —exclamó mi amigo presa del pánico.

—¿Significa eso que vamos a la caza de un yokai de verdad, maestro? —me había asaltado el mismo miedo que ahora recorría por completo el ánimo de Ichiro, pero traté de enbridarlo.

—La mayoría de los yokai suele evitar el contacto con los humanos o son capaces de convivir con ellos en armonía si no se les molesta —intervino Ichimura—. Debes temer siempre más a los hombres que a los espíritus.

Miyamoto emitió un gruñido de aprobación. Todos habíamos oído historias de

conflictos entre yokais y humanos; formaban parte de nuestra vida desde pequeños y nuestras madres nos advertían siempre de los peligros que conllevaba el mundo de los demonios. Por todo Japón corrían historias de funestos encuentros debidos a los espíritus. Una de las que más me aterrizzaba de pequeño era la Mujer de la Lluvia, que deambula por las calles en días de tormenta lamiéndose las gotas de la piel y cargando con un gran saco negro en el que rapta a los recién nacidos que lloran mientras dura el aguacero.

Del mismo modo, todos conocíamos también algunas historias sobre los cazadores de yokais, los únicos capaces de derrotarles mediante un entrenamiento especial. Miré a mi maestro: ¿acaso era él un exterminador de demonios? ¡No podía creerlo! Quizás ese era el gran secreto que escondía en su habitación prohibida: armas, pócimas, ungüentos y conjuros capaces de vencer y destruir a esos seres sobrenaturales.

Miyamoto jamás me había hablado de nada relacionado con el mundo de los espíritus. Durante mucho tiempo había pensado que no era una persona creyente: nunca le había visto detenerse a orar en un templo y en casa tampoco había ningún tipo de altar, ni a ningún dios de la naturaleza ni a ningún Buda. En cuanto a mí, siempre me había dejado libertad: las creencias profundas del espíritu de un hombre solo le pertenecen a él, decía. Sabía que era el Investigador de Asuntos Especiales del clan y que respondía de sus averiguaciones solo ante el daimio; sin embargo, siempre había pensado que sus pesquisas se centraban en cuestiones de índole personal que nuestro señor Masamune prefería mantener en la esfera de lo estrictamente privado.

Ichiro pronunció en voz alta las palabras que se arremolinaban en mi interior y que yo no osaba vocalizar.

—¿Eres un cazador de yokais?

Le reprendí con la mirada. Estaba enfadado, pero no realmente con él, sino con mi propia cobardía al no ser capaz de importunar a mi maestro con la duda que bullía en mí. Miyamoto emitió un nuevo gruñido. Tanto Ichiro como yo comprendimos que era una respuesta afirmativa, pero que no quería hablar sobre ello. Sin embargo, si a lo que nos íbamos a enfrentar era a algún tipo de demonio, tarde o temprano tendría que hacerlo.

## V. UNA SOMBRA EN EL BOSQUE

# 死相

Una intensa lluvia se había empeñado en acompañarnos desde primera hora de la mañana, por lo que el descenso por la escalera de piedra se convirtió en toda una hazaña. El agua había empapado por completo el musgo que recubría alguno de los escalones, haciéndolo tan resbaladizo como el hielo, y el fuerte viento provocaba que las gotas de lluvia danzaran a su capricho y nos azotaran el rostro desde todos los ángulos posibles: cubrirse era del todo inútil. Cuando finalmente pusimos nuestros pies de regreso en el camino principal por el que habíamos salido de Senda;, estábamos ya completamente empapados.

Mi humor era tan funesto como el propio día por culpa de un extraño sueño. Kumico se acercaba a mí y me abrazaba; cuando su boca buscaba la mía, Miyamoto la apartaba de mis brazos y le cortaba la cabeza de un único y certero tajo con una catana de hoja llameante. Yo me quedaba completamente paralizado. Entonces, me mostraba su rostro y su boca de afilados y mortíferos dientes negros dispuestos a devorarme.

El maestro caminaba a mi lado en silencio. Las gotas de lluvia resbalaban por su sombrero juntándose y formando pequeños ríos que se precipitaban por el ala como minúsculas cascadas.

—¿Era mi padre un cazador de espíritus como tú? —quise saber.

—No —respondió escuetamente.

—¿Por qué ni tú ni mi madre me habláis nunca de él?

Al escuchar mi pregunta, torció el cuello. Aunque su hondo sombrero me impedía ver sus ojos, supe que en su rostro se había dibujado una expresión de ligera sorpresa. El gesto no me pasó desapercibido.

—Tu padre era un buen hombre. Y era un buen samurái —respondió—. Eso es lo mejor que se puede decir de alguien.

Estaba claro que sabía más de lo que contaba, y su sorpresa al saber que mi madre tampoco me hablaba mucho de mi padre me indicó que ambos escondían algún secreto sobre él. O sobre ellos. Por mucho que trataba de imaginar qué era, no podía

quitarme de encima la sensación de que, si preferían no hablar de ello, era porque el asunto era oscuro. Ese pensamiento me martilleaba por dentro sin cesar.

Ichiro caminaba unos metros por delante de nosotros. Las de gotas de lluvia se estrellaban contra su cuerpo creando una especie de halo a su alrededor y sus pies estaban completamente cubiertos de barro. Envidiaba la sencillez de su felicidad: tenía un padre y una madre que le querían y su vida era clara como las aguas del Hirose.

El maestro era capaz de leerme como si mi alma fuera para él una caligrafía clara.

—Tu padre fue un buen samurái, un buen esposo y un buen amigo —pronunció como recitando un viejo poema aprendido en la escuela.

Sabía que ambos servían al daimio, pero nunca se había referido a él como a un amigo.

—¿Cómo os conocisteis?

—Ambos fuimos alumnos del maestro Ichimura en los tiempos en los que era el instructor del clan. Él era un samurái pobre, pero Ichimura vio sus enormes cualidades y le aceptó. Enseguida trabamos amistad: él, el daimio y yo.

—¿Era amigo del señor Masamune? —exclamé sorprendido.

—Así es —respondió Miyamoto—. Por entonces aún no era daimio y todo el mundo apostaba porque nunca lo sería.

—¿Por lo de su ojo?

—Muchos le trataban como a un tullido. Tu padre, sin embargo, jamás se compadeció de él. Masamune siempre le buscaba en los entrenamientos porque era el único que se empleaba a fondo sin importarle ni su condición, ni su defecto. El daimio es un guerrero feroz y un estratega formidable, y lo es en parte gracias a tu padre. Por eso, cuando se convirtió en jefe del clan siempre le quiso cerca, a pesar de su diferencia de clase. Confiaba en él porque siempre le decía la verdad: cuando eres un hombre poderoso, tener a alguien así a tu lado es esencial. Los samuráis de grandes familias se reían de tu padre por su rudeza y su falta de educación, pero le temían por su habilidad con el sable y porque sabían que Masamune le tenía en alta estima. Sin embargo, cuestionaban la conveniencia de aquella amistad.

—¿Y qué sucedió? —indagué.

Miyamoto se detuvo y levantó la cabeza.

—Llegado su momento, el mismo daimio te lo dirá.

Sus ojos regresaron entonces al seguro parapeto que formaba su sombrero. Sabía que no quería seguir hablando, pero no estaba dispuesto a dejar escapar aquella oportunidad.

—¿Y mi madre? ¿Cómo se conocieron?

Ella pertenecía a una familia noble que la había repudiado al casarse con mi padre, pero nunca lo mencionaba y yo hacía tiempo que me había cansado de

preguntar.

—Era hija de una familia de alta posición. Estaba prometida con un joven samurái desde pequeña, pero conoció a tu padre y se enamoró de él. Por mucho que su propia familia y la del otro joven protestaron, ella expresó su firme voluntad de casarse con tu padre. Saltándose todas las normas, el señor Masamune les bendijo. A cambio, tu madre fue repudiada: era el precio que tenía que pagar por su felicidad.

—¿Y quién era el samurái al que estaba prometida?

—Era el hijo de una poderosa estirpe. A pesar de que la ruptura del compromiso por parte de tu madre le supuso una dura afrenta, aceptó su amor y renunció a ella y a la venganza.

La historia me conmovió. Casi de inmediato, el rostro de Kumico acudió a mi mente. También era la hija de uno de los samuráis más influyentes del clan y yo me había enamorado perdidamente de ella, como si una maldición me hubiera conducido hacia ese destino de forma irremediable al igual que lo había hecho con mis padres. Quizás eso significaba, sin embargo, que algún día podríamos estar juntos.

De repente, nos dimos cuenta de que Ichiro se había detenido. El maestro levantó ligeramente la vista y descubrió el motivo. Sentada en una roca, a lo lejos, se adivinaba una figura. Estaba acuclillada sobre la piedra, como si meditara. Su amplio sombrero le protegía de la lluvia como el tejado de una gran pagoda.

Un escalofrío recorrió mi espinazo: ¿era posible que fuera Shiro Uchida? Quizás alguien le había rescatado de la isla y había emprendido nuestra búsqueda sediento de venganza. Un vistazo más sereno, sin embargo, me confirmó que no llevaba armas, tan solo un largo bastón de caminante. A medida que nos acercamos, descubrimos finalmente que se trataba de un monje.

Era un tipo más bien pequeño y, tal como estaba sentado, con sus piernas recogidas y cruzadas sobre la piedra, cabía por completo debajo de su sombrero. Ni siquiera se inmutó cuando nos plantamos frente a él; sencillamente, se limitó a mover la cabeza para estudiarnos. No fui capaz de determinar su edad, pero era más joven que viejo, y su rostro era pétreo, sin ningún atisbo de emoción que transmitiera sus intenciones.

—Me llamo Takeshi Okada y soy un monje del Templo de Shihonryu de Nikko.

—Estás muy lejos de tu casa —contestó el maestro.

—Mi casa está en todas partes —replicó el monje.

Nikko estaba bastante al sur, a tres o cuatro días de viaje de Edo hacia el norte. Era uno de los templos budistas más antiguos de Japón y se decía que había sido fundado por el mismísimo Shodo Shonin tras cruzar el río Daiya a lomos de dos serpientes durante el periodo Nara. La lluvia arreciaba cada vez más y parecíamos un grupo de bobos calándonos sin remedio.

—¿Y qué haces aquí parado, si se puede saber? —preguntó Miyamoto.

—Esperar a que escampe —respondió con sencillez—. Y a poder unirme a un grupo de viajeros, pero hacía mucho rato que nadie pasaba por aquí. Estos caminos no son seguros. ¿Hacia dónde os dirigís?

—Hacia el norte —le informó sin querer dar más detalles.

—Yo sigo el mismo camino —señaló Okada—. ¿Os importaría compartir vuestra compañía?

Miyamoto reflexionó unos instantes. No era mala idea: la presencia de un monje en el grupo nos haría pasar aún más desapercibidos. Emitió un gruñido en señal de asentimiento.

—Me llamo Miyamoto, y estos son Aki e Ichiro —nos presentó.

El pequeño monje nos saludó uno a uno.

—Desde el fin de la guerra, los caminos están llenos de hombres sin rumbo, sin piedad y sin honor. Es más seguro moverse en grupo.

Se refería a la gran cantidad de samuráis convertidos en ronin que vagaban por todo Japón como bandidos y espadas asesinas al servicio del mejor postor. Aunque yo no me había dado cuenta, Miyamoto se percató casi de inmediato de que Takeshi Okada era nada menos que un sohei, un monje guerrero.

Los sohei pertenecían a la antigua escuela budista Tendaishu del Monte Hiei y eran conocidos por sus habilidades marciales y su papel destacado en numerosas campañas a lo largo de los siglos, hasta que su templo principal, el Enryaku ji, fue atacado y destruido por Nobunaga Oda debido a su creciente poder. Tiempo después, el propio Ieyasu Tokugawa había enrolado a monjes guerreros en sus propias huestes. Sin embargo, tras su nombramiento como shōgun hacía dos años, los privilegios de los soheis habían llegado a su fin. Eran demasiado peligrosos.

Tenían mucha fama por su tremenda habilidad con la naginata, la misma arma con la que practicaba Kumico, aunque también eran temibles manejando el arco y la catana. La leyenda decía que se sometían a una durísima prueba física de resistencia que consistía en andar treinta kilómetros al día durante cien días a lo largo de cinco años consecutivos. Al acabar ese primer periodo en busca de la iluminación, durante el sexto año aumentaban la distancia hasta sesenta kilómetros, y, al año siguiente, hasta ochenta y cuatro.

Takeshi se puso entonces en pie ayudado por su largo cayado. Al hacerlo, pude ver su kimono violeta, ya gastado por el uso, y sus zuecos de madera. La mayor sorpresa, sin embargo, aún estaba por llegar. Al dar sus primeros pasos, algo llamó poderosamente mi atención: aquel pequeño monje cojeaba ostensiblemente de su pierna derecha. Ichiro también se percató de su defecto de inmediato. Miyamoto, en cambio, no dio ninguna muestra de haberse sorprendido en absoluto y siguió andando a su lado como si tal cosa.

—¡Es cojo! —exclamó Ichiro sin poder contenerse. Si su velocidad con los puños

hubiera sido pareja a su descaro con la lengua, estaba convencido de que sería un guerrero invencible.

—¡Ichiro! —le reprendió el maestro, molesto.

Mi amigo se llevó las manos a la boca en un intento tardío por retener su lengua.

—¡La verdadera condición de un hombre radica en la voluntad de su corazón, no en ninguna otra parte de su cuerpo! ¡Pero parece que la tuya está en la boca! - Miyamoto estaba verdaderamente enfadado.

Las sonoras carcajadas provenientes del monje se abrieron paso hasta inundarlo todo, compitiendo con la mismísima lluvia. El maestro se giró y le observó atónito. Takeshi apenas podía controlar el caudaloso torrente de risa que surgía de sus entrañas y que amenazaba con hacerle convulsionar todo el cuerpo.

—¡Discúlpate! —gritó de nuevo el maestro en dirección a Ichiro.

Poco a poco, las palabras se abrieron paso en la boca del monje.

—No hace falta. Llevaba mucho tiempo sin que nadie me señalara lo evidente y se agradece —dijo, aún con una amplia sonrisa en los labios—. Sí, soy cojo, mi joven amigo: así lo quiso una enfermedad cuando era pequeño.

Ichiro había hincado las rodillas en el suelo frente a Takeshi, suplicando su perdón.

—Levántate —le ordenó el monje—: Jamás debes disculparte por decir la verdad.

Mi amigo se incorporó poco a poco, con el kimono completamente manchado de barro. La mirada de Miyamoto seguía clavada en él como un puñal.

—No hay ninguna ofensa en ello —añadió finalmente el pequeño hombre.

Esta vez fue el maestro el que apenas pudo reprimirse.

—¡Eres un bocazas!

Takeshi prorrumpió de nuevo en una sonora risotada. Inmediatamente, la hilaridad se contagió a Ichiro y después a mí sin remedio, como lo hace un bostezo. Finalmente, el propio Miyamoto se unió a nuestro alborozo. Cualquiera que nos hubiera visto allí, riendo sin parar bajo aquel aguacero, habría pensado que formábamos el grupo de locos más variopinto y extraño que se había contemplado jamás.

Poco a poco, la lluvia dio paso a los primeros rayos de sol y un enorme arco iris surcó el cielo trazando un puente entre las montañas. Takeshi nos había indicado que no muy lejos de allí había una pequeña aldea en la que podríamos sentarnos y comer algo caliente para reactivar nuestros entumecidos músculos. La idea fue muy bien acogida por Ichiro, aunque, a decir verdad, tanto mi ánimo como el del maestro compartieron en silencio su regocijo.

Entonces, sucedió.

De repente, nos vimos rodeados por un grupo de asaltantes que surgieron del

bosque. Iban armados con palos, juttos y catanas. Uno de ellos hacía girar amenazadoramente un kusarigama sobre su cabeza, provocando que el aire aullara a su alrededor a medida que la larga cadena daba vueltas sin cesar. Eran diez en total: salteadores de caminos y ronin.

El maestro echó mano de su catana y se la ciñó al obi. Después, nos ordenó que nos situáramos a su espalda. Ichiro y yo nos pegamos a él y formamos un pequeño grupo. Takeshi, sin embargo, permaneció de pie donde estaba, apoyado en su largo bastón como si la cosa no fuera con él.

—¡Dadnos todo lo que lleváis! —gritó el que parecía el jefe de aquella variopinta camarilla—. ¡Vamos!

El maestro desenvainó e instó al monje a que se uniera a nosotros: juntos teníamos mayores posibilidades de salir airosos. Takeshi se limitó a esbozar media sonrisa.

—¡Dejadnos pasar si no queréis morir todos! —bramó de repente con fiereza.

Su rostro sufrió una transformación repentina. Dio un par de pasos hacia atrás y afianzó su pierna sana en el suelo. Al advertir su cojera, el grupo de asaltantes comenzó a mofarse de él.

—Dejadme la grulla coja a mí —exclamó uno mientras los demás le secundaban la gracia.

El pequeño monje se quitó el sombrero y lo dejó en el suelo, extrajo de su espalda lo que parecía la hoja de una catana y la encajó en la punta de su largo cayado. ¡Era una naginata desmontable! Al verlo, uno de los ladrones exclamó con cierto temor:

—¡Cuidado, es un sohei!

Un respetuoso silencio se apoderó del grupo, seguido de un cierto rumor.

Miyamoto se giró hacia nosotros.

—En cuanto ataquen, ocupaos de los que vayan únicamente armados con palos. Serán los menos hábiles en el combate. Desarmadles y huirán. Después, poneos a salvo inmediatamente.

—¡Puedo luchar, maestro! —protesté.

—Sé que puedes, Aki, pero esto no es un entrenamiento —replicó.

A un grito de su cabecilla, los salteadores se abalanzaron sobre nosotros desde todos los ángulos. Querían cualquier cosa de valor que lleváramos encima, y no iban a dudar en quitarnos la vida para conseguirlo. Takeshi enarboló su naginata, la hizo girar un par de veces sobre su cabeza y descargó un certero golpe a los dos primeros hombres que se le echaron encima, derribándolos con una terrible herida abierta en el pecho.

—¡Vamos, ahora! —nos gritó el maestro mientras se lanzaba frontalmente contra uno de los hombres armados con una catana. Ichiro y yo corrimos hacia uno de los atacantes que blandía un jo en alto. Al llegar junto a él, descargó un golpe recto

dirigido a mi cabeza; lo esquivé sin demasiadas dificultades y le golpeé la garganta con el puño. El tipo se desplomó y cogí su arma, poniéndome en guardia inmediatamente. El bandido que estaba a su lado estrelló su bastón en la espalda de Ichiro y se quebró como si fuera una rama seca. Ichiro lo atrapó entonces entre sus brazos, lo levantó en volandas y echó a correr contra un árbol aplastándolo contra el tronco. El pobre infeliz se deslizó por la corteza hasta quedar inconsciente en el suelo. Ni siquiera se dio cuenta de qué le había pasado.

Miyamoto derribó de dos certeros cortes a dos nuevos enemigos que se le echaban encima. Justo en ese momento, la cadena de la kusarigama se enrolló en su hoja. El ronin tiraba de ella con fuerza, tratando de arrebatarle el sable. El maestro resistía y vigilaba a su alrededor. Un asaltante se le acercaba a la carrera por la espalda con la catana armada sobre la cabeza. Sin soltar el sable, el maestro introdujo su mano izquierda en el kimono y sacó el puñal, giró su cuerpo dando un gran paso hacia atrás con su pierna derecha y le cortó el vientre de lado a lado. Después, regresó de nuevo a su posición inicial y lanzó el tanto contra el dueño de la cadena. El cuchillo se hundió justo en su corazón.

En ese instante, sus ojos se fijaron en una silueta oculta en el bosque. Permanecía de pie, observando la pelea junto al tronco de un árbol. Aunque su capa negra con capucha ocultaba por completo su identidad, sintió una punzada de reconocimiento en su interior. ¿Era posible? Trató de adentrarse entre los árboles y darle alcance, pero la figura se desvaneció casi de inmediato. Quizás se lo había imaginado.

Tras mi primer combate, notaba la adrenalina circular a borbotones por mi cuerpo: ¡me sentía invulnerable! A pesar de que Miyamoto me había ordenado permanecer al margen, me abalancé sobre uno de los hombres armados con un jutte. Le lancé un golpe recta a la cabeza con el jo que le había arrebatado a mi anterior rival, pero el tipo lo bloqueó y la partió en dos con un simple giro de su muñeca. Entonces, sin darme tiempo a parpadear, me lanzó una estocada al pecho con la punta de su arma. Sentí cómo el acero rasgaba mi piel, y la inflamaba de dolor. Escuché entonces el grito lejano de mi maestro, que había regresado a la pelea:

—¡Aki!

Mi cuerpo reaccionó sin pensar. Agarré la mano de mi oponente con la izquierda, giré con fuerza mi cadera, desplazando mis pies en círculo, y le golpeé el cuello con el trozo de palo que aún conservaba sujeto. La punta estaba astillada y noté la madera hundirse en su carne. El corazón me latía con fuerza en las sienes y en la herida del pecho. Su mirada se apagó lentamente a medida que caía al suelo. Recordé entonces cómo se marchitaba el brillo de los ojos de los peces recién capturados que los pescadores de Senda llevaban al mercado cada mañana.

Miyamoto me alcanzó, dispuesto a acabar con cualquier enemigo que tratara de acercarse a mí.

—¿Estás bien?

Era incapaz de articular una sola palabra. Mi boca estaba completamente seca y mi mente seguía paralizada por lo que acababa de suceder. Escuché el grito de mi maestro como si fuera una voz lejana.

—¡Ichiro!

Sin saber ni cómo ni de dónde, mi amigo apareció junto a nosotros.

—¡Llévatelo hasta que todo haya pasado! —le ordenó el maestro. Ichiro obedeció de inmediato, me cogió y me arrastró hasta una zona segura entre los árboles, lejos del combate. Mientras cargaba conmigo, pude ver a Takeshi cortarle una pierna a un enemigo con un amplio golpe circular de su naginata. El pobre infeliz cayó como un árbol. A pesar de su cojera, el monje se manejaba con una eficacia terrorífica. Había asentado su pierna inútil en el suelo, como si se tratara de una de las columnas que sostienen un gran templo, y giraba su cuerpo y sus brazos sobre sí mismo, segando todo lo que encontraba a su paso. Miyamoto llegó hasta él y pegó su espalda a la suya. Juntos formaban una estampa formidable.

Tan sólo quedaba ya un enemigo en pie. Al verles en guardia, arrojó su arma y escapó corriendo camino abajo. Takeshi apoyó entonces su naginata en el suelo y sonrió satisfecho. El rostro del maestro, sin embargo, permaneció serio. Su cara estaba empapada de sudor y su pelo completamente revuelto por el esfuerzo. El monje desmontó la hoja de su naginata, la limpió de sangre sobre el pecho de un cadáver y sacó una funda de cuero que llevaba oculta a su espalda. La envainó y volvió a esconderla en el interior de sus ropas. Al terminar, recogió su sombrero y se lo caló de nuevo.

Miyamoto abrió mi kimono y dejó expuesta mi herida. La punta del jutte había rasgado de lado a lado mi piel. Por suerte, no era grave. El dolor, sin embargo, era cada vez más intenso.

—Debemos limpiarla cuanto antes —señaló el monje, que se había reunido con nosotros.

El maestro asintió. Su reprimenda quedaría a buen seguro para después. Levantó entonces su mirada hacia Ichiro y le dedicó una inclinación de cabeza como premio a sus esfuerzos. Takeshi, algo menos ceremonioso, le dio dos palmadas en el hombro.

—¡Eres una montaña, mi joven amigo! —exclamó entre risas—. No me gustaría sentir tu poderoso abrazo en combate.

El rostro de Ichiro se iluminó; aún era incapaz de pronunciar una sola palabra hasta no recuperar del todo el resuello, pero su mirada feliz lo decía todo. Pasó su brazo por debajo de mi hombro y me ayudó a ponerme en pie.

Miyamoto se adelantó y alquiló una habitación en una posada, la única en todo el lugar. No era muy grande, pero bastaría. Una vez instalados, Takeshi rebuscó en la pequeña bolsa de viaje que llevaba y sacó un minúsculo tarro verde. Al destaparlo, un

fuerte olor impregnó la estancia, en la que apenas cabíamos los cuatro. El monje limpió cuidadosamente mi herida y esparció el unguento sobre ella, tapándola a continuación con una venda que me rodeaba el pecho como si fuera un ancho obi de mujer.

—No te preocupes, vivirás —señaló con una amplia sonrisa. En ese instante me di cuenta de que era mucho más joven de lo que me había figurado. Su rostro se mostraba ahora risueño y relajado, sin la dureza temible que había adquirido durante el combate. No debía de tener más de veinte años.

—Eres un guerrero formidable —acerté a decir. Su demostración con la naginata me había dejado impresionado.

El monje inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—¿Cómo puedes a pesar...? —añadí, dejando la frase a mitad de camino. No quería ofenderle.

—Con años de entrenamiento, disciplina y fuerza de voluntad —respondió—. Y sin compadecerme de mí mismo.

El monje guardó el pequeño frasco de nuevo entre sus cosas, se levantó y se dirigió a una esquina de la habitación, en la que el maestro limpiaba su sable. Le cogió del brazo, desplazó la puerta y le condujo al exterior. En cuanto la pócima comenzó a hacer efecto, sentí un fuerte escozor sobre la piel. La pestilencia de la medicina tampoco ayudó a tranquilizar mis ánimos. En realidad, la herida que más me dolía era la que sangraba en el interior de mi pecho: había quitado una vida y dudaba de que ese corte fuera a cerrarse jamás.

Sentí una fuerte náusea y vomité sobre el pobre Ichiro. Mi amigo sonrió y me reconfortó:

—Tranquilo. Debes descansar —observó mientras me ayudaba a reclinar me sobre el maltrecho futón en el que, a buen seguro, más de cien hombres habrían dormido en el último mes.

Cerré los ojos y traté de vaciar mi mente, pero la mirada del pobre diablo al que había robado la vida acudía una y otra vez a mis recuerdos; sus ojos, tan llenos de odio justo un instante antes de sentir mi golpe. Después, la sorpresa, la incomprensión y el miedo; y su mirada húmeda y brillante apagándose.

Fuera, Takeshi se dirigió a Miyamoto con expresión seria:

—¿Quiénes sois?

El maestro le miró fijamente.

—Simples caminantes que se dirigen a Iwadeyama —trató de contestar con naturalidad.

Una sombra de duda en el rostro del monje le dijo que su respuesta no le había engañado lo más mínimo.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —quiso saber.

—Dudo que nadie pague por asesinar a unos simples caminantes.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Miyamoto.

El monje introdujo su mano en el kimono y extrajo una pequeña bolsa de cuero. La abrió y dejó caer sobre su mano varias piezas de oro.

—El cabecilla del grupo llevaba esto encima. No creo que el asalto fuera un robo.

La revelación pilló al maestro desprevenido, aunque la figura del encapuchado oculto entre los árboles le decía que el monje estaba en lo cierto. A lo largo de sus misiones para el daimio se había enfrentado a todo tipo de situaciones y de enemigos; nadie, sin embargo, había orquestado un plan para asesinarle antes incluso de que comenzara una investigación. Eso le sugería que el asunto era más peligroso de lo que alcanzaba a imaginar, y que, aunque hubiera algún yokai de por medio, era un hombre de carne y hueso quien lo controlaba todo.

—Me llamo Miyamoto Tsunetomo, y soy el Investigador de Asuntos Especiales del clan Date —se presentó. Había decidido confiar en aquel pequeño monje y compartir su secreto. Algo en él le inspiraba confianza.

Al escuchar el nombre, Takeshi apenas pudo ocultar un gesto de reconocimiento. Su cuerpo se puso en tensión: por fin había dado con el hombre que llevaba buscando desde hacía varios días. Debía informar cuanto antes a su superior.

## VI. EL FANTASMA DE YOSHO YATAEMON



Cuando abrí los ojos, Miyamoto velaba mi sueño. Era pasado mediodía. Miré alrededor y comprobé que estábamos solos en la habitación. Traté entonces de incorporarme, para no parecer débil, pero la herida de mi pecho seguía punzándome. Con un suave gesto de su mano, el maestro me indicó que no me moviera.

—Takeshi e Ichiro han ido a por algo de comer.

—Estoy bien —repliqué.

Miyamoto gruñó como solía hacerlo cuando algo le preocupaba.

—¿Qué sucede?

—Lo que me preocupa no es tu herida. La carne cicatriza deprisa, pero el espíritu puede tardar en recuperarse mucho tiempo.

Había cierta preocupación en su mirada, pero también mucha ternura.

—Yo tenía casi tu misma edad cuando maté por primera vez a un hombre. Se llamaba Yosho Yataemon. He acabado a más enemigos desde entonces, pero es su rostro el que sigue apareciendo en mis sueños. No debes sentir remordimientos: la vía del samurái es la de la muerte, la de tus enemigos y la tuya.

Cerré mis ojos en señal de asentimiento. En ese instante escuchamos un gran alboroto procedente del pasillo. Ichiro y Takeshi entraron en plena controversia. El monje le había sugerido que aprendiera el manejo del bastón, la tonfa o el nunchaku, que eran armas muy efectivas y fácilmente transportables. Ichiro se negaba diciendo que eran aperos de labranza indignos de un guerrero.

Al ver nuestras caras fijas en ellos, enmudecieron, avergonzados. Takeshi se inclinó sobre mí y comenzó a quitarme la venda del pecho para ver la evolución de mi herida, mientras Ichiro dejaba una bandeja con la comida en un rincón.

—Permaneceremos aquí hasta mañana —anunció entonces Miyamoto.

—No quiero retrasaros. ¡Puedo caminar! —protesté.

—Tengo unos asuntos importantes que atender —indicó saliendo de la habitación con prisa para reforzar la credibilidad de sus palabras. Yo sabía, sin embargo, que la verdadera causa de nuestro retraso era yo, y eso me llenaba de rabia. Era como si mi

debilidad se multiplicara inmediatamente.

Sin embargo, su afirmación no era del todo mentira. Sin darnos cuenta, habíamos revolucionado la vida de aquella pequeña aldea. Los hombres que habían regresado del campo a sus casas a la hora de comer se habían encontrado de bruces con la matanza. Después, solo fue cuestión de atar cabos y darse cuenta de que los recién llegados eran los causantes de aquellas muertes. El hecho de que un samurái y un monje guerrero formaran el grueso de nuestro pequeño grupo no contribuyó en nada a tranquilizarlos.

La aldea era demasiado pequeña para tener representación oficial, por lo que el maestro fue a mostrar sus respetos a los ancianos y a anunciar su condición como hombre del clan al servicio del daimio. Miyamoto sabía por experiencia el temor que la presencia de un hombre como él generaba en un sencillo pueblo de campesinos: habían sido muchos años de guerras, alistamientos forzosos, matanzas injustificadas y robos de cosechas. También suponía que el hecho de que ocultara su identidad habría contribuido aún más a dar la sensación de que una camarilla de despiadados ronin habían dado muerte a un inocente grupo de caminantes y ahora se disponían a saquear la villa.

Ichiro me acercó un cuenco de soba frío y le tendió otro a Takeshi.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó el monje.

—Bien, gracias.

—Nuestro amigo es un joven valeroso y con gran destreza en el combate — señaló—. No era fácil esquivar esa estocada: tu maestro te ha enseñado bien.

—Pero me alcanzó —respondí.

—Todo guerrero que se precie tiene el cuerpo surcado de cicatrices. —Llevó sus manos a su kimono y lo abrió, dejando al aire su pecho. Un gran corte vertical iba prácticamente desde su clavícula hasta su vientre.

Los ojos de Ichiro se abrieron por completo.

—Para matar a tu enemigo debes estar cerca de él. A veces tan cerca que su aliento es el único aire que respiran tus pulmones. Además, seguro que hay alguna joven a la que esa cicatriz dejará impresionada —terminó cubriendo de nuevo su pecho con una sonrisa pícara en los labios.

Me ruboricé sin poder evitarlo.

—Vaya, veo que he acertado, ¿eh, Ichiro? El joven samurái tiene el corazón repleto —subrayó mirándole.

Ichiro se echó a reír sin poder evitarlo, tanto por la insinuación de Takeshi, como por mi rostro hecho una auténtica llamarada.

—Se llama Kumico —dijo entonces—. Es guapa, pero, para mi gusto, un poco flaca.

Esta vez fue Takeshi quien dejó escapar una estrepitosa carcajada.

—¡Callad! —grité.

Durante un segundo, se hizo el silencio más absoluto dentro de la habitación, hasta que Ichiro y el monje volvieron a mirarse sin poder contener la risa por mi pequeño berrinche.

—Debes comer y reponerte —señaló Takeshi, una vez recuperada la compostura—. Mientras, aprovecharé para enseñarle a este hombretón un par de trucos.

Ambos salieron, dejándome solo. Terminé de comer y me sumí en un profundo sueño. Al cabo de un rato, la puerta comenzó a descorrerse despacio. Abrí ligeramente un ojo y pude ver una silueta recortada al otro lado del panel de papel de arroz, como si asistiera a un espectáculo de sombras chinescas: su contorno no pertenecía ni a Miyamoto, ni a Ichiro ni al monje, de eso estaba seguro. Me quedé inmóvil. Ni siquiera tenía un arma con la que defenderme.

La figura penetró finalmente en la estancia y comenzó a acercarse a mí con sigilo. No podía ver su rostro, oculto dentro de una gran capucha. Noté cómo cientos de gotas frías de sudor se formaban en mi piel y comenzaban a resbalar por mi espalda produciéndome un hondo escalofrío. Entonces, el terror se apoderó completamente de mí: la figuraba avanzaba hacia el futón, pero... ¡no tenía piernas! Flotaba en el aire, como si una especie de niebla invisible ocultara su cuerpo de cintura para abajo.

Traté de moverme, pero mi cuerpo no respondía a ninguna de mis órdenes. Aquella extraña efigie llegó finalmente hasta mí y se quitó la capucha. Apenas pude contener un grito de pánico: ¡era el hombre al que había matado! Una profunda voz salió de su interior sin necesidad de mover sus labios; sonaba como un eco lejano. En su cuello pude ver la herida provocada por mi ataque, oscura y profunda, como si no tuviera final.

—Me llamo Yosho Yataemon. Me has arrebatado la vida y ahora yo haré lo mismo con la tuya: cargarás conmigo para siempre, cada muerte que causes me hará más fuerte; hasta que, al final, te venza y te lleve conmigo. Ese es el destino de todo samurái.

Mis gritos debieron de alertar a Ichiro y a Takeshi, que entraron en la habitación como un rayo. También el maestro acudió corriendo, con la hoja de su catana desnuda. El monje posó su mano sobre mi cabeza.

—Está ardiendo. Delira.

Sin embargo, aquella aparición había sido absolutamente real. Aún podía sentir su presencia en la habitación, el frío repentino que la había acompañado y que se había instalado en el tuétano ya para siempre.

Volví a caer en un profundo sueño. Esta vez, la presencia del maestro, de nuevo a mi lado, me reconfortó y el descanso fue reparador. Cuando desperté, la delicada luz de la luna se colaba por la ventana. Me sentí con nuevas fuerzas. Miyamoto meditaba junto al futón.

—¿Quién era Yosho Yataemon, maestro? —pregunté, casi temiendo la respuesta.

—Nadie lo sabe con seguridad.

—Pero dijiste que así se llamaba el primer hombre al que mataste.

Miyamoto asintió ligeramente.

—Después de arrebatarme mi primera vida, el maestro Ichimura me contó la misma historia que yo te he contado a ti. Me habló del primer hombre al que, a su vez, él había matado, y me dijo que se llamaba Yosho Yataemon. Tenía el rostro del samurái al que había matado. Se acercó a mí y me dijo que llegaría un día en el que me vencería finalmente y me llevaría con él. Cuando le pregunté a Ichimura quién era, mi maestro me contó esto mismo que yo te cuento ahora. Yosho Yataemon es la Vía misma del samurái, Aki: es la muerte.

Takeshi entró en la habitación y se sentó a nuestro lado. Nos informó de que Ichiro preparaba la cena en la pequeña cocina de la posada y nos trajo noticias:

—El sogún ha abdicado en favor de su hijo Hidetada ante el emperador Go-Yozei. Al parecer, ha decidido dejar oficialmente el título en sus manos.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Miyamoto.

—He salido a ejercitarme un poco a las afueras de la aldea y un jinete al galope me ha informado. Se dirigía a Iwadeyama con la noticia. —Sus miradas se cruzaron. No quería decir delante de mí que lo que había ido a hacer en realidad era tratar de averiguar algo más acerca de la identidad de los hombres que alguien había pagado para matarnos.

—Todo cambia, pero todo sigue igual: las tres hojas de malva siguen reinando sobre Japón —señaló refiriéndose al emblema del clan Tokugawa.

El monje le dio la razón con un movimiento de cabeza.

—Siempre ha sido así: hombres fuertes gobernando a hombres débiles. La paz, sin embargo, traerá el gobierno de hijos débiles sobre semejantes mejores que ellos en muchos casos.

El maestro pareció cavilar acerca de sus palabras.

—La obligación de un samurái es servir a su señor sin importarle su competencia.

—La obligación de todo hombre es ser honesto, justo, servir y honrar a la verdad y ser leal a sí mismo y a sus creencias —replicó el monje.

—No hay diferencia alguna en ambas vías —apuntó Miyamoto.

—Tú sirves a tu señor, y lo harías aunque ello fuera en contra de tu propio código: no hay valentía en ello, sólo comodidad. He visto a demasiados samuráis rectos y valerosos como tú servir a hombres oscuros y sin honor, únicamente sedientos de sangre y de poder.

—Tú también sirves a tu señor Buda —arguyó el maestro, algo contrariado.

—Te equivocas —señaló con serenidad el monje—: Yo busqué la iluminación, pero no sirvo a nadie. Soy libre.

La llegada de Ichiro con la cena interrumpió la discusión. Durante unos instantes, reflexioné sobre las palabras de ambos. Yo solo conocía la vía del samurái y jamás me había planteado que pudiera existir otro camino honorable fuera de ella.

Al darse cuenta de que masticaba algo, Takeshi le reprendió, jocosamente:

—¡Vaya, ni siquiera has esperado a llegar a la habitación!

—Privilegios del cocinero —se justificó Ichiro—: Alguien debe probar antes la comida para saber que será digna de vuestros paladares.

Todos sonreímos ante su ocurrencia. Ichiro dejó una bandeja con varios cuencos sobre el tatami. El olor me abrió inmediatamente el apetito. El maestro le había indicado que prepara algo caliente para ayudarme a reponer fuerzas. Un rápido repaso al contenido de los distintos recipientes y platillos me hizo ver que mi amigo había seguido sus instrucciones al pie de la letra: ¡Había cocinado hasta unos uiro de postre!

—¡Esto está buenísimo! —voceó Takeshi sorbiendo los tallarines de su sukiyaki.

—Siempre he pensado que, para ser un gran cocinero, primero hay que haber comido mucho y bien. Si no, uno no puede apreciar las diferencias —respondió con ambos carrillos ocupados.

—Debemos descansar, mañana partiremos temprano y dormiremos ya en nuestro destino —anunció el maestro al terminar la cena.

Todos asentimos. Aquella misma tarde había pagado otras dos habitaciones para él y para Takeshi; Ichiro y yo dormiríamos juntos en la que ahora nos encontrábamos: el maestro no quería que pasara la noche solo. El fantasma de Yosho Yataemon vagaba por las calles de la aldea.

## VII. EL MISTERIO DE LOS CEREZOS



Con las primeras luces del alba cruzamos el río Naruse a las afueras de una pequeña población llamada Shikama y nos encaminamos hacia nuestro destino: la antigua capital del clan Date. El castillo de Iwatesawa, que es como se llamaba antes de que el daimio lo reconstruyera y renombrara, era donde Hideyoshi Toyotomi, el antecesor de Ieyasu al mando del país, había obligado a desplazarse a los Date desde su antiguo bastión.

Las relaciones entre el gran Toyotomi y Masamune no habían empezado del todo bien. Durante la toma de Odawara, Hideyoshi había reclamado la presencia de los Date y de su ejército, y una petición directa del señor de los Toyotomi era una orden clara y tajante. Masamune, sin embargo, decidió retrasarse como señal de protesta, aunque supiera que ello iba a significar su más que probable muerte. El día que se personó ante él, lo hizo ataviado con sus mejores galas, el rostro bien alto, dispuesto a cometer seppuku. Hideyoshi, no obstante, le perdonó la vida como gesto apaciguador. Desde ese momento, nuestro señor le sirvió fielmente hasta su muerte, aunque era consciente de que nunca fue del todo de su agrado debido a su arrogancia.

Tras la batalla de Sekigahara, sin embargo, las tornas cambiaron. Los Uesugi erraron el bando ganador y el actual según premió a los Date con el mayor y más rico feudo de Sendai. Masamune se trasladó a la pequeña ciudad de pescadores con el grueso de sus vasallos, dejando a cargo de la antigua capital a un pequeño grupo de hombres y a uno de sus vasallos mayores, el señor Imamura.

Nada más entrar en la ciudad, nos topamos con un funeral. Las puertas de la casa del difunto estaban abiertas y la gente se agolpaba tras el cuerpo. Frente a él, sobre una pequeña mesa, pudimos ver el mitayama ya abierto, del que sobresalía el tamashiro, y la copa de las ofrendas con agua, sal y arroz a su lado. Un sacerdote recitaba la plegaria correspondiente mientras la familia directa y otra parentela permanecían en un respetuoso silencio. Era un funeral sobrio.

Una pequeña multitud asistía a la ceremonia reunida frente a la casa. Aquí y allá se habían formado algunos corros de gente que murmuraba sin cesar; a juzgar por la expresión de sus rostros, se debatían entre la indignación y el miedo. Miyamoto se

fijó en que, mezclados entre ellos, había algunos policías de a pie armados con sus distintivos jutte. No era una muerte natural, eso estaba claro, ni tampoco se había producido en circunstancias normales. Algo no iba bien.

Nuestro destino era, precisamente, la casa del responsable de las fuerzas policiales de la ciudad: Oda Komon. A medida que avanzábamos por las calles, nos dimos cuenta de que estaban inusualmente vacías. Apenas podía verse a algún carro transportar mercancías de aquí para allá a toda prisa y a algunos comerciantes sentados junto a la puerta de sus pequeños negocios a medio abrir. Otros estaban directamente cerrados, como varios puestos de comida que nos encontramos a nuestro paso. Podíamos sentir las miradas de los pocos transeúntes con los que nos cruzábamos clavarse en nosotros con indisimulada desconfianza.

La residencia de Komon estaba dentro del recinto del castillo, como correspondía a su rango. El maestro se identificó y esperó a que uno de los soldados que guardaban la puerta fuera en su busca.

—¿Habéis visto la cara de miedo que tenía la gente? ¡Es por culpa del yokai, seguro! —exclamó Ichiro.

Escuchamos entonces el tintineo del soldado que había ido en busca de Komon regresar a la carrera. Al llegar frente al maestro, le hizo una gran reverencia y le indicó que le siguiéramos. Era la primera vez que accedía a una fortaleza y me sentí emocionado. Varios grupos de samuráis se ejercitaban en el patio con sables de madera; otros, reunidos en pequeños grupos, parecían participar del mismo secreto que estaba en boca de toda la población.

La casa del jefe de policía estaba guardada, a su vez, por otros dos vigilantes ya advertidos de nuestra llegada y que nos franquearon el paso con una gran inclinación de cabeza: no todos los días el gran Miyamoto Tsunetomo, el maestro de artes marciales del clan, aparecía por allí. El señor Komon nos esperaba en el salón de recepciones. Al ver entrar a Miyamoto, se levantó y se acercó a él con dos grandes zancadas.

—¡Miyamoto san! —exclamó mientras le dedicaba una gran reverencia.

—¡Tan adulator como siempre, viejo amigo!

—Me alegro de verte... aunque sea en estas circunstancias —añadió Komon abriendo los brazos en un ademán de impotencia.

El maestro emitió su gruñido característico por toda respuesta. El jefe de policía reparó entonces en el resto de nosotros.

—Te presento a Takeshi Okada.

El monje y Komon se saludaron ceremoniosamente. Después, Miyamoto se giró hacia mí:

—Este es mi hijo Aki —era la primera vez que se refería a mí de aquel modo: como su hijo, sin ninguna otra añadidura. Sentí un gran orgullo—. Y este es Ichiro

Omura; es como si fuera de la familia.

Al oír aquello, Ichiro también rebotó de felicidad, doblando la anchura de su pecho como un ave hincha su plumaje durante el cortejo. Le dedicó entonces una gran reverencia a Komon, aunque tanto él como yo sabíamos que, en realidad, era un reconocimiento a las palabras del propio Miyamoto.

—Pasad y sentaos —dijo Komon—. He ordenado que nos traigan algo de comer: estaréis cansados del viaje. Sólo había preparado una habitación, pero ordenaré de inmediato que dispongan más.

El maestro agradeció el gesto con una nueva reverencia. Komon se sentó y nos invitó a hacer lo mismo.

—Dime, Miyamoto san, ¿cómo marchan las cosas por Sendaí?

—La ciudad crece a buen ritmo —respondió el maestro—. La paz siempre trae prosperidad.

Esta vez fue el jefe de policía quien asintió a sus palabras. El resto permanecíamos en silencio, a la espera de que alguno de los dos se dirigiera a nosotros. Era lo que exigía el protocolo.

—Nos hemos topado con un funeral a la entrada de la ciudad —dijo entonces Miyamoto—. ¿Cómo están las cosas por aquí?

El maestro usó un tono serio para indicarle que ahora le preguntaba como oficial del daimio en la ciudad, no como amigo. Oda Komon se tomó su tiempo. Adoptó entonces una postura corporal más erguida y apropiada.

—Ha habido seis asesinatos en el último mes —pronunció, titubeante—. Ninguna de las víctimas guardaba relación con las otras ni encontramos motivo alguno para sus muertes, y, mucho menos aún, a sus especiales circunstancias.

—¿A qué te refieres? —quiso saber el maestro con un gesto de sorpresa. Todos nos habíamos quedado estupefactos al conocer la información. ¡Seis muertes! Incluso para una gran ciudad como la propia Edo, supuse para mis adentros, aquello suponía una estadística intimidatoria.

El samurái dudó durante un instante.

—Los cuerpos han aparecido desmembrados y completamente exangües —respondió finalmente con un velo de oscuridad en la mirada.

La revelación nos heló el alma a todos.

—¿Y qué hay de los cerezos?

—Apenas queda ninguno vivo. ¡Una terrible maldición ha caído sobre nosotros! —exclamó nuestro anfitrión súbitamente presa del pánico—. ¡Debes averiguar cuanto antes qué está pasando! La gente tiene miedo y se encierra en sus casas. Está claro que, sea lo que sea lo que sucede, no es natural.

—¿Dónde aparecieron los cadáveres? —le interrogó el maestro.

Komon le miró sin acabar de comprender.

—¿Aparecieron cerca de los cerezos? —acotó. Algo rondaba por su cabeza, aunque se abstuvo de compartirlo.

El jefe de policía asintió tímidamente.

—¡Y por qué no se me ha informado! —estalló de repente Miyamoto—. Nada de esto aparecía en el informe que remitiste al daimio.

Komon bajó la cabeza, completamente azorado. El maestro sintió entonces una punzada de arrepentimiento; estaba molesto por haberle tratado así en su casa e intentó controlar su enfado. Comprendía su delicada situación. Tanto él como el señor Imamura debían de debatirse entre la obligación a su señor y el miedo a las consecuencias que aquello podía acarrearles. Probablemente habían decidido ocultar el hecho de las muertes en un intento por salvar su puesto y quién sabe si hasta sus vidas. Informar al daimio de que se habían cometido varios asesinatos en la ciudad y que aún no habían dado con el responsable les dejaba en absoluta evidencia.

—Discúlpame, viejo amigo. Es de suma importancia saber si ambos hechos están directamente relacionados —señaló. Sus palabras constituían más una reflexión personal que una pregunta.

Al igual que el jefe de policía, ninguno de nosotros alcan zaba a comprender todavía ni la importancia ni las implicaciones de aquel detalle concreto.

—¿Algún testigo? —añadió casi de inmediato.

Komon negó con la cabeza.

—¿Hay alguna posibilidad de que vea los cuerpos? —preguntó entonces el maestro.

Todos le miramos sorprendidos. Semejante petición era absolutamente inusual.

—El infortunado que habéis visto hoy era la última víctima. Los eta tuvieron que coser todas sus partes antes de devolvérselo a la familia. No puedo acceder a lo que me pides —zanjó el tema el jefe de policía.

—Entonces, me gustaría hablar con el encargado de realizar dicha labor —pidió Miyamoto.

Cierta incomodidad recorrió de nuevo la estancia en forma de silencio. Los eta eran impuros y un samurái de alto rango como él jamás tenía contacto con ellos. Estaban fuera de la propia organización social de castas, condenados a realizar los trabajos más desagradables relacionados con la muerte. Por ello, se les consideraba sucios y malditos.

La idea no fue muy del agrado de Komon, pero parecía conocer bien al maestro y su tenacidad.

—Está bien —concedió finalmente.

En ese preciso instante, la puerta de la sala de recepciones se desplazó y la dama Midori entró al frente de un pequeño ejército de sirvientes. Aunque las primeras señales del paso del tiempo comenzaban a notarse en su rostro, el maquillaje la

ayudaba a mantener aún gran parte de la belleza que había exhibido en su juventud. Llevaba puesto un juego de kimonos de colores vivos con motivos animales. Sus pies se desplazaron resbalando por el suelo con pasos cortos y rápidos, acompañados por el sonido del roce de la tela de sus tabi sobre el tatami.

—Miyamoto san —saludó realizando una profunda reverencia—: Es un placer teneros en mi casa.

El maestro hizo ademán de ponerse en pie, pero ella le detuvo con un gesto suave y coqueto. Los sirvientes dejaron varias bandejas con aperitivos variados frente a cada uno de nosotros y se retiraron con la misma eficiencia y mesura con la que habían entrado. Me fijé en Ichiro; algo había distraído su atención de la comida por completo, lo que suponía una gran novedad. Sus ojos no se separaban de la joven que ahora cerraba el panel que separaba la sala del pasillo. Ella se dio cuenta y se sonrojó ligeramente. El rostro de mi amigo reaccionó de igual modo. Le miré y sonreí. Al verse descubierto, centró toda su atención en el surtido de sushis que tenía delante y lanzó un pequeño grito de satisfacción. Komon, Takeshi y el maestro le miraron sorprendidos. Ichiro enrojeció aún más y bajó la cabeza, totalmente avergonzado.

La cena transcurrió con apacible tranquilidad. El maestro y su amigo charlaban de los viejos tiempos ante la atenta mirada del monje, que intervenía de vez en cuando con alguna pincelada propia. Yo me dediqué a chincar a Ichiro todo el rato, especialmente cada vez que la puerta de la sala se descorría y un sirviente entraba a reponer platos y bebida y a llevarse los que íbamos terminando.

—Al menos yo no me paralizó como un tonto como tú cuando tienes delante a Kumico —me lanzó mi amigo.

—No, solo te pones rojo como los bordes de un kimono de boda —repliqué.

Entre puya y puya, la joven sirvienta entró de nuevo. Le hice un gesto para pedir más bebida, aunque era una excusa para ver cómo reaccionaba Ichiro al tenerla tan cerca.

—Hola, me llamo Aki —me presenté—. Este es mi amigo Ichiro. Su padre es un gran fabricante de kimonos: viste al mismísimo daimio y a toda su familia.

Ichiro se ruborizó hasta límites que me hicieron temer por su salud. Ella hizo una leve inclinación y le saludó. Mi amigo cogió entonces su bandeja, ya vacía, y la alzó para entregársela y facilitarle el trabajo, con tan mala fortuna que el temblor incontrolable que se había apoderado de su mano hizo que los distintos cuencos que había sobre ella se precipitaran con estruendo sobre el tatami.

Apenas pude contener mi risa mientras él trataba de disculparse y arreglarlo, pero lo único que lograba era complicar aún más las cosas. Takeshi, que ya se había dado cuenta de lo que sucedía, también sonrió ampliamente. Miyamoto y Komon, en cambio, no salían de su asombro ante el pequeño altercado que había interrumpido su charla.

Al acabar, cada uno nos retiramos a nuestra habitación. Ichiro y yo nos estábamos peleando para aclarar nuestras diferencias durante la cena cuando el maestro descorrió la puerta, pillándonos en mitad de la refriega. Yo estaba completamente inmovilizado en el suelo, con todo el peso de mi amigo sobre mi espalda y sin escapatoria posible.

—Vístete y acompáñame. Tenemos trabajo —pronunció simplemente.

Ichiro se hizo rápidamente a un lado, liberándome. Un soldado nos esperaba fuera de la casa. Era ya noche cerrada y en el cielo podían distinguirse cientos de estrellas. La luna iluminaba nuestro camino con su luz pálida y fantasmagórica. Seguimos al centinela hasta una pequeña puerta de madera situada en uno de los laterales de la torre principal del castillo. La abrió y descubrimos una escalera que descendía, tenuemente iluminada por una serie de antorchas sujetas a la pared. Con cara de desagrado, nos informó de que su viaje terminaba allí.

A medida que descendíamos, notamos cómo la temperatura menguaba. A esas alturas ya sabía que nuestro destino eran las estancias prohibidas que había bajo el castillo, la zona donde los carniceros y verdugos hacían su trabajo invisible. Jamás había conocido a ningún eta y en mi mente se acumulaban imágenes de seres subhumanos, sucios y de largas y enmarañadas melenas que les llegaban hasta el suelo.

El maestro llegó frente a una puerta y llamó. Una voz respondió desde el interior. La estancia era pequeña y el frío intenso. Junto a una mesa dispuesta en el centro mismo de la habitación, había una figura de espaldas. Se me antojó un fantasma esquelético.

—Soy Miyamoto Tsunetomo —se presentó el maestro.

La figura se giró pausadamente. Sus rasgos eran afilados, pero perfectamente humanos, y sus ojos, inusualmente juntos, brillaban con fuerza en la penumbra. Su piel era bastante pálida, probablemente debido a su poca exposición al sol, y sus brazos, alargados y fibrosos. Había algo en su expresión hosca que me desagradó. Quizás era su forma de mirar directa o la falta de amabilidad de su expresión. O quizás era, sencillamente, que el contacto diario con la muerte se te pega al alma sin remedio.

El hombre hizo una corta reverencia.

—Me llamo Akira.

Ni siquiera había pensado que un eta pudiera tener nombre, y, menos aún, uno tan parecido al mío. Su voz era pausada y suave, lo que contrastaba con la fiereza de su mirada.

Tengo entendido que has sido tú quien se ha encargado de los cadáveres.

El eta movió la cabeza con un suave gesto afirmativo.

—Me interesa tu valoración —dijo el maestro.

Pude ver un breve destello de extrañeza en la mirada de aquel hombre, acompañado de una ligera contracción de sus cejas y sus pómulos. Probablemente nadie le había pedido nunca su parecer en nada hasta ese momento, y mucho menos de un modo tan abierto y directo como lo había hecho Miyamoto. En aquel mismo instante, un profundo vínculo se estableció entre él y aquel samurái que tenía enfrente.

—Los cuerpos estaban terriblemente desmembrados, pero no fruto de ningún arma cortante, sino arrancados con una extrema fuerza. Jamás había visto algo así en todos mis años de experiencia. Al principio pensé que quizás les habían atado las extremidades a un caballo, pero ni las muñecas ni los tobillos presentaban arañazo alguno —detalló—. Tampoco la cabeza.

—El señor Komon me ha informado de que los cuerpos estaban completamente secos por dentro.

—Alguien les extrajo toda la sangre antes de desmembrarles —confirmó el eta—. Eso es lo que reflejan sus heridas: ninguna sangró al producirse los desgarros.

—¿Cómo puedes saberlo?

—La muerte es mi trabajo —respondió con total normalidad—. Cuando se secciona o arranca algún miembro a un ser aún vivo, ambos lados de la extremidad tratan de curar el corte. No observé nada de eso en ninguno de mis exámenes.

¿Cómo es posible vaciar así un cuerpo sin cortarlo siquiera? —quiso saber el maestro.

—Basta con hacer una pequeña incisión en determinados lugares y extraer la sangre con un fino tallo —explicó el eta.

—Eso requiere mucho tiempo, esfuerzo y pericia —murmuró para sí Miyamoto. De nuevo, una idea pareció haber acudido a su mente, pero tampoco la compartió—. ¿Observaste algo en los cuerpos?

Akira se encogió de hombros.

—No puedo hallar lo que no se me ordena que busque —respondió sencillamente.

—Si tuvieras que hacerlo, ¿qué parte escogerías? —quiso saber el maestro.

—La cara interna del muslo —le indicó—. Como samurái sabrás que cuando cortas una pierna, la sangre se escapa sin remedio a intensos borbotones.

El eta estaba en lo cierto. En más de una ocasión había presenciado aquel fenómeno al seccionar la cabeza o la extremidad de algún enemigo: chorros intermitentes brotaban con intensidad hasta que su cuerpo se quedaba sin el preciado líquido.

—Desgraciadamente, no hay forma de comprobarlo. Debemos esperar a que alguien más sea asesinado —musitó con disgusto Miyamoto. El tono de su voz, sin embargo, sugería que estaba seguro de que volvería a suceder.

Su mirada enfrentó a la del eta.

—Llegado el momento, deberás estar preparado. Ahora respondes ante mí.

Akira realizó una profunda reverencia. Durante el tiempo que había durado la conversación entre ellos, pude observar la estancia con detalle. Supuse que la gran mesa que había en el centro era donde yacían los cadáveres que llegaban hasta allí. Sobre otra bastante más estrecha descubrí una serie de instrumentos que no había visto jamás: pequeños cuchillos de distintos filos y tamaños, sierras y una serie de ganchos y de pequeñas hoces cuya función me era completamente desconocida.

En alguna ocasión, el maestro me había hablado de que algunos eta poseían un amplio conocimiento de las interioridades del cuerpo humano. Se decía que aquella disciplina secreta y prohibida era originaria de China, donde algunos sabios estudiaban el funcionamiento de músculos, humores y órganos y eran capaces de determinar con gran exactitud el origen concreto de una muerte. El sogún, sin embargo, no veía aquellas cosas con buenos ojos. Su trabajo les ha convertido en parias de la sociedad, pero, tarde o temprano, todos acabamos pasando por sus manos, me había dicho Miyamoto: «su arte es el de la muerte, como el nuestro, aunque nuestras vías sean distintas».

Regresamos a la casa de Oda Komon tratando de caminar sobre nuestros propios pasos, pero la luna había seguido su camino inmutable por el cielo y había transformado las calles y esquinas del castillo con nuevas sombras, hasta el punto de que tuvimos que rectificar nuestra ruta más de una vez para alcanzar nuestro destino.

Tenía la sensación de que habíamos estado horas dentro de aquel pequeño sótano, aunque no fueron más de veinte minutos. ¿Cómo era posible que un hombre soportara pasarse el día entero allí encerrado? Eso explicaba la extrema palidez de su piel. Estaba seguro de que, a la luz del día, su tez permitiría ver casi por completo sus músculos y órganos internos como si fuera tan transparente como el agua.

La ciudad dormía en completo silencio. De hecho, la ausencia de ningún tipo de sonido helaba la sangre.

—¿Lo oyes? —me preguntó en ese instante el maestro.

Me detuve y agucé mis sentidos.

—No escucho nada.

—No hay nada que escuchar —respondió—. Eso es precisamente lo extraño.

Parecía como si un denso manto de mutismo hubiera cubierto por entero la ciudad, amortiguando cualquier ruido. Ni siquiera escuchábamos nuestros propios pasos. En ese instante acudió a mi mente la conversación que Takeshi y mi maestro habían tenido el día anterior. La visita a Akira la había traído de vuelta a mi cabeza de algún modo.

—Maestro, ¿por qué son etas la gente como Akira?

Miyamoto me miró sorprendido.

—Nacen etas y mueren etas, como tú y yo nacimos samuráis y moriremos como

tales —respondió.

—Entonces, todo depende de en qué familia nazca un hombre, nada más.

El maestro pareció rumiar sus siguientes palabras. El asunto se había vuelto más complejo de lo que esperaba.

—Al nacer, te son dados unos méritos por tu cuna, pero es tu obligación estar a la altura y hacerte merecedor de ellos, Aki. La vía del honor está en cualquier parte, seas eta, campesino, comerciante o samurái: debes aceptar tu posición y actuar con rectitud y honestidad. Si actúan así, un eta y un samurái tienen el mismo valor.

—Sin embargo, Akira no ha tenido las mismas oportunidades que yo. No es un hombre libre. ¿Lo somos tú y yo?

—Ningún hombre es verdaderamente libre de sus obligaciones —señaló el maestro.

—Takeshi lo es —aduje.

—Que uno sea de alta cuna o su origen sea humilde, que sea joven o viejo, ilustrado o no da igual, todos estamos destinados a la muerte. Lo único importante en esta vida es la resolución del momento. Todo hombre toma una decisión tras otra y la suma de ellas conforma su vida, pero lo único verdaderamente importante es el momento presente y cómo actúes en él.

Miyamoto se detuvo y me miró entonces fijamente.

—Debes tratar a cualquier hombre siempre con respeto, hasta que sea él mismo quien te demuestre que no es merecedor de él —expuso—. No importa la clase a la que pertenezca. De ese modo le honrarás siempre, aunque tú seas un samurái y él un eta o el hijo de un comerciante.

Cuando llegué a la habitación, Ichiro estaba enfrascado en un sueño profundo. Tenía la boca completamente abierta, como si estuviera a punto de devorar algún succulento manjar, y se encontraba tumbado sobre el futón únicamente con el fundoshi puesto, lo que le daba un aspecto entre un buda feliz y un luchador reponiéndose tras un duro combate. Traté de no hacer ruido para no despertarle, aunque me apetecía compartir mi primer encuentro con un eta y los sentimientos que me había generado mi conversación con el maestro; sin embargo, tendría que esperar hasta el día siguiente.

## VIII. LA FUERZA DE UNA ASTILLA



Al despertar me di cuenta de que el sol llevaba ya bastante tiempo brillando en el cielo. Estaba solo en la habitación. Ichiro había colgado su futón doblado en la ventana para airearlo y entonces fui consciente de que la vieja Kichi debía de hacer lo mismo con el mío todos los días sin que yo me diera cuenta. Me desperecé, me vestí, cogí la funda de mi cama y la coloqué junto a la de Ichiro.

La casa parecía desierta. Recorrí el pasillo principal y me asomé a las habitaciones de Takeshi y del maestro; estaban vacías. Unas voces me llegaron entonces desde el jardín exterior de la casa.

—¡Buenos días, dormilón! —exclamó el monje al verme.

Ichiro estaba frente a él, con la parte superior de su kimono abierta. A pesar de que su tamaño invitaba a pensar en una anatomía más bien flácida, su pecho era poderoso, al igual que sus brazos. Probablemente se debía a que había ayudado a sus padres en el taller desde pequeño, cargando arriba y abajo pesados rollos de telas. Su rostro estaba congestionado por el esfuerzo.

Takeshi, por su parte, llevaba puesto solo su kimono inferior blanco. El morado estaba cuidadosamente doblado sobre la tarima que hacía las veces de terraza. En su mano derecha sostenía un pequeño bastón de madera que no llegaba al medio metro de longitud.

Tú amigo es un joven muy tenaz —dijo al verme—. Estoy a punto de demostrarle definitivamente de lo que es capaz un hombre bien preparado con un simple trozo de madera; quizás así se convenza de que una catana no es siempre la mejor arma de defensa.

Ichiro se abalanzó sobre él con intención de estrujarlo contra su pecho. Y lo logró. El monje se dejó atrapar afablemente, sin intentar evitarlo siquiera. Parecía un pequeño muñeco de trapo entre aquellos poderosos brazos. Ichiro lo zarandeaba ahora con vigor en el aire; sin embargo, a pesar de su posición claramente desfavorable, Takeshi no mostraba preocupación alguna.

—¡A ver si puedes escaparte ahora! —bramó con orgullo mi amigo.

El monje dibujó una suave sonrisa, apoyó uno de los extremos de su pequeño palo sobre su esternón y le presionó con fuerza hacia abajo. Ichiro le soltó de inmediato y se llevó las manos al pecho con una intensa mueca de dolor. El monje cayó al suelo y pivotó sobre su pierna buena hasta colocarse a su espalda, le rodeó el cuello con el palo y agarró su otro extremo con la mano libre, comprimiendo su garganta entre sus muñecas y aquel simple trozo de madera.

El pobre Ichiro cayó de rodillas y comenzó a ponerse morado. La presión que Takeshi ejercía sobre su garganta le había cortado por completo el suministro de aire. Finalmente, se golpeó el muslo repetidas veces, dándose por vencido.

—No importa el arma —expuso el monje—, sino la habilidad de quien la empuña y su voluntad en el combate. Un hombre decidido puede ganar la batalla más difícil con solo una astilla.

Admiré su habilidad en silencio, pero lo que realmente me impresionaba era su fuerza de voluntad. En cierto sentido, aquel pequeño monje era como el propio daimio: ambos habían hecho de su debilidad un punto fuerte y no se habían dado por vencidos.

Mientras Ichiro recuperaba el resuello poco a poco, Takeshi se sentó a mi lado. Él también resoplaba. El fuerte abrazo de mi amigo le había comprimido las costillas hasta convertir sus pulmones en apenas dos pequeños sacos de monedas. Le recibí con una inclinación de cabeza.

—Admiro tu tesón.

—¿Lo dices por esto? —respondió tocándose la pierna con la mano—. Aunque no lo creas, es una gran ventaja —añadió sonriendo.

—¿A qué te refieres?

—A que todos mis rivales siempre cometen el mismo error: subestimarme. Eso me hace ganar antes incluso de pelear. Un combate empieza mucho tiempo antes de cruzar las espadas —señaló—: Es ahí donde se gana o se pierde, no después. Sucede del mismo modo en la propia vida. La gente solo ve mi pierna y no se fija en el resto.

«Primero se gana, luego se combate», me había enseñado el maestro Miyamoto en más de una ocasión. Las palabras de Takeshi iban encaminadas a mostrar el camino para vencer en el combate, pero también para perseverar en la propia vida, como las suyas. Si algo había aprendido con el tiempo era que todos los principios del budo podían aplicarse también a nuestro discurrir diario.

Sentía una enorme curiosidad por conocer su historia, pero la vergüenza me impedía preguntárselo directamente. El monje adivinó mis pensamientos al ver mi mirada fija en su pierna. Una enorme sonrisa se dibujó en su cara. No pude evitar ruborizarme. En ese instante, Ichiro, ya con su habitual color sonrosado de regreso, se sentó junto a nosotros.

—¡Nunca más volveré a subestimar a un hombre cojo! —exclamó sin importarle la interrupción—. ¡Dime cómo lo haces!

El monje recuperó cierta seriedad en la expresión.

—Nací en una familia humilde de campesinos. A los cinco años, unas fiebres me dejaron la pierna inútil; como comprenderéis, un tullido no era en absoluto valioso para mis padres, así que me abandonaron a las puertas de un monasterio. Los monjes me acogieron sin hacer preguntas. Yo me sentía solo y tenía miedo. Durante un tiempo, usé mi pierna para dar lástima y sentirme especial, hasta que un día, uno de ellos, Shinnosuke, mi maestro, me dijo que podía escoger entre ser un hombre débil toda mi vida o convertirme en un guerrero de verdad: debía escoger. «Haz que tu mayor defecto se convierta en tu mayor virtud», me retó.

Sentí una punzada de reconocimiento en su historia. Yo también me había quedado huérfano de padre, antes incluso de nacer, y tuve que mudarme a la casa de un extraño que se convirtió en mi maestro y en el padre al que nunca había conocido. Al igual que el monje, tuve que vencer el miedo y la rabia que sentía por dentro y una fuerte sensación de desamparo que no perdoné a mi madre hasta tiempo después.

—¡Y tus padres te abandonaron así, sin más! —vociferó Ichiro.

Takeshi realizó un movimiento suave y afirmativo con la cabeza.

—Ahora comprendo que no podían hacer otra cosa y les estoy agradecido por su sacrificio —señaló.

—¿Sacrificio? —replicó Ichiro—. ¡Te abandonaron por comodidad y conveniencia!

El monje le miró directamente a los ojos.

—No tenía ningún futuro allí. De haberme quedado, me habría convertido en un hombre inútil, débil y resentido. Con el tiempo, he comprendido que lo hicieron por mí.

Entendí perfectamente a qué se refería. Ichiro, en cambio, no era capaz de ver más allá del hecho de que los padres del monje se habían deshecho de él como de un kimono viejo que ya no se puede remendar más. El único mundo que conocía era el de su familia, para la que su hijo había sido una bendición. Los Omura ya habían desesperado cuando llegó él y le colmaron de amor. Por eso le habían llamado Ichiro, que significa primogénito o primer hijo; eran conscientes de que ya no iba a llegar ninguno más.

Sentí una enorme oleada de afecto por el monje, y por mi madre, que probablemente se había enfrentado a la misma decisión: darle un futuro a su hijo renunciando, para ello, a lo que más quería.

En ese instante, llegó el maestro. Me avergonzó no haberme dado cuenta de su falta hasta ese momento, pero el relato de Takeshi me había absorbido por completo. Miyamoto había ido a presentar sus respetos al señor Nobu Imamura, el samurái

principal del clan en Iwadeyama.

—Vamos —nos indicó—. Tenemos trabajo.

Una pequeña patrulla de soldados nos esperaba a la entrada de la casa. Podía notarse cierto nerviosismo y malestar entre ellos. El maestro nos informó de que nos dirigíamos a inspeccionar el lugar del último crimen y lo achaqué a eso; sin embargo, una mirada más atenta me reveló cuál era el verdadero origen de su inquietud: esperando en un rincón, separado del grupo, estaba Akira.

La pequeña partida nos condujo hacia un jardín solitario a las afueras de la ciudad. Al parecer, era un lugar bastante concurrido para admirar los cerezos durante el día y por los amantes que buscaban la complicidad de la noche. Lo primero en lo que nos fijamos fue en la hilera de árboles. Donde debería haber flores, tan sólo se veían ramas retorcidas, descarnados brazos de un esqueleto alzándose suplicantes al cielo. El tronco estaba igualmente marchito, como toda la vegetación de alrededor: parecían un ejército de ultratumba perfectamente formado para la batalla.

El grupo de soldados había decidido permanecer a las afueras del jardín: tenían miedo y se negaban a entrar. Miyamoto, Takeshi, el eta, Ichiro y yo nos acercamos a los árboles.

—Jamás había visto nada igual —murmuró el monje.

El maestro se acercó a uno de los troncos y posó su mano sobre él. Varios trozos de la corteza se desprendieron y se convirtieron en polvo. Después, fijó su vista en el suelo y miró en dirección al eta.

—¿Puedes confirmar si es sangre?

Takeshi, Ichiro y yo nos miramos sin comprender. Los tres dirigimos entonces nuestra mirada hacia la tierra bajo nuestros pies: todo estaba completamente teñido de un rojo algo más intenso que el de la arcilla, y aquí y allá podían verse algunas manchas de un oscuro más profundo. Ichiro levantó instintivamente los pies para mirarse las suelas de las sandalias. Fuera lo que fuera aquello, cubría una gran superficie.

Akira avanzó hacia Miyamoto y se inclinó a su lado. Metió la mano en el interior de su kimono marrón y extrajo un largo estilete con un pequeño crisol en el extremo. Lo clavó en la tierra y lo hundió profundamente. Después, lo extrajo poco a poco. En el pequeño receptáculo de la punta había tierra mojada. El líquido se había filtrado desde la capa exterior y aún estaba algo húmedo en las inferiores. Entonces, se lo acercó a la nariz y lo olió.

—Es sangre —confirmó—. Lo que no puedo decirte es si es humana o no.

—¿Sabes dónde encontraron el cuerpo?

El eta negó con la cabeza. El maestro se giró entonces hacia el grupo de soldados, que no dejaba de cuchichear a lo lejos, y ordenó al que se había identificado como oficial al mando que se acercara. El hombre pareció negarse. En su cara convivían

dos miedos: el pánico que le producía la idea de adentrarse en aquel rincón maldito y el miedo a negarse a obedecer la orden de un samurái superior. Al intuir su duda, Miyamoto le apremió con firmeza; estaba acostumbrado a mandar a hombres en la batalla cuando el miedo ante una carga del enemigo les paralizaba por completo.

Finalmente, el soldado se acercó y le saludó con una reverencia. Temblaba de pies a cabeza.

—¿Dónde estaba exactamente el cadáver? —le preguntó en un tono hosco e imperativo.

—Estaba junto a la entrada del jardín —respondió tratando de aparentar serenidad y firmeza.

El maestro había preferido que el daishin, el inspector de policía que había llevado el caso, no nos acompañara. Sabía por experiencia que la discreción era un elemento fundamental en sus investigaciones, aunque estaba seguro de que probablemente toda la ciudad sabía ya por qué estábamos allí.

—Puedes irte —le indicó Miyamoto.

El hombre no se lo pensó dos veces y emprendió el regreso a paso ligero y con un enorme alivio en el rostro.

—Le debieron de matar aquí mismo —intervino Takeshi, su mirada fija en la gran mancha de sangre en el suelo—. Luego colocaron el cuerpo allí, bien a la vista, para que lo descubrieran. Normalmente suele ser al revés: uno quiere ocultar la prueba de su crimen, no exponerla.

—Lo mataron en otro sitio —respondió serenamente el eta.

—¿TA qué te refieres?

—Si lo hubieran hecho aquí, las manchas de sangre serían distintas: podríamos observar un patrón en su direccionalidad —trató de explicar—. La sangre sale expulsada del cuerpo en una dirección concreta, después hay que tener en cuenta la inclinación de la superficie sobre la que yace la víctima para saber exactamente dónde estaba situada cuando la mataron.

El monje le miró, asombrado.

—Tienes razón —añadió el eta dirigiéndose al maestro. El gesto de Miyamoto al comentar en el sótano del castillo que el asesino habría necesitado mucho tiempo para realizar su labor no le había pasado desapercibido—. Alguien le extrajo toda la sangre en otro lugar y luego la esparció aquí: esta mancha es regular, como cuando viertes agua con un cubo. Lo que no sé es por qué.

—En una ocasión vi a un monje drenar líquidos a un enfermo —interrumpió Takeshi—. También lo he visto hacer con animales.

—Y lo que tampoco puedo explicar es lo de los árboles —terminó Akira sin prestar atención a las palabras del monje. Aquello ya no era de su competencia.

—Creo que yo sí —respondió Miyamoto.

—¿Habías visto alguna vez algo parecido? —preguntó Takeshi.

El maestro emitió otro de sus característicos gruñidos.

—Cada uno de los detalles de este ritual sirve a un propósito concreto. Quien está detrás de todo esto tiene una guarida en alguna parte. Es muy probable que nos enfrentemos a un onmyouji —pronunció el maestro.

La sola mención a la presencia de un nigromante en la ciudad hizo que Ichiro y yo nos estremeciéramos. Durante muchos años, los onmyouji habían servido al propio emperador como adivinos y consejeros. Con la promulgación del Ritsuryo, el antiguo sistema de leyes de inspiración china, todos los magos fueron puestos al servicio del gobierno y agrupados bajo el mando de la oficina de Onmyo. Tras el ascenso de los Fujiwara al poder, fueron usados para proteger a las ciudades de la presencia de espíritus malvados. Eran respetados y temidos por el pueblo a partes iguales debido a su vinculación con lo oculto y a su capacidad para convocar espíritus y dominarlos a voluntad. Uno de los más famosos onmyouji del pasado, Abe no Seimei, se había convertido en un personaje muy conocido en numerosas obras de teatro. Sin embargo, con el tiempo fueron apartados debido a su gran capacidad de influencia y a alguna de sus prácticas oscuras, y cayeron en el olvido. Al parecer, habían vuelto.

De regreso al castillo, nos encontramos con una pequeña turba formada en medio de la calle. Una fuerte voz se alzaba por encima del rumor general. Al acercarnos, descubrimos a una figura de pie sobre una pequeña caja de madera. Era un tipo más bien enjuto, pero había una gran fiereza en su expresión. El tono de su voz era firme y seguro y agitaba sus brazos con gran intensidad. Al llegar a su altura pude ver la cicatriz que partía su cara en dos: le empezaba justo en la raya horizontal en la que le nacía el pelo y recorría su frente, su nariz y sus labios hasta morir en su mentón. El tajo era perfecto y simétrico. Su rostro, sin embargo, era agraciado, y algo en sus ojos oscuros te atraía sin remedio.

—La bestia ha venido a castigar al señor de señores —gritaba en ese momento—. Su insaciable codicia y su desmedido anhelo de poder, que empapó de sangre los campos a las afueras de Sekigahara...

A pesar de que su discurso constituía alta traición al sogún, varias voces entre la turba aplaudieron sus palabras. Poco a poco, aquel pequeño estallido de odio hacia Ieyasu Tokugawa fue calando y creciendo entre la multitud.

—La desgracia se cierne sobre nosotros: los cerezos mueren y los dioses reclaman venganza a través de la sangre de inocentes. La maldición durará mientras las tres flores de malva ostenten el poder y el verdadero señor de Japón por derecho de nacimiento no sea reconocido —finalizó.

La gente estalló entonces en sonoros vítores. Miré a Miyamoto. En su rostro descubrí un gesto de honda preocupación. Tras cinco años de paz, aún eran muchos

los que consideraban que el auténtico sogún debería ser el hijo de Hideyoshi Toyotomi.

Un grupo de samuráis apareció prácticamente de la nada, disolvió la reunión a golpes y apresó al charlatán. Durante unos instantes hubo un conato de resistencia; alguno de ellos desenvainó entonces su sable y temimos un derramamiento de sangre. Sin embargo, la gente se dispersó rápidamente ante la amenaza del acero. El grupo desapareció en dirección al castillo con el hombre de la cicatriz prácticamente en volandas. Eran soldados del vasallo principal, sin duda.

Cuando llegamos a casa de Komon, el jefe de policía nos esperaba nervioso en la puerta del jardín.

—Debemos ir a ver al señor Imamura —informó al maestro—. Han llegado noticias.

Miyamoto gruñó. Se giró hacia Ichiro y Takeshi y les indicó que se quedaran en la casa mientras nosotros partíamos hacia los aposentos principales del castillo. Al llegar a la puerta, nos informaron de que el vasallo principal nos esperaba en la sala de audiencias.

Nobu Imamura recorría inquieto el ancho de la estancia con pasos largos y firmes. Parecía una fiera enjaulada. Su preocupación no parecía deberse únicamente al asunto del charlatán, sino a algo más. Algo grave. El maestro siempre me decía que para juzgar adecuadamente una situación debía atender siempre a los detalles más pequeños. La crispación de Imamura era evidente; en la expresión de sus ojos, sin embargo, percibí también un desasosiego profundo por no saber qué estaba pasando exactamente, ni qué decisión debía tomar.

Al reparar en nosotros, su rostro se relajó parcialmente. Cambió súbitamente la dirección de sus zancadas y se plantó frente al maestro, dedicándole un gran saludo.

—¡Miyamoto san! —exclamó. Ahora percibí alivio en su mirada.

—Imamura san...

—Han llegado noticias preocupantes de Senda;—informó el samurái—. Al parecer, está sucediendo en otros lugares.

El maestro le conminó a concretar algo más sus palabras con una mirada directa.

—Están surgiendo charlatanes en otras poblaciones, como si hubieran brotado con la primavera. ¡Es una conspiración! —soltó—. El daimio está preocupado: hay que atajar esto ya.

—¿Ha sucedido también lo de los cerezos y las muertes en esos otros lugares? —indagó el maestro.

—No. Únicamente tengo noticias de otros provocadores, nada más.

Miyamoto movió levemente la cabeza, más para sí que en respuesta a Imamura. El samurái hizo entonces un gesto a su ayudante y éste le entregó una misiva dirigida al maestro. Iba firmada con el sello personal de Masamune. Miyamoto se la guardó.

—¿No la abres? —espetó Imamura.

—Mis asuntos con el daimio son privados —respondió serenamente.

El vasallo mayor le dio la espalda con un gesto de altivo desprecio. Sin embargo, no tardó en volver a girarse y enfrentarle de nuevo con una súplica en los ojos.

—¿Qué debo hacer, Miyamoto?

—¿Dónde habéis encerrado a ese hombre?

—¡Está en los calabozos. Mañana será ejecutado por traición!

—Antes quiero hablar con él —señaló el maestro—. Si se trata de una conspiración como decís, ese hombre es una pieza de ella. Quizás sepa algo.

—Ya le he interrogado personalmente, pero no ha dicho nada —indicó Imamura, molesto porque alguien hubiera cuestionado su capacidad. Como bien sabía el maestro, sus palabras solo querían decir una cosa: el detenido había sido torturado.

—Aún así, insisto.

El samurái dio finalmente su permiso. Miyamoto le hizo una reverencia y se dispuso a abandonar la sala de audiencias. Antes de partir camino de las mazmorras, la voz de Imamura le detuvo.

—Una cosa más, Miyamoto san —aseveró—: Os suplico que guardéis un poco las formas.

El maestro se giró lentamente; no acababa de comprender a qué se refería.

—No está bien que un samurái de vuestra posición se deje ver a plena luz del día con un eta —señaló—. No es correcto: vos lo sabéis.

El maestro le miró fijamente. Aunque las palabras de Imamura le habían parecido faltas de respeto, sabía que el vasallo principal tenía razón; por eso se inclinó dedicándole una gran reverencia y le dio las gracias por haberle llamado la atención sobre un aspecto incorrecto de su conducta. En ese momento, se percató de algo: ¿dónde se había metido Akira? Al regresar a la casa de Komon no se había dado cuenta, pero el eta había desaparecido sin dejar rastro. Seguramente, con los años había aprendido la virtud de la discreción y la invisibilidad más absolutas. Era muy probable también que hubiera sido él mismo el encargado de ejecutar la tortura: aquello era un trabajo indigno de un samurái.

Camino de las mazmorras, Miyamoto leyó la misiva del daimio. Le ordenaba que se diera prisa en la resolución del caso: si el suceso llegaba a oídos del bakufu en Edo, Tokugawa enviaría tropas a los dominios del clan y Masamune no quería ni oír hablar del tema. La nota terminaba advirtiéndole de que si le fallaba, conocía perfectamente cuál sería su destino. Miyamoto no pudo evitar una sonrisa. Todas las notas del daimio terminaban del mismo modo, y, hasta el momento, el maestro jamás le había decepcionado ni tenido que cometer seppuku. Aquella frase se había convertido en una especie de juego entre los dos: significaba que el asunto era muy grave y que no debía cometer ningún error. Una orden y una súplica a la vez.

El hombre de la cicatriz estaba sentado dentro de la celda en la posición del loto. Conocía su destino y parecía preparado para él. En su rostro y en otras partes desnudas de su cuerpo podían verse los efectos del trabajo del eta. Su determinación indicó a Miyamoto que llevaba tiempo dispuesto para aquel instante.

—Me llamo Miyamoto Tsunetomo —se presentó el maestro.

El charlatán levantó la vista y le clavó sus ojos oscuros.

—Sé quién eres —respondió lacónico.

—Es justo entonces que yo sepa quién eres tú —señaló Miyamoto. La respuesta del charlatán le había producido cierta turbación, pero no la dejó entrever.

El tipo de la cicatriz esbozó media sonrisa. «No está mal para un hombre que sabe que no volverá a ver salir el sol», pensó el maestro al tiempo que sentía un ligero escalofrío.

—No soy nadie —indicó serenamente—. Tan solo uno más de una legión que está por venir.

—¿De qué hablas?

—De que tengo miles de cabezas. Cada vez que cortes una, me nacerá otra.

Aunque Miyamoto entendió perfectamente a qué se refería, replicó serenamente:

—He cortado la cabeza a varios hombres y jamás les he visto surgir una nueva del cuerpo.

El charlatán esbozó una nueva sonrisa.

—Espera y verás.

—¿Quién es tu jefe?

El tipo se sumió de nuevo en un profundo mutismo. Miyamoto intentó otra estrategia.

—Quiero que sepas que la mayoría de tus compañeros ya han sido apresados en cada una de las localidades en las que han osado desafiar al sogún. Vuestra rebelión ha muerto antes de nacer.

—Somos simples peones de un poderoso ejército —contestó el charlatán—. Ningún sable puede detener un tsunami.

Tras pronunciar sus últimas palabras, regresó a su postura inicial y sus ojos se perdieron de nuevo en una profunda meditación. El maestro sabía que era inútil preguntar más. Salió de la celda sin mirar atrás y con la sensación de que, fuera lo que fuera lo que estaba por venir, no había hecho más que empezar.

## IX. PALABRAS DE FUEGO



Un terrible grito rasgó mi sueño. Tardé algunos momentos en saber que no había sido una alucinación, sino algo muy real. Miyamoto desplazó el panel y entró en la habitación. Ichiro dormía ajeno al enorme alboroto que comenzaba a formarse por toda la casa. Me fijé entonces en que el maestro llevaba su catana y su espada corta perfectamente encajadas en la cintura.

—¡Vamos! —me espetó sin más.

Me levanté a toda prisa y salí tras él. Las calles de la ciudad estaban completamente desiertas. La luna, ya en avanzada fase menguante, confería cada vez más refugios al amparo de la noche. Ambos habíamos salido solos y sin antorcha para no delatar nuestra posición. El maestro se detuvo en una esquina, cerró los ojos y trató de captar los sonidos a nuestro alrededor. Aquí y allá se escuchaban los gritos de los soldados de distintas partidas que habían salido del castillo a la caza del asesino. Él, sin embargo, buscaba algo concreto.

—¿Por qué no hemos ido con ellos?

—Ellos son el cazador ruidoso que conducirá la presa hacia nosotros —respondió simplemente—. El animal acorralado huye del fuego y cae en la trampa.

Miyamoto había ideado la estrategia con Takeshi y había puesto al monje al mando de los soldados. Su tarea consistía en formar varios grupos que avanzaran por las vías principales haciendo el máximo ruido posible; si todo salía como estaba previsto, el asesino buscaría refugio en los callejones más oscuros para sortearles. Ahí es donde entrábamos nosotros.

En ese instante, una sombra cruzó la calle. Se desplazaba con una rapidez increíble para ser un hombre; tan solo acertamos a vislumbrar que una especie de manto con capucha cubría por entero su cuerpo. Aguantamos la respiración: no nos había visto. La sombra dobló una esquina y salimos tras ella. La primera parte de la táctica había funcionado; ahora debíamos seguirle para tratar de descubrir su escondite y prenderle una vez estuviera dentro.

El encapuchado avanzaba a toda prisa, doblando una esquina tras otra a la velocidad del rayo. Estaba claro que conocía bien el terreno, lo que le confería una

indudable ventaja sobre nosotros. Tratamos de mantenernos a cierta distancia para no ser descubiertos, pero nos ganaba metros a cada paso. Tras varios minutos de persecución nos dimos cuenta de que estábamos dando vueltas en torno al mismo punto todo el rato. Sabía que íbamos tras él y jugaba con nosotros.

Miyamoto trató entonces de darle alcance, pero, tras girar por una nueva esquina, el tipo había desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra. Forzosamente tenía que haber entrado en alguna de las casas de aquella calle: no había otra explicación posible. Sin embargo, por mucho que buscamos, no detectamos actividad sospechosa en ninguna de ellas.

En ese instante, un nuevo y terrible aullido que provenía de una zona no muy lejana llegó hasta nosotros. El vello de mi piel se erizó por entero. El maestro echó a correr en la dirección de la que parecía provenir sin detenerse siquiera a ver si iba tras él.

Al entrar en un pequeño callejón, nos dimos de bruces con ellos. Mis ojos se abrieron de par en par y el miedo me paralizó de golpe. Una de las patrullas que había salido del castillo permanecía completamente inmóvil al final de la calle. Eran cinco hombres. Sus antorchas reposaban en el suelo, iluminándoles desde abajo, lo que les confería un aspecto absolutamente fantasmal. Tardé unos segundos en ser consciente de lo que realmente sucedía. Ninguno de ellos se movía lo más mínimo porque, sencillamente, no podían hacerlo: ¡se habían convertido en estatuas de piedra!

El maestro llegó a su altura y desenvainó su sable. Yo estaba exhausto y trataba de recuperar el aliento apoyado en la valla de un jardín cuando escuché un nuevo rugido. La esquina de una casa al final del callejón me impedía descubrir su origen, tan solo era capaz de ver al maestro en medio de aquel pequeño ejército de cuerpos petrificados. De repente, como si el grito hubiera provocado un huracán, un fuerte golpe de viento les alcanzó y los hizo estallar en una nube de polvo, desintegrándolos por completo.

—¡Maestro! —grité con todas mis fuerzas. Intenté correr en su ayuda, pero fui incapaz de mover un solo músculo: estaba paralizado por el miedo.

Entonces, sucedió algo extraño. Un pequeño resplandor comenzó a brillar dentro de aquella niebla gris, hasta adquirir una sorprendente intensidad. La bruma se disipó lentamente a medida que las partículas de ceniza se depositaban en el suelo, desvelando de nuevo la silueta de Miyamoto. En ese instante descubrí el origen de la extraña luz: una serie de símbolos brillaban con fuerza a lo largo de la hoja de su catana. Eran trazos incandescentes que emitían un intenso fulgor en todas direcciones.

De repente, un gigantesco garrote surgió de la nada y trató de aplastarle la cabeza. ¡Era un kanabo! Pude ver entonces parte del brazo de quien lo sostenía: era enorme y su piel parecía húmeda y marrón, como si estuviera hecha de barro. A lo largo de toda

la extremidad distinguí unos pequeños regueros de líquido rojo que parecían alimentar cada uno de sus poderosos músculos. Durante nuestra primera visita, Akira nos había mostrado cómo la sangre circula por el interior de nuestro cuerpo a través de unos pequeños conductos a los que llamó venas y arterias. Eso es lo que nos da energía y vida, al igual que a los animales. No había duda: el líquido que dotaba de fuerza al oni era sangre. Circulaba sin cesar por toda su piel de barro. ¿Significaba eso que, a pesar de todo, aquel espíritu era humano?

Miyamoto esquivó el golpe y contraatacó con un corte lateral. El grito de dolor del yokai debió de escucharse en todos los rincones de la ciudad. El monstruo se revolvió, herido, y atacó de nuevo. El maestro dio entonces un gran paso atrás y el colosal kanabo se incrustó en el suelo, justo en el sitio exacto en el que estaba hacía solo unos instantes. Armó su sable sobre la cabeza y ejecutó un veloz ataque descendente.

Todo cesó de repente. El acero de su catana regresó a su frialdad mortal tan rápida y misteriosamente como se había inflamado. Mis ojos se clavaron en la hoja plateada: no se veía ni una sola muesca por ninguna parte. Había tenido aquel sable en mis manos muchas veces y jamás había observado nada extraño en él. Sentí entonces cómo las fuerzas regresaban a mi ánimo y a mis piernas y eché a correr en su dirección.

Antes de mi llegada, el maestro envainó su arma y se miró las manos: estaba completamente cubierto por las cenizas de los soldados que se habían evaporado, hasta el punto de que parecía uno de ellos. En sus ojos descubrí un brillo que jamás antes había observado. Miré alrededor y comprobé con sorpresa que no había ni rastro de su enemigo: el suelo estaba completamente cubierto de sangre derramada, pero no se veía ningún cuerpo, ni herido ni muerto. ¿Cómo era aquello posible?

—¿Estás bien, maestro? —pregunté con voz temblorosa.

Miyamoto permaneció completamente quieto. Lo único que se movía era su pecho, que subía y bajaba con fuerza.

—¡Maestro! —grité tratando de arrancarle de aquella especie de estado catatónico. Lentamente, giró su cabeza hacia mí y noté cierta aspereza en su mirada.

Un fuerte tumulto nos sobresaltó. Su mano derecha había regresado a la empuñadura de su sable y su dedo pulgar ya estaba sobre la guarda, preparado para desenvainar. Solo al descubrir que se trataba de otra de las partidas de soldados, con el propio Takeshi al frente, abandonó su actitud.

El grupo se acercaba por una de las callejuelas laterales, gritando y enarbolando sus armas, listos para el combate. Al ver al maestro cubierto de aquel polvo gris, los hombres se detuvieron en seco. Su mirada estaba fija no en nosotros, sino en lo que quedaba de sus infortunados compañeros. Hasta ese momento no me había dado cuenta, pero al mirar otra vez con mayor atención descubrí que aún alcanzaba a

distinguirse erguida la pierna de alguno de ellos.

Takeshi fue el primero en fijarse en el cuerpo que yacía apoyado contra un árbol, a lo lejos. Estaba completamente desnudo. El maestro y él se acercaron y se inclinaron frente al cadáver. Parecía reposar serenamente, pero una ojeada más certera evidenciaba enseguida sus terribles heridas. Al igual que el resto, éste también estaba desmembrado.

Tenemos una nueva víctima —señaló el monje.

Miyamoto permaneció en completo silencio, con sus ojos fijos en aquel pobre infeliz. Su intuición se había confirmado. Después, se puso en pie sin mirar siquiera al monje y buscó al samurái responsable de la guardia.

—Quiero que llevéis inmediatamente este cuerpo al castillo. No debéis dañarlo lo más mínimo: ¡respondes con tu vida! —le ordenó. En su voz podía adivinarse claramente su pesadumbre por lo que acababa de suceder.

El samurái hizo una firme inclinación de cabeza y ordenó a varios de sus hombres que cogieran cuidadosamente cada una de las partes. Algunos le miraron con cara de profunda repugnancia: se negaban en redondo a tocar aquella carne muerta.

—¡Haced lo que os digo! —prorrumpió en un arrebató de furia.

Los hombres se acercaron tímidamente al cadáver y cada uno cogió una extremidad con sumo cuidado. Para no tocar directamente la piel, hicieron varios jirones en sus kimonos y las agarraron con ellos. Una vez terminada la operación, el samurái se inclinó de nuevo ante Miyamoto y él y sus hombres partieron a la carrera.

—Debes ir a lavarte —dijo Takeshi.

El maestro movió la cabeza de una forma apenas perceptible y los tres emprendimos el regreso a la casa de Oda Komon. Ninguno de nosotros pronunció una sola palabra en todo el recorrido. Al llegar, Ichiro nos esperaba dando vueltas sobre sí mismo en el jardín. Al ver a Miyamoto, se asustó.

—¿Qué ha pasado?

—Ahora no, Ichiro —respondí.

Mis palabras no parecieron ser de su agrado y se enfurruñó como un niño, pero decidió dejarlo para más adelante. El monje acompañó a Miyamoto hasta el baño e Ichiro y yo fuimos camino de nuestra habitación. En cuanto entramos, se abalanzó sobre mí a preguntas.

—¿Era un yokai? ¿Lo has visto? —su voz sonaba emocionada.

—Vi cómo secaba la vida de un grupo de soldados solo con su aliento. Les convirtió en estatuas y después estallaron en una nube de polvo —relaté atropelladamente mientras veía su cara de pasmo—. El maestro se enfrentó a él... Y vi su sable.

—¿A qué te refieres?

—El sable del maestro. A lo largo del acero se escribieron palabras de fuego —

acerté a responder. Aquellos símbolos incandescentes acudieron de nuevo a mi mente. Miyamoto me había instruido en el arte de la caligrafía, pero nunca antes había visto kanjis semejantes.

—¿Palabras de fuego? —repitió Ichiro—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué palabras?

—No lo sé —respondí—. No había visto símbolos iguales en toda mi vida. No eran ni japoneses ni chinos, sino que parecían de una lengua muy antigua.

—¿Cómo era?

Al ver que no respondía, Ichiro insistió:

—El yokai, ¿de qué tipo era?

—Era un oni... —acerté a balbucear—. ¡Me quedé paralizado! —estallé entonces sin dejarle continuar con su interrogatorio—. Mis piernas permanecieron completamente inmóviles y solo pude observarle desde lejos en medio de aquella nube de cenizas... —en aquel instante me cubrí la cara con las manos y me eché a llorar. El miedo me había vencido con rotundidad y me sentía un cobarde.

Ichiro se acercó a mí para abrazarme. Algo en mi interior sintió repugnancia y le aparté con fuerza.

—¡Soy un cobarde indigno de llamarme samurái! —grité mientras salía corriendo de la habitación. En aquel instante, una única idea martilleaba mi cabeza: debía recuperar mi honor y solo había un modo de hacerlo.

Entré en la habitación de Miyamoto y cogí su daga. Le había fallado estrepitosamente y no podía soportarlo. Salí corriendo al jardín y busqué un rincón solitario. Todo estaba en silencio. Me coloqué en posición de seiza y me abrí la parte superior del kimono. Después, desenvainé lentamente el tanto y lo acerqué a mi vientre. Al notar el roce del frío metal, sentí una enorme paz. Poco a poco, fui consciente de todo lo que me rodeaba como jamás lo había sido hasta ese momento: podía escuchar el chapoteo de los koi nadando en el estanque, el susurro de la brisa al acariciar las hojas del pequeño bosque de bambú del jardín y al rozar la arena blanca y las piedras que formaban el camino hacia la pequeña casa de té; también el olor lejano de la humedad de los campos de arroz, y cada uno de los latidos de mi corazón extrañamente sereno... Agarré la empuñadura del cuchillo con fuerza y me dispuse a hundirlo en mi carne.

Entonces, sentí una presencia. El maestro se sentó a mi lado, fijó sus ojos en el cuchillo y luego en los míos. Su mirada se perdió en un punto del infinito; ni siquiera hizo ademán de arrebatarme el arma.

—En una ocasión, un general se sintió indispuerto justo antes de una batalla decisiva y ordenó a uno de sus samuráis de confianza que liderara el asalto. Mientras sus hombres luchaban encarnizadamente, él permaneció en el campamento con un fuerte dolor de vientre. Otro general que regresaba de una escaramuza se lo encontró y le preguntó qué le sucedía, a lo que respondió: «He debido de comer algo en mal

estado y siento un fuerte dolor en el estómago». Su compañero le miró y dijo: «Lo he visto antes, habrás comido la hierba de la cobardía» —relató el maestro. Después, me miró serenamente de nuevo; había firmeza en su expresión, pero también una enorme calma—. Muchos antes que tú la han comido, Aki, y muchos más la comerán después. Eres un samurái por nacimiento, pero aún debes ganarte ese honor; por eso le pedí al daimio que me acompañaras en esta misión. Es muy fácil ser un samurái en el castillo.

—Soy un cobarde, maestro —acerté a decir cabizbajo. Aquella letanía sonaba una y otra vez dentro de mí.

Miyamoto ladeó suavemente la cabeza.

—Los seres humanos no tememos a la muerte, Aki, sino a perder las cosas que nos rodean y que acumulamos durante nuestra vida. Por eso es importante aprender a desprenderse de ellas. Cuando lo consigas, estarás preparado para morir en cualquier momento. Recuerda: la verdadera Vía del samurái es la de la muerte. Aplícate en no dar más valor a lo material del que tiene realmente y en estar en paz contigo mismo y con los tuyos desde el alba hasta el ocaso. Debes estar preparado para vivir como si fueras a morir a cada instante: solo así dejarás de sentir miedo.

—¿Y cómo se consigue eso?

El maestro se levantó y empezó a caminar apaciblemente de regreso hacia la casa.

Tropieza y cáete siete veces, pero levántate a la octava. Solo así llegarás a ser un verdadero samurái.

Me quedé solo de nuevo. El cuchillo seguía rozando mi vientre. Poco a poco mis dedos se relajaron y lo devolví a su vaina. Me había caído una primera vez, aún me quedaban seis más.

Akira había colocado el cadáver sobre la mesa del centro de la habitación. Lo había lavado y unido de nuevo cosiendo cada extremidad al tronco, también la cabeza, con puntadas pequeñas, cuidadosas y precisas. A la luz de las antorchas, parecía un cuerpo serenamente dormido. Me sorprendieron el esmero y respeto con el que el eta había tratado de hacer que cualquier rastro de brutalidad desapareciera por completo: su gran respeto y calidez por un desconocido me admiraron.

El maestro le miró fijamente:

—Has hecho un trabajo magnífico: la familia te lo agradecerá.

El eta respondió a sus palabras con una profunda reverencia.

—¿Has encontrado algo? —preguntó entonces.

Akira esbozó una ligera sonrisa de triunfo.

—Al principio me costó. Las terribles heridas que se produjeron al desgarrarse las extremidades lo habían ocultado, pero finalmente encontré una pequeña punción en la cara interna de uno de los muslos, con una herida que se prolongaba en el interior

hasta una de las arterias principales —relató mientras se acercaba al cadáver y nos lo mostraba.

El agujero era apenas visible, realizado probablemente con un estilete sumamente fino, como una de las agujas de jade que usaba Kumico para sostenerse el cabello.

—Le desangraron y luego le desmembraron, como a los demás.

—Lo único verdaderamente importante es la sangre: forma parte del ritual para invocarle —señaló entonces el maestro—. El desmembramiento es... - Miyamoto hizo una pausa, tratando de ordenar el torrente de ideas que se agolpaban en su cabeza. —Para invocar a un oni de este tipo se necesita la sangre de un hombre joven. El onmyouji debe esparcirla sobre la tierra y el demonio usa ese flujo vital para surgir del inframundo. La sangre alimenta la tierra y le permite cobrar vida como si fuera un gigante de barro. Quien la esparce y le invoca es quien le domina, y el único modo de acabar con ese vínculo es decapitando a la criatura o al onmyouji. Al matarle, la tierra vuelve simplemente a la tierra. Mientras permanece vivo, sin embargo, el espíritu se alimenta también de la energía de todo lo que le rodea, aspirando su halo vital y secándolo sin remedio —explicó.

—¿Si lo único importante es la sangre, por qué profanar tan brutalmente el cadáver y dejarlo a la vista? —trató de averiguar el eta—. ¿Y qué papel juegan los cerezos?

—Para provocar terror —respondió el maestro—. Y porque se divierte. Este onmyouji es extremadamente cruel. Jamás había visto algo así. Mientras está vivo, usa el cuerpo de su víctima para obtener su sangre; una vez muerto, nos manda un mensaje con él. Los cerezos forman parte de la escenografía. Son un símbolo. Se trata de un simple encantamiento que cualquier mago es capaz de hacer.

—¿Sugieres acaso que el autor de semejante atrocidad es un hombre?

—Así es —respondió el maestro—. Pero no un hombre cualquiera. El ser al que buscamos es un onmyouji especial: no está ni vivo ni muerto, pero está ambas cosas a la vez.

Pude ver el desconcierto en el rostro de Akira, como sabía que él era capaz de verlo en el mío.

—¿Y cómo encaja en todo esto el hombre al que han detenido esta mañana en la calle? —intervine.

—El miedo siempre sirve a un fin, Aki: es el mejor aliado para atemorizar a la gente sencilla. Ya escuchaste a aquel charlatán: primero debes aterrorizar los corazones, y, después, proporcionarles una explicación y decirles lo que deben hacer, pensar y sentir.

—¿Te refieres a que quien está detrás de todo esto busca derrocar al gobierno y a Ieyasu en favor del joven Hideyori? —traté de reflexionar.

Miyamoto asintió con un gruñido seco.

—Eso parece.

—Entonces, ¿por qué aquí y no en Edo? Estamos muy lejos de la capital.

—Es difícil saber qué se esconde en la mente de un hombre sin conocerle. Debemos encontrar cuanto antes su refugio y desvelar su identidad. Solo así podremos aclarar algo.

Lo que yo no sabía era que el maestro tenía ya alguna sospecha respecto a quién estaba detrás de todo aquello. Aunque no lo averigüé hasta tiempo después, una oscura sombra del pasado se cernía sobre nosotros.

De regreso a la casa de Oda Komon fui testigo de la inquietud que le sacudía por dentro. Lejos de aclararse, el asunto estaba adquiriendo unas dimensiones cada vez más grandes y confusas y parecía implicar una conspiración para derrocar al mismísimo sogún. En mi mente se agolpaban infinidad de dudas y preguntas: ¿qué hombre puede estar vivo y muerto a la vez? ¿A qué nos enfrentábamos exactamente? También quería preguntarle por los extraños símbolos que había visto aparecer en su sable: ¿qué significaban y qué extraño poder emanaba de ellos, capaces de matar a un yokai?

Había sido un día de profundas emociones y estaba cansado. La cabeza me daba vueltas y mi corazón permanecía intranquilo por el suceso del jardín. Por primera vez en mi vida fui consciente de la dureza del camino que había escogido como samurái. Recordé entonces las palabras del maestro: es muy fácil ser samurái en el castillo. Una nueva duda cubrió entonces mi ánimo: ¿estaba realmente preparado para ser uno de ellos? ¿Era realmente lo que quería?

En aquel instante, pensé en mi padre. Había muerto con honor, sin dudarle, por su señor; yo era sangre de su sangre y carne de su carne: ¿acaso no había heredado su valentía? Una oleada de vergüenza me inflamó el pecho. El maestro me miró como si, de nuevo, fuera capaz de escuchar mis pensamientos más profundos:

—Aquel que es siempre perfecto en todo acaba olvidando que puede cometer un error. Lo importante no es cometerlo, sino qué lección sacamos del mismo.

La luz de su habitación permaneció encendida toda la noche. Le escuché pasear arriba y abajo y escribir varias cartas, probablemente para el daimio, relatándole lo que había descubierto hasta el momento. Nos esperaba un largo día y debíamos localizar el escondite del asesino sin falta: solo así seríamos capaces de comenzar a vislumbrar algo de la verdad que se ocultaba tras aquellos fenómenos extraños que habían aterrorizado mi espíritu y el de todos los habitantes de la antigua capital del clan.

## X. EL PASADO NUNCA DESAPARECE

# 真

El día empezó con un suceso inesperado: Takeshi había desaparecido. Ni nosotros ni nadie del servicio había escuchado nada ni le había visto marcharse de la casa. Ichiro no daba crédito a que se hubiera ausentado así, sin siquiera despedirse.

—¡Tiene que haberle pasado algo! —exclamó buscando nuestro apoyo. La tristeza había cubierto su rostro como un maquillaje de kabuki. De los tres, era el que más tiempo había pasado con el monje y le había cogido verdadero afecto.

El maestro no dijo nada. A veces era difícil saber qué pensaba y sentía. Supuse que su marcha le había sorprendido, pero también era consciente de que su cabeza estaba ocupada en asuntos de mayor importancia. En cuanto a mí, sentí un aguijonazo de tristeza. En los pocos días que habíamos pasado juntos me había llegado a identificar con su historia de una manera profunda; en cierto modo, nuestros caminos habían sido parejos. No sabía exactamente qué pensar. Estaba de acuerdo con Ichiro en que su desaparición resultaba, cuanto menos, extraña, y en que Takeshi no parecía del tipo de hombres que, aunque nuestro asunto no fuera el suyo, dejara algo a medias. Pero si algo había aprendido de aquel pequeño monje cojo era que se trataba de un espíritu completamente libre.

Aunque su súbita partida iba a estar presente en nuestro ánimo durante todo el día, teníamos mucho trabajo por delante. Los sucesos de la última noche habían corrido como la pólvora. Las calles estaban ya completamente desiertas y nadie que no tuviera algún asunto verdaderamente urgente que atender se atrevía a aventurarse al exterior. Las puertas y ventanas de todas las casas y de todos los establecimientos estaban cerradas, lo que amenazaba con convertirse en una ruina para los comerciantes. Algunos de ellos habían acudido al castillo para hablar con el señor Imamura en persona y exponerle sus quejas. La gente tenía miedo y mantener la paz en una situación así era prácticamente imposible. Miyamoto e Imamura lo sabían. Por ello, la ejecución del instigador que las fuerzas del samurái habían detenido el día anterior se hizo dentro de los propios muros del castillo.

Antes de que le trasladaran al patio, el maestro quiso hablar de nuevo con él. Al entrar en su celda, el hombre seguía en la misma posición en la que le había dejado,

como si no hubiera pasado un solo minuto entre ambos momentos.

—Dime, ¿para quién trabajas? —le preguntó por segunda vez.

El hombre de la cicatriz se limitó a levantar la mirada y a enfrentarle con una sonrisa. La frialdad de su gesto me heló completamente el ánimo. La clave inmediata para desentrañar la madeja en la que nos habíamos enredado pasaba por encontrar el escondite del asesino.

Miyamoto aceptó finalmente la ayuda de los agentes de policía por sugerencia, aunque más bien era una orden, del propio Imamura: conocían la ciudad y cada uno de sus rincones mejor que nadie, por lo que podrían ser de gran utilidad. Si no conseguíamos atajar el problema, daría exactamente igual que los servicios secretos del sogún se enteraran de lo que estaba sucediendo: el gobierno habría caído ya.

Antes de salir del castillo, se acercó a mí y me entregó su espada corta:

—Quiero que la lleves. Sabes usarla y te protegerá —después, miró a Ichiro—. No quiero que os separéis de mí en ningún momento, ¿de acuerdo?

Ambos asentimos. La pequeña partida salió del castillo en dirección a la calleja en la que Miyamoto y yo habíamos visto desaparecer al encapuchado la noche anterior. A medida que avanzábamos, podíamos sentir las miradas de la gente parapetada tras sus ventanas. Todo estaba fatalmente tranquilo.

—Es aquí —señaló el maestro.

Apenas reconocí la calle. Todo parecía distinto a la luz del día. Ichiro avanzaba pegado a mí, como esperando que el yokai se materializara en cualquier momento. Le había contado con detalle la conversación entre Akira y Miyamoto en los sótanos del castillo. Tanto mi amigo como yo habíamos oído historias acerca de onmyoujis que viven atrapados entre los dos mundos sin pertenecer del todo a ninguno, lo que les dota de un poder casi absoluto sobre ambos. Aquellos relatos habían dejado de ser, de repente, simples leyendas que nos contaban de pequeños para convertirse en una terrible realidad.

—Quiero que llaméis a la puerta de cada una de las casas de esta calle y las reviséis a fondo —ordenó el maestro al grupo que nos acompañaba.

Los policías se dispersaron por parejas. Miyamoto, Ichiro y yo nos dirigimos a la casa del extremo de la calle. Parecía como si sus dueños se hubieran marchado a toda prisa y lo hubieran dejado todo completamente cerrado. El maestro golpeó con fuerza la puerta del jardín.

—¡Abrid! —su voz sonaba imperativa. A pesar de ello, no obtuvimos respuesta alguna.

Su condición de samurái de alto rango le confería poder para entrar en cualquier casa sin mayores contemplaciones, pero prefería mostrarse educado y evitar problemas. Tras un nuevo grito, la puerta de la casa se descorrió tímidamente y un hombre asustadizo y rechoncho asomó la cabeza.

—Abrid en nombre del daimio.

El hombre salió de la casa y se encaminó hacia nosotros. No dijo nada: simplemente abrió, saludó con una inclinación de cabeza y nos franqueó el paso. Sabía que cualquier resistencia por su parte era inútil. Poco a poco me estaba dando cuenta del gran temor que la gente de otras clases sociales sentía por los samuráis. En la mayoría de los casos era auténtico miedo, no respeto.

Dentro, acurrucados en una esquina del comedor, estaban su mujer y su hijo pequeño. Le sostenía entre sus brazos, como si su gesto cariñoso fuera a protegerlo de todo mal. Su mirada hizo que me percatara de que ese mal éramos, en realidad, nosotros. Me volví hacia Ichiro y vi un profundo malestar en su rostro. En ningún momento me había parado a pensar en la invasión de la intimidad que estábamos cometiendo. Mi amigo, sin embargo, no se sentía nada cómodo; probablemente se trataba de una familia de pequeños comerciantes, como la suya propia. Trató entonces de hacer de sonreír al pequeño, pero su intento fracasó y el niño se echó a llorar.

Miyamoto terminó de revisar la casa: no había nada extraño. Al salir descubrimos una pequeña riña en la calle. Un hombre agitaba los brazos mientras no dejaba de lamentarse por el destrozo al que uno de los grupos de agentes había sometido a su vivienda. El jefe de la partida le abofeteó con fuerza, derribándolo, mientras su mujer lo observaba impotente desde la casa. Al ver a su marido en el suelo, salió corriendo y se arrodilló frente al él, suplicando clemencia. El daishin comenzó entonces a burlarse de ella, contagiando al resto de sus compañeros. Sentí una fuerte náusea en mi interior y un grito surgió directo de mis entrañas.

Los policías miraron sorprendidos en nuestra dirección. Entonces me di cuenta de que el clamor que había escuchado dentro de mí había surgido en realidad de la garganta del maestro. Miyamoto se encaminó con zancadas firmes hasta plantarse frente a él y, sin ningún tipo de advertencia, le cruzó la cara de un fuerte manotazo. El tipo cayó al suelo con expresión de sorpresa mientras brotaba sangre de su nariz, probablemente rota. Miré a Ichiro y sentí cómo una oleada de satisfacción nos invadía a ambos.

Los policías ayudaron a su jefe a ponerse en pie y se alejaron unos metros. El maestro se inclinó, cogió a la mujer por el brazo y la asistió. El marido le observaba desde el suelo. Poco a poco, se levantó sacudiendo el polvo de su ropa. Ambos hicieron una inclinación de cabeza en señal de agradecimiento.

—Ayer por la noche seguimos a una persona hasta esta calle —dijo—. Estamos revisando todas las casas. Sentimos las molestias.

—Aquí somos todos honrados comerciantes —acertó a contestar el marido—. Conozco a todas las familias que viven aquí y son buena gente.

—Nadie desaparece sin más —replicó Miyamoto—: Alguno de tus vecinos le ayudó.

El hombre pareció reflexionar durante unos instantes.

—¿En qué dirección corría? —preguntó.

El maestro hizo un gesto indicando el final de la calle, a lo que el hombre reaccionó con un pequeño gruñido, como hacía el propio Miyamoto en muchas ocasiones.

—La casa de la esquina se quedó vacía hace algún tiempo. En ella vivía el viejo Ozu. Un día, sencillamente, se marchó y no volvimos a verle. Tenía familia en Senda; es probable que se reuniera con ellos.

—¿Hace cuánto de eso?

—Unos dos meses. La casa está abandonada desde entonces.

Miyamoto asintió. El hombre y la mujer le agradecieron de nuevo su ayuda y regresaron al interior de la casa. El maestro se acercó al grupo de policías y les ordenó que regresaran al castillo.

—No informaré al señor Komon de tu conducta —le dijo al inspector—, pero si vuelves a comportarte de un modo parecido, yo mismo ejecutaré tu castigo.

No quería enemistarse con los miembros de la policía: sabía que podían complicarle mucho su trabajo. Sin embargo, tampoco estaba dispuesto a tolerar semejante actitud. Lo había visto en muchos samuráis menores desde el fin del periodo de guerras: estaban enfadados por haber perdido su estatus y lo pagaban con los más débiles.

El daishin movió la cabeza en señal de obediencia. En su rostro podían verse una mezcla de alivio y de agradecimiento combinados con un rencor que, por mucho que trataba de disimular, se abría paso en sus ojos. No en vano, él también era un samurái y el maestro le había humillado. De todos modos, sabía que era inútil desafiarle: atacar a un superior estaba penado con la muerte. Eso, claro, en caso de sobrevivir al duelo.

El grupo se perdió calle abajo mientras Miyamoto regresaba junto a nosotros. Ichiro se le quedó mirando fijamente. Tenía los ojos humedecidos por la tristeza, la rabia y la impotencia.

—Gracias, Miyamoto san —exclamó con una reverencia completa y ceremoniosa.

El maestro se limitó a gruñir.

—Solo nos queda una posibilidad. El hombre me ha dicho que la casa al final de la esquina lleva dos meses abandonada. Debemos inspeccionarla.

Nos encaminamos hacia allí con paso decidido. La vegetación del pequeño jardín trasero crecía libre y descuidada y el papel de arroz de los paneles de algunas ventanas estaba completamente rasgado. Aquí y allá se acumulaban pequeños montones de hojas secas que crujían al ser rozadas por el viento, y la madera del porche presentaba un aspecto sucio y áspero. Hacía bastante tiempo que nadie atendía

la casa: si alguien se escondía en su interior, no había dejado ningún rastro aparente en sus idas y venidas.

La puerta del jardín emitió un prolongado quejido a medida que el maestro la abría. Avanzamos hacia la construcción, de una única planta, y nos asomamos dentro. El interior no tenía mejor aspecto. Algunas enormes telas de araña cubrían las esquinas y los muebles como si fueran tules de delicada seda, y una gruesa capa de polvo se había asentado completamente por todas partes. No parecía que nadie hubiera entrado ni salido de allí en mucho tiempo; de lo contrario, sus pisadas hubieran quedado inevitablemente escritas en el suelo. Es curioso comprobar cómo la naturaleza recupera en tan poco tiempo sus dominios.

Aquella casa parecía nuestra última oportunidad, y no encontramos nada. Quizás debíamos comenzar a asumir que nuestro misterioso encapuchado se había desvanecido realmente. El maestro salió al jardín y echó un vistazo alrededor. Entonces, se fijó en algo. Una zona de la maraña de hierba estaba algo más aplastada que el resto: parecía una pisada.

Miyamoto se adentró entre las matas con suma delicadeza. Avanzaba como lo haría un tigre, colocando un pie detrás de otro exactamente en el mismo punto en el que ya había pisado con el anterior. De repente, desapareció por completo de nuestra vista.

—¡Maestro!

Me giré hacia Ichiro para comprobar si él también lo había visto desaparecer o habían sido imaginaciones mías.

—¡Vamos! —exclamé.

Poco a poco, seguimos las pisadas hasta un punto en el que morían sin más. Me arrodillé y palpé el suelo frente a mí: no parecía haber nada extraño. Ichiro se arrodilló a mi lado. Había cogido una rama y comenzó a tantear el terreno. De repente, la vegetación y la tierra cedieron. ¡Era una trampilla secreta!

Apoyamos nuestras manos y presionamos con fuerza hacia abajo. La portezuela cedió, revelando un túnel que descendía suavemente hasta una zona en la que parecía haber luz. No se veían ningún tipo de escaleras, así que no nos iba a quedar más remedio que deslizarnos hasta abajo.

Yo iré primero —informé.

Nos levantamos y di un paso firme hacia delante. La trampilla cedió, engulléndome, y resbalé suavemente por el túnel hasta aterrizar en el suelo. Quien hubiera diseñado aquel agujero lo había hecho con una pendiente leve, para que el impacto al llegar abajo fuera moderado. Mis ojos trataron de acostumbrarse a la penumbra poco a poco. En ese instante, escuché un fuerte ruido y no fui consciente de lo que sucedía hasta que sentí a Ichiro caer sobre mí y aplastarme contra el suelo.

—¿Por qué no te has apartado? —rugió.

—¡No me has dado ni tiempo! —protesté, todavía aturdido por el impacto.

—¡Pero si he avisado! —dijo enrojeciendo de enfado y vergüenza—. ¡La próxima vez no diré nada!

En ese caso, pensé para mis adentros, el resultado será más que probablemente el mismo. Cuando me hube recuperado, eché un vistazo alrededor. Entonces me di cuenta de que había algo en el suelo, a unos pasos de distancia... ¡Era un esqueleto! Aún llevaba puesto su kimono. Al verlo, Ichiro abrió la boca para gritar; apenas tuve tiempo de abalanzarme sobre él para que no pregonara a los cuatro vientos que estábamos allí. «El factor sorpresa es más de media batalla», me había repetido el maestro en varias ocasiones: quizá tuviéramos que usarlo.

El esqueleto debía de pertenecer al dueño de la casa: al parecer, nunca había abandonado su hogar. Trataba de orientarme y de decidir nuestro siguiente movimiento. No había ni rastro de Miyamoto por ninguna parte. Estábamos justo en medio de un túnel que se prolongaba unos metros a izquierda y derecha; después, ambos extremos dibujaban una suave curva y se perdían más allá. Miré a ambos lados: debía tomar una decisión. Dividirnos no era una buena idea, así que opté por ir hacia la izquierda y buscar al maestro.

Avanzamos despacio hasta llegar a la curva del túnel y asomé la cabeza. Una nueva galería se prolongaba varios metros hasta una puerta de madera. Alguien había empleado mucho tiempo en excavar aquellos pasillos; a juzgar por lo que nos había dicho el vecino del anciano muerto, unos dos meses. El responsable había colocado pequeñas antorchas ancladas a la pared cada tres pasos aproximadamente. Todo parecía desierto.

Era la primera vez que estaba sin el maestro a mi lado y sentí un cosquilleo que se originaba en la zona de mi nuca y descendía por mi columna vertebral como una hilera de hormigas. La boca se me secó y sentí nuevamente la punzada del miedo. No era únicamente que Miyamoto no estuviera para tomar decisiones, sino que sentía el enorme peso de la responsabilidad porque el bienestar de Ichiro dependía de mí. No podía fallarles a ninguno de los dos.

Avanzamos lentamente por el túnel. Todo estaba en completo silencio, lo que permitía que pudiéramos escuchar el sonido de nuestro propio corazón. Su repiqueteo constante me golpeaba las sienes sin cesar, acelerándose más y más. Al llegar a la altura de la puerta, agarré con la derecha la empuñadura de la espada corta del maestro y dirigí la izquierda al pomo, un simple trozo de cuerda gruesa pasado por un agujero. Comencé a tirar de él suavemente, arrastrando la puerta hacia mí.

Una sombra se movió en el interior. Detuve en seco mi mano y tomé aire. Sentía la respiración de Ichiro pegada a mi nuca y su cuerpo presionando el mío. Giré la cabeza y le clavé la mirada; trataba de decirle que había visto algo moverse dentro, pero él entrecerró sus ojos y enarcó las cejas sin entender qué estaba pasando. Abrí

entonces un poco más la puerta, para que pudiera asomarse ligeramente y verlo por sí mismo. Una figura encapuchada nos daba la espalda. Recorrí la estancia de un vistazo y descubrí que era prácticamente igual que el sótano del castillo en el que trabaja Akira: también allí había una gran mesa en el centro y otra más pequeña sobre la que reposaba diverso instrumental, idéntico al que había observado en la sala del eta.

No sabía qué hacer, pero, fuera lo que fuera, debía hacerlo rápido. Tomé aire de nuevo, más por llenarme de valor que porque lo necesitara realmente, y terminé de abrir mientras desenvainaba el wakizashi.

—¡No te muevas! —grité con aplomo.

El encapuchado se quedó completamente quieto al oír mi voz.

—Date la vuelta despacio, con las manos abiertas y bien a la vista —le ordené.

Poco a poco, la figura cobró vida y comenzó a girarse con los brazos extendidos. Había dejado unos dos metros de distancia entre nosotros, por si se le ocurría hacer algún movimiento extraño. Además, contaba con Ichiro. El tipo no nos había visto aún y era probable que pensara que iba solo. Si intentaba algo, le inmovilizaríamos entre los dos.

El extraño terminó de darse la vuelta. La capucha le generaba sombras profundas en el rostro, hasta el punto de que era incapaz de distinguir sus facciones. Era como si aquella capa estuviera rellena simplemente de oscuridad; las manos, sin embargo, confirmaban que se trataba de un hombre.

—Descúbrete —le ordené—. ¡Despacio!

Llevó sus manos a la cabeza y comenzó a deslizar la capucha hacia atrás. Al terminar, mi sangre se había helado por completo, como la de Ichiro. Una enorme cicatriz recorría su cara partiéndola en dos: ¡era el charlatán! El tipo advirtió mi sorpresa y dibujó una mueca burlona en su rostro:

—Ya os lo dije. Tengo muchas cabezas: si me cortáis una, otra la sustituirá.

En ese instante noté que algo comenzaba a temblar en mi muñeca. Miré hacia abajo y vi cómo el acero del wakizashi comenzaba a llamear. Apenas era capaz de sujetarlo; el resplandor me cegaba y sentí un soplo de aire ardiendo golpear mi rostro. El tipo de la cicatriz comenzó a reírse como si estuviera poseído.

—¡Qué está pasando! —gritó Ichiro presa del pánico.

Sabía lo que aquel resplandor incandescente significaba: lo había visto con mis propios ojos.

—¡Un yokai! —grité.

El tipo de la capa trató entonces de alcanzar la puerta, pero Ichiro le zancadilleó e hizo que cayera al suelo. Sin pensárselo siquiera, se tiró sobre él y le inmovilizó rodeándole con sus piernas y sus brazos. Yo sostenía el sable en posición de guardia, esperando la entrada del terrible oni. La puerta, sin embargo, comenzó a abrirse con enorme suavidad. Al terminar de hacerlo, no pude dar crédito a lo que veían mis ojos:

¡era Kumico! Me quedé absolutamente paralizado. De repente, sentí que todo desaparecía a mi alrededor y experimenté una enorme paz. Iba vestida con un kimono blanco sensualmente abierto que sujetaba con una de sus manos para que no resbalara hasta el suelo. Una enorme turbación se apoderó de mí al ver sus hombros desnudos y parte de la curva de sus senos asomar bajo la seda. Sus labios encarnados dibujaron una dócil sonrisa que me embelesó. ¡Estaba bellísima!

Bajé mi sable y sonreí. Sentía unas ganas tremendas de besarla. Poco a poco, su rostro se acercó al mío, hasta apenas dejar espacio a un suspiro entre los dos. De pronto, sentí cómo comenzaba a aspirar el aire de mis pulmones con su boca abierta. Noté mi pecho comenzar a vaciarse y cómo toda la energía de mi cuerpo fluía hacia el interior del suyo. Traté entonces de moverme con todas mis fuerzas, pero era inútil. Entonces, me di cuenta: ¡su rostro estaba pegado al mío, pero su cuerpo permanecía aún en la puerta! Su alargado cuello flotaba sinuosamente en el aire como si fuera una serpiente ¡Era una rokurokubi!

Apenas podía sujetar ya el sable corto con mi mano y mis piernas temblaban como si no fueran capaces de sostener el peso de mi cuerpo. ¡Aquel demonio estaba succionándome la vida!

De repente, su rostro se contrajo en una mueca y se desvaneció dejando una pequeña nube de polvo blanco flotando frente a mí. Al disiparse, descubrí al maestro con el sable en la mano. Me miraba con cara de profunda conmoción. Vi cómo sus labios se movían, pero no escuchaba ningún sonido salir de su garganta. Envainó la catana, se acercó a mí y me agarró con fuerza. Solo al sentir sus manos posarse sobre mis hombros fui consciente de que mi boca aún estaba abierta.

—¡Aki! ¡Contéstame! —gritó zarandeándome.

Poco a poco, volví a la realidad y sentí cómo las fuerzas comenzaban a regresar a cada uno de mis músculos. Le agarré las manos y traté de que parara.

—¡Estoy bien! —grité.

El maestro miraba fijamente un punto concreto de mi rostro, pero no le di importancia. Me giré entonces hacia Ichiro, que se había incorporado y también tenía su vista fija en mí. El encapuchado yacía inerte en el suelo, de costado. Traté de adivinar el movimiento de su pecho, subiendo y bajando a cada respiración, pero nada. ¿Era posible que, sin saberlo, mi amigo le hubiera estrangulado?

Miyamoto se arrodilló junto a él y le dio la vuelta. Ichiro apenas pudo ahogar una exclamación. ¡Estaba muerto! Clavada en el centro de su corazón tenía una estrella de acero, un shuriken como el que usan los ninjas para matar en silencio, amparados por la distancia. ¡Alguien le había asesinado mientras todo sucedía! Me giré hacia mi amigo, que seguía con los ojos fijos en la estrella plateada. Fuera quien fuese el ejecutor, había lanzado su dardo mortal mientras Ichiro le sujetaba: la habilidad requerida para hacer algo así era increíble.

—¿Estás bien? —quiso asegurarse Miyamoto, con la voz algo quebrada aún.

—Sí, maestro —contesté con una suave inclinación de cabeza. Me sentía tranquilo, aunque el rostro de Kumico seguía nítido y claro en mi mente.

Entonces, sucedió algo que no esperaba. Miyamoto me abrazó con fuerza. Sentí sus brazos cerrarse sobre mi cuerpo como si me ataran con una cuerda y apretaran una y otra vez. Apenas podía respirar, pero me sentí profundamente en paz. Cerré los ojos y dejé que su contacto me reconfortara. Noté su corazón latir junto al mío, apenas separados por la tela de nuestros kimonos y nuestra piel. Jamás en mi vida me había sentido tan cerca de él como en aquel instante.

—¿Qué ha pasado?

—Descubrimos la trampilla del suelo y bajamos a buscarte. No sabía qué hacer. Pensé que quizás el encapuchado podría sernos útil para interrogarlo.

El maestro asintió con uno de sus gruñidos.

—Entonces... —traté de explicar—. Todo sucedió muy deprisa. Noté cómo el acero de la espada temblaba y se encendía en mis manos. El charlatán trató de escapar e Ichiro le inmovilizó. Después...

Recordaba haber visto a Kumico, su rostro suave y precioso acercándose para besarme, y recordaba también querer abandonarme completamente a ella y a aquel momento. El resto de lo sucedido permanecía borroso en mi mente.

—«Tengo muchas cabezas; si me cortáis una, me saldrá otra» —pronuncié—. ¿Qué magia es esta, maestro?

Miyamoto extrajo el shuriken del cadáver.

—Un lanzamiento perfecto —señaló.

—No entiendo por qué le han matado... —dije tímidamente.

—No querían que hablara.

—Pero el hombre al que detuvieron los samuráis de Imamura no habló —repliqué.

—No querían darle la oportunidad. Probablemente, el onmyouji intentó matarle también, pero no pudo sin descubrirse. De lo que estoy seguro es de que estaba allí.

—¿Cómo puede tener un hombre varias cabezas?

—Todo hombre tiene una sola cabeza, pero mil hombres distintos pueden tener el mismo rostro. Han formado un ejército de iguales para que, a ojos de la gente, parezca inmortal. Matas a uno y aparece otro. Pero si observas con detenimiento —dijo señalando el cadáver—, su complexión no es la misma. Ni siquiera su cara es la misma: únicamente nos fijamos en la cicatriz y vemos lo que queremos ver. Debes atender a los detalles, de lo contrario, el miedo y la superstición se apoderarán de ti.

Miré atentamente el rostro del hombre que yacía muerto en el suelo de la habitación y comprendí que Miyamoto estaba en lo cierto: no se parecían tanto, pero aquella huella que partía su rostro en dos hacía que ambos parecieran casi idénticos.

—Pero el yokai... ¡Era Kumico! —exclamé—. ¿Está muerta? —pregunté con gran temor. No comprendía el alcance de lo que había sucedido y no sabía si realmente se trataba de ella en verdad o no.

El maestro negó con la cabeza.

—Los onmyouji usan a menudo tus deseos y tus miedos más profundos contra ti. De ese modo, consiguen paralizarte. Conocen todos tus secretos interiores, invocan a un espíritu y le dan la forma que tú desees.

Yo creía que los espíritus eran libres —intervino Ichiro.

—Así es —respondió Miyamoto—. Un nigromante, sin embargo, puede convocarlos y dominarlos a su antojo. Le basta con matar a uno y hacerse con su cabeza.

—Seguimos igual que al principio —pronuncié, desanimado—. Hemos fallado.

—No —señaló el maestro.

Ichiro y yo le miramos sin comprender.

—El asesino ha dejado su firma —dijo mostrándonos el shuriken que sostenía en la mano—. Esta estrella es muy especial.

—¿La habías visto antes?

Miyamoto confirmó con la cabeza.

—El pasado nunca desaparece —pronunció a continuación.

Salimos de la estancia, doblamos la esquina y nos encontramos de nuevo en el punto por el que habíamos descendido. El esqueleto del pobre vecino seguía allí: nadie le había llorado ni podido dar un funeral adecuado. No parecía haber ninguna salida oculta. El maestro siguió avanzando hasta el final de la galería y torció a la izquierda. Nos adentramos en un nuevo corredor, idéntico al que acabábamos de dejar atrás; esta vez, sin embargo, no había puerta al final, sino que el pasadizo se prolongaba más allá de la vista.

Miyamoto parecía conocer el camino y avanzaba con paso firme. Iba unos pasos por delante y desaparecía en la oscuridad para volver a materializarse cada vez que pasábamos junto a una de las antorchas de la pared. El túnel esbozaba una nueva curva, esta vez hacia la derecha, y terminaba frente a otra puerta. La abrió sin siquiera detenerse. Había estado allí ya, no cabía duda. Dentro había unos grandes escalones que ascendían. Traté de imaginar en qué punto de la superficie apareceríamos; ya no estábamos bajo el jardín de la casa, eso era seguro.

La intensa luz del sol nos cegó y tuvimos que protegernos los ojos con la mano. Poco a poco, el paisaje que nos rodeaba comenzó a filtrarse entre mis dedos. Estábamos frente a un pequeño arroyo, en un bosque a las afueras de la ciudad. La salida apenas era una pequeña abertura camuflada entre la vegetación, imposible de localizar si no sabías dónde estaba. Los tres miramos alrededor y tratamos de ubicarnos. Por la posición del sol en el cielo, era mediodía.

Ichiro y el maestro me miraron entonces de nuevo fijamente, del modo en el que lo habían hecho en los túneles. La sonrisa en mi rostro al respirar aire fresco al fin se diluyó poco a poco.

—¿Qué pasa? —pregunté, aunque la respuesta me atemorizaba.

Ninguno de los dos respondió. Me encaminé hacia el riachuelo y me arrodillé buscando la complicidad del agua. Entonces lo vi. Una finísima raya azul surcaba mi mejilla izquierda. Hundí mis manos en el espejo líquido, rompiendo mi rostro en mil pequeñas ondas, y me enjuagué completamente. Poco a poco, el agua se calmó y pude ver mi rostro reflejado de nuevo: aquel suave e irregular trazo azul seguía en mi piel, tatuado.

—Maestro... —fue lo único que acerté a decir. Estaba asustado.

Miyamoto se arrodilló a mi lado y se abrió el kimono de cintura para arriba. Jamás le había visto desnudo y mis ojos se clavaron en las cicatrices azules que rayaban la piel de su pecho y de su espalda. Pude contar hasta una decena.

—Cada vez que te enfrentas a un yokai, te deja una marca indeleble. El mundo de los espíritus se lleva siempre un trozo de ti y deja un pedazo del suyo en tu interior: ese es el precio. Debes recordarlo siempre.

Había algo que no quería contarnos. En su rostro vi la misma expresión de ausencia y preocupación que había observado durante el entrenamiento en casa antes de que me dijera que iba a acompañarle en esta misión. Algo le inquietaba seriamente. ¿Qué había sucedido durante todo el rato que había permanecido solo en los túneles? Otra pregunta me rondaba la cabeza:

—Maestro... ¿quién ha convocado al demonio? ¿Y cómo ha podido hacerlo? No había ni rastro de sangre en aquella habitación...

—Cada yokai tiene su propia forma de ser llamado —respondió—. Para invocar a una rokurokubi basta con pronunciar un sencillo conjuro y el demonio se nutrirá de tus deseos y tus miedos hasta tu muerte.

—¿Así de simple?

—Invocar a un espíritu y dominarlo requiere mucha destreza y mucha fuerza interior. Los yokais no sólo se alimentan de la energía de su víctima, también consumen la del mago que los convoca. Por eso, la mayoría no son capaces de dominar a más de uno a la vez.

—Entonces... ¿no le ha pasado nada a Kumico?

No podía soportar la idea de que el onmyouji hubiera encontrado un punto débil en mí y lo hubiera aprovechado para atacarla y convertirla en un espíritu para siempre.

—Los rokurokubi bucean en tu interior hasta encontrar la identidad de alguien a quien jamás harías daño. Es su forma de protegerse. Ella está bien.

El maestro se cubrió de nuevo, se puso en pie y emprendió el regreso. Al llegar al

castillo, se entrevistó con los señores Imamura y Komon y les informó de nuestros hallazgos. El samurái mayor y el jefe de policía acordaron vigilar con discreción la entrada y la salida de los túneles, por si alguien regresaba; en ese caso, sus hombres caerían sobre él y le detendrían. Miyamoto les indicó que era inútil: el enemigo había escapado y no regresaría. Su labor estaba hecha. Debía informar de inmediato al daimio de que todo había terminado, al menos de momento: habíamos dado con la guarida en la que habían asesinado a las víctimas e impedido nuevas muertes. A pesar de todo, no parecía muy satisfecho. Los señores Imamura y Komon, sin embargo, sintieron un gran alivio: al fin, la ciudad iba a regresar a su tranquilidad habitual.

Al caer la tarde, un manto de densos nubarrones cubrió el cielo. Se asemejaban al algodón apelmazado sin refinar; la tormenta, sin embargo, pasó amenazante sobre nuestras cabezas sin descargar. Tras su entrevista con el vasallo principal y el jefe de policía, el maestro se excusó y nos informó de que debía hacer algo, así que Ichiro y yo decidimos aprovechar para darnos un baño. Los acontecimientos del día habían mantenido nuestra mente ocupada y nuestros corazones encogidos, y ninguno de los dos se había acordado de la misteriosa desaparición de Takeshi hasta ahora.

La figura del monje regresó a mi mente al cerrar los ojos dentro del barreño de agua caliente. ¿Por qué se había marchado? Un súbito pálpito se abrió paso en mi ánimo: ¿era posible que el monje tuviera algo que ver con todo lo que estaba sucediendo? ¿Acaso era eso lo que ocultaba el maestro? La idea me pareció absurda: nuestro encuentro había sido una casualidad y había luchado contra los salteadores de caminos que nos habían atacado como uno más. Algo en mi interior, sin embargo, me decía que estaba conectado con nuestra historia de un modo que aún no era capaz de atisbar. ¿Era posible que el mago al que buscábamos fuera el propio monje?

Una de las criadas entró con un cubo de agua caliente. Noté entonces cómo Ichiro se agitaba y comenzaba a chapotear nervioso dentro de su barreño. Abrí los ojos y me di cuenta de que era la joven de la que se había prendado durante la cena el día en que llegamos. No estaba acostumbrado a que nadie le observara mientras se bañaba, y menos aún una mujer, así que había cogido el pequeño cazo que servía para verter el agua y trataba de taparse lo que podía con él. Su rostro estaba completamente encarnado. La criada se quedó de pie, esperando con el pequeño cubo en la mano. Ichiro no comprendía que la pobre aguardaba a que le diera el cucharón para echar más agua caldeada dentro de su tina.

—Discúlpale, es un poco tímido —apunté maliciosamente.

—¡Puedo hacerlo yo solo! —bramó mi amigo.

La chica dejó el cubo en el suelo y se marchó. Al percatarse de que le miraba con una enorme sonrisa en la cara, Ichiro se enfureció.

—¡No soy yo el niño que no sabe bañarse solo! —berreó.

Estallé en una enorme carcajada. Mi amigo se levantó, cogió el cubo lleno de

agua del suelo y lo vació entero sobre mi cabeza. Por un instante, el intenso calor hizo que me ardiera hasta el rincón más oculto tras mis orejas.

—¿No querías más agua caliente? Pues tenga el señor.

Ahora era él el que se reía a borbotones al ver las muecas de mi rostro. No estaba dispuesto a dejar aquello así, pero la venganza debe prepararse y planearse adecuadamente.

Nos vestimos y decidimos ir a dar una vuelta por el castillo. A pesar de que el maestro acudía regularmente al monte Aoba a ver al daimio, jamás me llevaba consigo, así que aquello también suponía una novedad para mí. No obstante, traté de disimular y mostrarme frío ante Ichiro, como si prácticamente me hubiera criado entre las murallas de un bastión samurái.

Mientras caminábamos por el patio principal noté cómo algunos soldados me miraban fijamente. Observaban la cicatriz azul de mi rostro y se alejaban cuchicheando entre ellos. Instintivamente, me llevé la mano a la cara, pero era perfectamente consciente de que sería inútil ocultarla el resto de mi vida: debía aprender a convivir con ella. Recordé entonces el pecho y la espalda del maestro, surcados de cuchilladas azules como la mía. Él había tenido suerte: podía ocultarlas sin problema. Yo, sin embargo, estaba condenado a lucirla de por vida. Pensé entonces en Kumico: ¿cómo se iba a fijar nunca en un pobre samurái humilde como yo con la cara marcada de aquel modo? Noté un sentimiento de impotencia y turbación.

Mientras me ahogaba en aquel pensamiento, escuché una voz detrás de mí. Ichiro y yo nos giramos. Frente a nosotros estaba el daishin al que el maestro había abofeteado. Sus ojos reflejaban ira.

—¡Fijaos, se ha dejado rastros de maquillaje en la cara! —trató de provocarme.

Noté cómo la sangre se me calentaba. Comencé a dar un paso al frente, pero sentí la mano de Ichiro aferrándose a mi brazo con firmeza.

—Estábamos practicando y hemos pensado que quizás podrías darnos alguna lección. Seguro que tu maestro te habrá enseñado bien, ¿verdad? —siguió.

Me estaba desafiando. Me fijé en que sostenía un sable de madera en su mano derecha.

Vamos, somos tus humildes aprendices —añadió realizando una reverencia teatral—. Queremos aprender alguna de las técnicas del famoso Miyamoto Tsunetomo.

Le di la espalda y emprendí la marcha de nuevo. Entonces, sentí el golpe del bokken en mi espinazo y lo oí caer al suelo, a mis pies.

Vaya, el chico es un cobarde —pronunció el samurái en voz alta—. No tiene honor, al igual que su maestro.

Me di la vuelta lentamente. Miyamoto me había hablado muchas veces de aquel tipo de bravucones en busca de pelea. Eran peligrosos.

—Las enseñanzas de mi maestro son tuyas. Ve y pide audiencia en su escuela si quieres aprenderlas —expliqué pausadamente.

Mi comentario le encendió.

—Tu maestro es un samurái indigno que anda con etas —replicó lleno de ira.

—No le escuches —me susurró Ichiro al oído.

Di un paso al frente en dirección al hombre que me desafiaba abiertamente. Trataba de respirar y de controlarme.

—Me llamo Aki Munetomo, hijo de Oishi Munetomo e hijo adoptivo del gran Miyamoto Tsunetomo, maestro de artes marciales del clan Date. Hace tres días maté a un hombre y esta mañana me he enfrentado a un yokai. He conocido a la muerte, he visto sus ojos y su rostro y me ha marcado para siempre: yo estoy preparado para morir, ¿lo estás tú?

En ese instante, todo se difuminó por completo, como si una densa oscuridad hubiera caído sobre el patio. Justo por detrás del grupo de policías vi una figura encapuchada caminar pausadamente. Al llegar a la altura del daishin, se quitó la capucha y descubrí su rostro: ¡era Yosho Yataemon! Nuestros ojos se cruzaron por un instante y noté cómo mi mejilla izquierda comenzaba a arderme.

El samurái y sus compañeros retrocedieron, con el rostro desencajado. Sus ojos estaban completamente inundados de pánico y sus bocas apenas podían sostenerse cerradas. A medida que notaba cómo la cicatriz de mi cara se encendía más y más, sentí una fuerte ira en mi interior.

Ichiro también se había separado de mí y me miraba asustado. Algo me impulsaba a matar a aquel hombre de un modo salvaje. Vislumbré el combate en mi mente: él desenvainaba tratando de cortarme, yo me desplazaba a mi izquierda, bloqueaba su ataque con mi brazo derecho, agarrando su muñeca con fuerza, y le golpeaba el codo con mi puño izquierdo mientras tiraba de su muñeca en dirección contraria. Pude oír nítidamente el crujido de su articulación y ver su rostro de intenso dolor al sentir desencajarse el hueso. Después, desplazaba mi antebrazo izquierdo justo por debajo de la articulación recién quebrada y tiraba de ella hacia mí doblándole el brazo, a la vez que mi mano derecha invertía la dirección y conducía la muñeca con la catana a su propio cuello.

—¡Aki!

El grito de Miyamoto hizo que regresara a la realidad. Estaba de pie frente a mí, con el rostro serio. El grupo de policías había desaparecido sin que me hubiera dado cuenta. Toda la rabia que había sentido en mi interior fue sustituida de repente por una sensación de miedo. Mis manos temblaban. Tenía los puños totalmente cerrados, como si tratara de estrangular el poco aire que quedaba entre mis dedos. Poco a poco, los abrí. Mis palmas estaban completamente blancas por la falta de sangre, también cada una de las falanges.

—¿Qué me sucede, maestro? —pregunté con voz temblorosa.

La mirada de Ichiro era de auténtico terror.

—Una vez has visto el mundo de los espíritus cara a cara es muy difícil resistirse a él —respondió—. Te llama a cada oportunidad que tiene y debes saber controlar su impulso; de lo contrario, la crueldad inundará tu corazón poco a poco. He debido advertírtelo, Aki. Perdóname —finalizó, sombrío—. Te he puesto en peligro.

Observé un hondo pesar en su rostro y pude notar cómo los últimos acontecimientos sucedidos en nuestras vidas comenzaban a escapársele de las manos.

—Debemos salir de la ciudad —añadió a continuación—: Preparad vuestras cosas.

—¿Adónde vamos? —pregunté, aunque no esperaba respuesta.

—Al templo de Risshaku ji, en Yamadera.

## XI. UN TEMPLO EN EL CIELO



A veces sientes que caminas hacia tu destino, aunque no sepas qué te depara exactamente. Algo dentro de ti te revela que te acercas a un punto de no retorno que trocará tu vida para siempre o que, incluso, puede suponer un punto y final definitivo. Es como hallar un poco de claridad en medio de la tormenta más agreste. Así me sentía desde que, nada más golpear el primer rayo de sol la cima de la montaña más alta, habíamos partido de Iwadeyama.

Antes de salir, Imamura informó a Miyamoto de que, como había vaticinado, nadie había entrado ni salido de los túneles en toda la noche, así que habían decidido sellarlos. Iwadeyama estaba a salvo de nuevo. Esta vez, Ichiro caminaba unos metros por detrás. El maestro había tratado de convencerle de que regresara a casa, pero había sido del todo inútil. Podría haber ordenado a los señores Komon o Imamura que le escoltaran hasta Senda; pero sabía que se las hubiera ingeniado para escaparse y seguirnos. Por eso mantenía la distancia: para hacerle ver que la sola mención de que regresara había supuesto una ofensa para él.

El viaje transcurrió sin ningún sobresalto. Al atardecer del segundo día avistamos las cimas del conjunto de templos que formaban el monasterio de Yamadera y llegamos hasta el pie de las escaleras que conducían a su cumbre. Según contaban, había sido creado por el monje Jikaku Diashi al regresar de un viaje a China, siendo emperador Yozei.

El horizonte estaba de color escarlata y tanto los árboles que nos rodeaban como las construcciones que se observaban en lo alto eran ya simples siluetas negras. Muchos de los pequeños templos que formaban el majestuoso conjunto estaban situados al borde de los salientes de la montaña, coqueteando con el vacío. Nos esperaba un largo ascenso; esta vez, sin embargo, los escalones eran definidos, lejos de la irregular escalera tallada en la roca por la que habíamos trepado hasta el hogar del maestro Ichimura. El esfuerzo, sin embargo, se antojaba parejo.

La escalinata trepaba por la montaña en medio de altísimos árboles. Algunos eran rectos como lanzas; otros, en cambio, se habían retorcido por el viento dibujando formas caprichosas y extrañas. Aquí y allá podían verse diversas estelas con kanjis

labrados en la piedra, linternas rematadas por sus pequeños tejados a cuatro aguas, que, como hitos, punteaban el ascenso cada poco, y rocas cubiertas por un ejército de helechos y una gruesa capa de musgo. Algunas de ellas parecían dispuestas a precipitarse y aplastar al visitante en cualquier momento, recordándole su propia fragilidad. En su superficie podía verse también tatuada la acción del agua, con chorretones y manchas de distintos tonos.

Ichiro estuvo toda la subida contando uno a uno los escalones en voz alta. El maestro le había dicho que era un buen modo de mantener la concentración y cansarse menos. Yo había hecho lo mismo en mi interior, pero abandoné el empeño tras alcanzar los quinientos. Mi amigo, sin embargo, nos informó gozoso de que nuestras piernas habían trepado mil cien escalones nada menos. Su enfado había desaparecido por completo.

Las luces de las linternas encendidas en los caminos que unían los distintos templos brillaban intermitentemente, azotadas por el viento. Era ya noche cerrada. Miyamoto se encaminó hacia una de las construcciones más grandes, frente a la que había un monje sentado tranquilamente. Era un tipo bastante grande y de expresión algo feroz. Al vernos relajó el gesto, nos miró como si esperara nuestra llegada, y nos hizo un gesto para que le siguiéramos al interior.

Sentimos de inmediato la caricia del calor al entrar. El complejo de montes estaba a bastante altura y el aire arriba era frío. Recorrimos diversas estancias hasta detenernos frente a una gran puerta. El monje la abrió y nos invitó a pasar con un gesto de su mano; no había abierto la boca en todo el rato. Al fondo de la habitación distinguimos dos sombras sentadas junto a un brasero. El maestro avanzó hacia ellas y se detuvo a unos dos metros. Ichiro y yo, que caminábamos varios pasos por detrás, nos detuvimos en seco.

—¡Takeshi! —exclamó mi amigo, poniendo voz a mi propia sorpresa.

El monje estaba sentado al lado de un anciano. Miyamoto no pareció inmutarse; si la reaparición de Takeshi había supuesto una sorpresa para él, no lo demostró en absoluto. El monje sonrió abiertamente y se puso en pie:

—Bienvenidos. Estaréis cansados —dijo señalando unos pequeños banquitos de madera—. No tenemos mucho que ofrecer, pero todo lo nuestro es vuestro.

El monje que nos había conducido hasta allí entró en la habitación portando una bandeja con algo para comer y beber. Ichiro le siguió con la mirada y la boca medio abierta.

—Os presento a Shinnosuke, mi maestro —pronunció Takeshi.

Recordé entonces la historia que me había contado sobre su llegada al monasterio y cómo había sido aquel hombre el que le había desafiado a convertirse en un guerrero a pesar de su debilidad. Sentí una oleada de profundo respeto por él. Shinnosuke se parecía al maestro Ichimura: quizás era el halo de misterio que les

envolvía a ambos, o acaso su rostro pétreo y chupado. En pocos días había conocido al maestro de mi propio maestro y al de Takeshi. Algún día, también mi propio maestro sería como ellos y quién sabe si yo tendría algún discípulo a mi cargo.

El anciano Shinnosuke nos dedicó una ligera inclinación de cabeza y nos invitó de nuevo a sentarnos. Miyamoto se acomodó en la banqueta e Ichiro y yo le imitamos. Mi amigo no dejaba de mirar la bandeja con comida, a la espera de que el maestro probara el primer bocado: lo contrario hubiera sido de mala educación. Su estómago había comenzado a rugir ya sin disimulo.

—Veo que tu apetito sigue igual de bien —sonrió Takeshi.

Ichiro enrojeció. El maestro alargó entonces la mano y cogió un trozo de nabo hervido. No tenía intención de comérselo, pero sabía que, si no lo hacía, el pobre acabaría por desmayarse.

—Me preguntaba cuánto tardarías en venir.

Miyamoto respondió con uno de aquellos gruñidos afirmativos que tantas palabras parecían ahorrarle. Ichiro y yo nos miramos sin comprender en absoluto qué pasaba. Nuestra presencia allí, sin embargo, había disipado mis sospechas respecto a Takeshi.

—¿Qué es lo que te ha dado finalmente la pista? —preguntó el monje.

El maestro sacó la estrella de acero que había extraído al cadáver del túnel y se la mostró. Esta vez fue Takeshi quien se limitó a asentir. La cogió y se la entregó a Shinnosuke. El anciano la atrapó entre sus dedos huesudos y la acercó a sus ojos. Todos le observamos en silencio durante un rato, mientras la giraba en el aire y estudiaba sus detalles.

—Hace mucho tiempo, Dengyo Daishi, el fundador de nuestra escuela, subió al Monte Hiei a las afueras de Kioto y construyó un pequeño templo en su cima... —comenzó a relatar. Todos conocíamos aquella historia, pero nadie se hubiera atrevido a interrumpirle—. Pronto reunió a un numeroso grupo de discípulos y, con el tiempo, de aquel pequeño templo inicial levantado por un solo hombre con sus propias manos se pasó a más de tres mil pequeñas construcciones. Los monjes se formaban en la meditación, en el estudio, y una élite también en las artes marciales...

Takeshi escuchaba a su maestro con los ojos cerrados. Él era uno de aquellos monjes guerreros, un sohei, y probablemente había escuchado aquella historia más veces que ninguno de nosotros. Su reverencia, sin embargo, era máxima.

—Un día, sucedió lo que ninguno de nosotros quería: la orden se rompió en dos —continuó el viejo Shinnosuke—. Lo que nadie sabe es que aquel día hubo una tercera escisión.

Ichiro y yo nos miramos. Jamás habíamos oído aquella parte de la historia. El maestro, en cambio, no había mudado en absoluto la expresión.

—Los monjes de aquella tercera vía habían sido infiltrados por algunos

onmiyouji. Pronto se dieron cuenta de que sus habilidades podían traspasar las fronteras de este mundo, adentrarse en el de los espíritus y controlarlos a su voluntad. Sus corazones se habían corrompido —señaló pesadamente Shinnosuke, como si aquel acontecimiento lejano hubiera tenido lugar ayer mismo. Su rostro mostraba la preocupación y el dolor por unos compañeros lejanos a los que no había conocido, pero que, a diferencia de las simples disputas de poder que habían estallado entre las otras dos facciones por controlar la orden, habían traicionado gravemente la Triple Verdad—. En un último intento por aniquilarles, las dos facciones se unieron en secreto y atacaron. Durante años se pensó que la Orden de la única Verdad, como se hacían llamar, había sido completamente aniquilada. No obstante, por precaución, se decidió instruir a un grupo de sohei en algunas artes especiales para que en caso de que alguien tratara de resucitarla pudieran enfrentarse a ellos. Con el tiempo, el señor de la guerra Nobunaga Oda destruyó el monasterio y derrotó a los monjes del Hiei. Nos vimos obligados entonces a desplazarnos a otras zonas del país y el conocimiento de aquellos monjes se perdió para siempre con la muerte del último de ellos.

Esa parte de la historia volvía a ser conocida por todos. Sin embargo, jamás había oído hablar de la Orden de la única Verdad; aunque sospechaba que no estaba tan muerta como nos había contado el maestro de Takeshi.

—Por desgracia, algunos de los monjes de aquella orden secreta sobrevivieron y se ocultaron, manteniendo en secreto su Vía y ofreciendo sus habilidades al mejor postor. Desde entonces, nuestros monjes tratan de localizarles, pero, por desgracia, es muy difícil saber quiénes son: no tienen ningún monasterio ni se distinguen de ningún modo, ni por sus ropas ni por su conducta. Viven como personas normales de todo rango y condición, desde altos samuráis a artesanos, comerciantes, campesinos... Incluso entre los proscritos eta y los hinin. Tan solo un pequeño símbolo tatuado en su cabeza, bajo su cabello, les distingue —finalizó mostrándonos un pequeño dibujo labrado en el acero del shuriken.

Al fijarme con detenimiento, me quedé completamente boquiabierto. El símbolo era un círculo partido por la mitad por una raya vertical. Un rostro partido en dos.

—En cuanto vi a aquel charlatán en Iwadeyama, lo sospeché —señaló Takeshi—. Pero tenía que asegurarme. Le pedí entonces permiso a Imamura para interrogarle de nuevo y descubrí su marca.

—Por eso te marchaste —intervino Ichiro.

El monje le miró fijamente.

—Tenía que informar a mi maestro cuanto antes.

—¡Podías haberte despedido! —exclamó entonces sin importarle lo que pensáramos los demás—. Eso hacen los amigos, despedirse.

—Tienes razón —contestó Takeshi—. Fue una descortesía por mi parte —

después, volvió a dirigirse a Miyamoto—. Supuse que no tardarías en descubrir la verdad y que acabarías atando cabos y viniendo aquí. Nuestro encuentro no fue una casualidad —reveló entonces—. Cuando lo que sucedía en Iwadeyama llegó a oídos de mi maestro, supo que Masamune enviaría a su cazador. Mi misión era comprobar que se trataba de la Única Verdad y encontrarte. Al principio, cuando te vi acompañado, dudé. Sin embargo, el intento de asesinato en el camino me desveló la verdad. Te necesitamos, Miyamoto Tsunetomo: solo tú puedes acabar con su sacerdote.

Yo trataba de seguir la conversación, pero me di cuenta de que había muchas cosas que desconocía. ¿A qué se refería exactamente el monje? Entonces vi que me miraba fijamente. Hasta ese momento no parecía haberlo advertido, pero sus ojos emitieron de pronto un destello apenas disimulado de sorpresa al ver mi cicatriz.

—Debéis descansar y reponer fuerzas... —señaló finalmente—, porque necesitaremos todas las que podamos reunir.

Se puso en pie y ayudó a Shinnosuke a incorporarse. Por un instante me vi libre de su mirada, pero regresó casi inmediatamente antes de posarse en Miyamoto de nuevo; no hizo falta que hablaran entre ellos: ambos sabían qué significaba aquella marca.

No pude dormir en toda la noche. Ichiro, en cambio, se había sumido casi de inmediato en un sueño profundo. Su boca abierta amenazaba con succionar el mundo entero a cada ronquido. El maestro, por su parte, parecía descansar serenamente, ajeno por completo a aquel estruendo. Abandoné la habitación y recorrí a tientas la pequeña cabaña que nos habían asignado.

El frío era intenso y el vaho de cada una de mis respiraciones formaba una pequeña niebla frente a mi rostro al exhalar. Tenía mucho en lo que pensar. De la noche a la mañana había pasado de ser un joven samurái inexperto a enfrentarme a peligros que jamás hubiera imaginado: había matado a un hombre y me había enfrentado a un ser del más allá, y ambas cosas habían ensombrecido mi alma y marcado para siempre mi rostro y mi corazón.

Alcé los ojos y los posé en las estrellas que se filtraban entre los árboles. Las cigarras habían empezado a cantar ya y formaban una orquesta bien conjuntada, cuyo sonido llegaba armónico desde todos los rincones. Entonces, escuché una respiración a mi espalda y me giré con los músculos en tensión. El maestro se había percatado de mi marcha y venía a buscarme.

—Tengo miedo —dije casi sin pensar. Era un sentimiento que me atenazaba por dentro. Dudaba de mi aplomo y de mis propias fuerzas—. No sé si estoy preparado.

Miyamoto guardó uno de sus largos silencios. Podía ver su respiración tranquila y regular cristalizando en sus labios.

—En una ocasión le pregunté al maestro Ichimura cómo sabría que ya estaba preparado. «¿Preparado para qué?», me respondió. «¿Cuándo sabré que ya soy un samurái hábil en la vía de la espada?». Jamás me había enfrentado a nadie y dudaba de mi propia capacidad: ¿vencería a otro guerrero en combate? Ichimura me miró y dijo: «Yo tampoco sé cómo superar a los otros samuráis; lo único que sé es cómo superarme a mí mismo. Hoy sé que soy mejor que ayer, y, mañana, que seré superior a hoy. Eso es todo lo que sé». Lo más importante no es ganar o perder un combate, es hacerlo con honor, ya sea en la victoria o en la derrota. Lo único que nadie puede arrebatarte, Aki, es el honor: solo tú mismo puedes perderlo o conservarlo.

—¿Tú nunca sientes miedo, maestro?

Miyamoto sonrió. Fue una sonrisa afable y sincera.

—Sí —respondió mirándome como un niño pillado en falta—. Cada vez.

—¿Y cómo lo vences?

—Trato de no pensar en él. El miedo siempre ataca al principio, antes de iniciarse el combate. Es en ese momento en el que debes fijar tus pensamientos en la estrategia para alejarlo de ti, porque te hace débil. Siempre debes mostrarte fuerte y convencido de ganar. Espera a que tu oponente descargue su golpe y véncelo. Nunca ataques primero si puedes evitarlo, a no ser que estés absolutamente convencido de que tu corte va a ser definitivo... porque solo vas a tener una oportunidad.

—Maestro... —una pregunta recorría mi ánimo sin descanso. A veces es más difícil usar las palabras que el propio sable—. ¿A qué se refería Takeshi con lo de tu pasado?

Miyamoto me miró fijamente y echó a andar despacio por el camino que conducía a un pequeño templo situado sobre una gran roca. Me puse a su altura y caminé en silencio a su lado.

—Cuando terminé mi entrenamiento con Ichimura, empecé mi servicio para el daimio junto a tu padre. Por entonces, uno de sus generales, Sadatsuna Ouchi, se rebeló contra él y se alió con el clan Ashina de Aizu. Masamune le declaró la guerra, pero fuimos frenados por el general Morokuni Iwashiro. Aquella noche, mientras dormía en el campamento tras la batalla, fui atacado por un shura.

Me quedé atónito. Se decía que nadie que se hubiera enfrentado jamás al demonio furioso de un guerrero sin reposo había sobrevivido para contarlo. Los shuras eran probablemente los yokais más peligrosos.

—Debí de haber muerto —continuó Miyamoto—, pero, nadie sabe cómo, salvé la vida. El maestro Ichimura habló entonces con el señor Date y ambos acordaron que lo sucedido era una señal: debía acudir a Dewa Sanzan. Allí, en la cumbre del monte Gassan, se levanta un pequeño templo.

Aunque nunca había estado, conocía las montañas sagradas de Dewa Sanzan y sus tres cumbres, Gassan, Yudono y Haguro. También conocía la existencia del

templo de Gosaiden, pero no sabía que en la cumbre misma del Gassan, cubierto por las nieves la mitad del año, hubiera otro templo. ¿Quién podía vivir allí? El monte Daito, donde había nacido, también solía estar impregnado de nieve desde finales del otoño hasta principios de la primavera; nadie, sin embargo, vivía en su cima, y la gente lo rodeaba por el paso de Sasaya o por su otro extremo.

—Allí vivía un monje —continuó Miyamoto.

—¿En la cumbre? —pregunté, perplejo.

El maestro movió su cabeza afirmativamente.

—El templo era apenas una pequeña pagoda de madera, rodeada por un grueso muro de piedra más alto que un hombre y ancho como el de un castillo. El frío se te metía hasta el corazón líquido de los huesos y te paralizaba por completo... - Miyamoto detuvo su relato y me miró fijamente. —El monje se llamaba Kenshi y había pertenecido a la Escuela de la única Verdad.

La revelación me pilló desprevenido. ¡El maestro había conocido a un miembro de la secta a la que ahora nos enfrentábamos! Y no solo eso: ¡aquel hombre le había entrenado!

—Pasé todo un año recibiendo sus conocimientos. Me enseñó el arte de enfrentarme y vencer a los seres del otro mundo. Durante mucho tiempo, sentí la tentación de conocer sus secretos más profundos y aprender a adentrarme y dominar el mundo de los espíritus. Él, sin embargo, me advirtió: «quien conoce la Vía, acaba sucumbiendo a ella». «¿Y tú?», le pregunté. «Yo hace tiempo que no estoy ni vivo ni muerto, no pertenezco a este mundo ni al otro. Ese es el precio que pagué; ahora trato de preparar a otros para vencerme», respondió. Al acabar mi instrucción, me dijo que todo cazador necesitaba un arma. Durante el siguiente año aprendí el arte de la fragua. Descendí de la montaña y busqué un acero especial para hacer una catana y una espada corta. Después, regresé y pasé todo un invierno forjándola, hasta que estuvo lista.

—¿Y qué son esos símbolos?

—Cuando el acero estaba al rojo, Kenshi dibujó una serie de palabras sobre él. Me dijo que pertenecían a un idioma muy antiguo de las tierras de las que procede el propio budismo, más allá de China. Me habló de los demonios de aquí y de mucho más allá de los mares, de sus nombres, sus habilidades y de cómo vencerles.

—¿Hay otros como tú?

El maestro asintió.

—Kenshi aceptaba un alumno cada tres años: uno lo pasaba instruyéndole; el otro, enseñándole a forjar su catana, y, a lo largo del tercero, meditaba él solo.

—¿Aún sigue vivo?

Miyamoto movió afirmativamente de nuevo la cabeza.

—Solo un sable de acero como el mío puede arrebatarle la existencia.

—¿Le has vuelto a ver?

—Al abandonar el templo haces un juramento: no puedes volver jamás... ni hablar sobre ello.

Habíamos llegado hasta el borde de una gran roca en la que se enclavaba una pequeña pagoda de madera sujeta al suelo por unas cuerdas. Su pared más exterior estaba prácticamente suspendida en el vacío. Desde allí arriba podía observarse la villa de Yamagata. La población dormía tranquila.

—Los devotos de la única Verdad son un enemigo peligroso, Aki: debemos estar preparados.

Takeshi entró en nuestra habitación a primera hora de la mañana. Ichiro y yo dormíamos a pierna suelta, pero hacía rato que el maestro se había levantado. El monje nos condujo hacia un templo. Al entrar, descubrimos a Miyamoto reunido con Sinnosuke; junto a ellos había otros tres monjes: eran todos soheis.

—Según nuestros informes, los miembros de la secta tienen su guarida a las afueras de Yonezawa, cerca del paso de Funasaka, al sureste —informó el viejo monje.

El maestro dejó escapar un gruñido.

—Conozco la zona.

Durante años, Yonezawa había sido la capital de nuestro clan. El propio Masamune Date había nacido en su castillo. Ambos tenían aproximadamente la misma edad; la que tendría mi padre si aún estuviera vivo. Su rostro estaba sombrío: no había estado allí desde que el clan fue expulsado. Viajar hasta Yonezawa iba a suponer, además, adentrarse en el territorio de un enemigo peligroso. Estaríamos completamente solos.

—Debemos tener mucho cuidado. No sabemos hasta qué punto el gobierno de los Uesugi puede estar infiltrado por miembros de la única Verdad —advirtió Takeshi.

El viejo Sinnosuke asintió con la cabeza. Su rostro mostraba la preocupación que sentía por dentro. No solo por enviar a sus hermanos a una lucha peligrosa de la que no sabría si regresarían, sino por nosotros y por el futuro de la paz.

—No sabemos con qué os vais a encontrar. Ni siquiera sabemos si su sacerdote estará allí —señaló—. Vais a exponer el máximo de vosotros, pero puede ser que no sirva de nada.

—Quizás deberíamos informar al sogún —sugerí.

El maestro se giró y me miró, como todos los demás.

—Si lo hacemos ahora, es probable que se oculten y desaparezcan. Quizás ganemos una pequeña batalla, pero no servirá de mucho. Tenemos la oportunidad de asestar un golpe mortal y no podemos desaprovecharla. Además, el bakufu está tan infiltrado como lo están por él los gobiernos de los distintos daimios. No podemos

arriesgarnos.

Le di la razón con un gesto de mi barbilla y regresé a mi silencio.

—Tampoco sabemos con cuántos sirvientes y seguidores cuentan. Debemos sorprenderles, y eso no será fácil. Quizás piensen que nos hemos retirado después de lo de Iwadeyama, pero no contéis con ello. Es probable que nos esperen —terminó Miyamoto—. Partiremos al caer el sol. Es mejor viajar de noche.

El grupo se disolvió. Debíamos prepararnos para la partida. Takeshi se acercó a nosotros y nos pidió que le acompañáramos. El monje nos condujo a un pequeño templo encajado bajo una gran roca. Visto de lejos, parecía que el enorme peñasco fuera a aplastarlo en cualquier instante; al hallarnos prácticamente frente a él, sin embargo, la sensación era la contraria: como si el pináculo que sobresalía del tejado hacia arriba y rozaba la panza de aquel pedrusco fuera el que lo sostuviera en perfecto equilibrio.

La única luz que llenaba el interior era la que se había colado con nosotros al entrar. Takeshi prendió una antorcha y descubrimos que todas las paredes estaban llenas de armas perfectamente ordenadas.

—Coged lo que necesitéis —dijo mientras nos dejaba solos.

Los ojos de Ichiro se abrieron como platos; apenas sabía en qué dirección mirar. Me giré hacia el maestro:

—¿Cómo vamos a tener una posibilidad si nuestras armas no pueden matarles?

Ichiro se detuvo de golpe:

—¿Qué quieres decir? —preguntó inquieto.

—Generalmente solo hay un sacerdote de la orden en cada guarida. Son muy pocos y no pueden arriesgarse, por lo que al menos debe quedar siempre uno de ellos con vida para poder transmitir sus enseñanzas. Cada sacerdote tiene un aprendiz mayor, pero es aún mortal a cualquier acero hasta iniciarse. A los sirvientes ya les habéis visto —dijo refiriéndose a los encapuchados de la cara partida en dos.

—¿Y cómo sabremos quién es quién? —traté de averiguar.

—No te preocupes: yo lo haré —respondió.

—¿Y si hay más de uno?

—En ese caso, es probable que la batalla esté ya perdida.

El maestro avanzó hacia la zona en la que estaban los sables. Había por lo menos una docena, apoyados sobre un pequeño armero de madera como el que teníamos en la escuela. Cogió una a una todas las catanas y las observó con detenimiento para comprobar su calidad. Finalmente, escogió una de saya negra y ornamentación muy simple y me la entregó.

—No es diferente de un sable de madera, ni en longitud ni en peso. Sabes cómo manejarlo, así que úsalo bien y con honor.

La cogí, la desnudé y la sostuve en mis manos. Tenía razón. También las

consecuencias que ambas armas podían producir eran prácticamente las mismas. En unas manos bien entrenadas, un bokken era tan mortal como una catana bien afilada. Se contaba que Musashi Miyamoto había matado a su primer hombre con una gran estaca de madera. De hecho, se trataba del propio palo que el samurái había usado para colgar en su pueblo el cartel anunciador de que retaba a todo aquel que quisiera probar suerte.

Miyamoto me tendió de nuevo su espada corta:

—Si me pasa algo, esto te dará una oportunidad.

Cogí el arma de sus manos con una profunda reverencia y me la ajusté en el cinturón. Entonces se acercó a Ichiro, que seguía contemplando el arsenal, hipnotizado.

—En cuanto a ti... —meditó en voz alta. Trataba de localizar un arma que fuera adecuada para él, ya que no tenía ningún tipo de instrucción. Se detuvo entonces frente a un garrote de madera de tamaño medio, recubierto de hierro reforzado con tachuelas metálicas en una de sus mitades.

—¡Esa es un arma de demonio! —exclamó Ichiro retrocediendo.

Era un instrumento algo tosco, pero terriblemente efectivo en manos de alguien de brazos fuertes. En una ocasión, el maestro me había contado cómo un ashigaru, un soldado de a pie de la infantería, había descabalgado a un samurái partiendo las piernas de su caballo con un golpe de aquel arma.

—Vas a luchar contra demonios, ¿qué mejor que usar una de sus armas? —respondió Miyamoto sonriendo.

Ichiro cogió el kanabo y lo sostuvo en sus manos. Al entrar en contacto con él pude ver cómo un destello se encendía en sus ojos: se sentía poderoso.

—Sígueme —le indicó el maestro.

Los tres salimos de la pequeña pagoda. Miyamoto echó un vistazo alrededor, hasta que localizó una roca bastante grande.

—Colócate frente a ella —le ordenó.

Ichiro obedeció y posicionó sus pies a un brazo de distancia aproximadamente.

—Ahora quiero que cargues un golpe y lo lances contra la piedra con todas tus fuerzas.

Mi amigo levantó el kanabo por encima de su cabeza, agarrándolo firmemente con sus manos, y descargó un fuerte garrotazo sobre la piedra. Algunas chispas salieron despedidas del recubrimiento de metal del arma y un puñado de esquirlas y polvo se proyectaron a varios metros de distancia. Poco a poco, el polvo suspendido se disipó y observamos boquiabiertos el resultado. La roca se había partido como si una catana la hubiera cortado en dos con gran precisión. Ichiro posó el kanabo en el suelo y sonrió satisfecho.

—Tienes buenos brazos-exclamó el maestro. —¡Eres de temer, Ichiro Omura! Me

alegro de tenerte de nuestro lado.

La cara de mi amigo se iluminó. Estábamos preparados.

## XII. UN POEMA DE MUERTE



Parecíamos un simple grupo de peregrinos. Era el modo perfecto de pasar desapercibidos; de hecho, excepto el maestro, Ichiro y yo, el resto de miembros de nuestro pequeño ejército eran monjes de verdad. Antes de partir, Takeshi nos había entregado túnicas moradas y kimonos blancos para que nuestro propósito llegara a buen término. El maestro llevaba, además, su gran sombrero de paja de ala ancha: era el único que corría peligro de ser reconocido allá donde nos dirigíamos. Ichiro y yo, en cambio, nos habíamos decantado por uno más pequeño y cómodo, sujeto a la barbilla por una simple cuerda. Aun así, su borde nos cubría hasta las cejas.

En cuanto al armamento, cada uno de los monjes llevaba consigo su largo bastón, con la hoja de su naginata, supuse, oculta a la espalda, tal y como había podido comprobar cuando aquel grupo de ladrones nos había asaltado y Takeshi la había montado en un abrir y cerrar de ojos. El resto de las armas, incluidas las nuestras, iban ocultas entre nuestros enseres.

Habíamos cruzado la frontera de la provincia vecina a primera hora de la mañana y nos disponíamos ya a alcanzar Yonezawa. Era el punto más conflictivo de la ruta. La otra posibilidad suponía adentrarnos en el sur, dirigirnos al monte Kuriko por el paso de Kanayama, dejando Yonezawa a nuestra derecha, y alcanzar el monte Minowa; de ahí a los lagos Akimoto, Onogawa y llegar al extremo más al norte del Hibara, para encontrar el camino al paso de Funasaka, nuestro objetivo final, desde el sur. Semejante rodeo, sin embargo, nos hubiera llevado varios días. Tanto Miyamoto como Takeshi estaban de acuerdo: nos arriesgaríamos a cruzar Yonezawa. Era la ruta más lógica, y la más rápida. En breve íbamos a poner a prueba nuestro disfraz.

La ciudad estaba enclavada en un pequeño y apacible valle rodeado de montañas, lo que la protegía de los rigores más duros del invierno. Al igual que en la propia Senda;, los campesinos se afanaban en la plantación del arroz en los cientos de campos que se extendían a ambos lados del camino. La paz también había traído tranquilidad y prosperidad a las gentes de aquellas tierras. Los hombres sencillos

viven siempre sus días ignorantes de las disposiciones y maquinaciones de sus señores.

A medida que alcanzamos las primeras casas, la actividad se redobló con comerciantes trasladando sus mercancías de aquí para allá y gentes sumidas en sus quehaceres diarios. Las calles bullían de vida. Debíamos cruzar la ciudad por su mismo centro, sin abandonar el camino principal, hasta salir por su extremo sur y dar con el sendero que nos llevaría a Funasaka. Ichiro, el maestro y yo nos habíamos colocado justo en medio del grupo. Takeshi abría la marcha y Gonnosuke, el monje que nos había guiado hasta la presencia de Takeshi y su maestro en el monasterio, la cerraba. A la luz del día pude comprobar que su tamaño doblaba al del propio Ichiro. Además de ellos, otros dos monjes se habían ofrecido voluntarios para la misión: Tomoko, al que todos llamaban así por su sonrisa perenne y su cara afable, y Yumi, que tenía aproximadamente la misma edad que Miyamoto y cuyo nombre hacía referencia a su habilidad letal con el arco. Era delgado y con la cabeza algo grande para su cuerpo, lo que le daba el aspecto de un tallo de trigo maduro. De no ser por su robusto cuello, era hasta probable que se le hubiera ladeado irremediablemente hacia un hombro u otro. Todos ellos eran guerreros experimentados.

La gente se apartaba educadamente a nuestro paso y nos dedicaba leves inclinaciones de cabeza, a las que respondíamos con amabilidad. No podía quitarme de encima la sensación de que todos eran conscientes de nuestro embuste. Mis manos sudaban copiosamente y el corazón me latía desbocado. Traté de controlar mi respiración, como me había enseñado Ichimura, y centrar mi mirada en la espalda del maestro, que llevaba justo delante: saberle cerca era lo único que me tranquilizaba.

De repente, escuchamos una fuerte algarabía. Los transeúntes comenzaron a apartarse atropelladamente hacia los lados, dejando un pasillo en medio de la calle. Todos inclinaron entonces su cabeza y permanecieron con la vista fija en el suelo. Nos detuvimos y les imitamos para no llamar la atención. Traté de adivinar qué sucedía levantando un poco el ala de mi sombrero y descubrí a un jinete abriendo el paso a una comitiva. Tras él circulaba un palanquín con el símbolo del clan Uesugi, y, detrás del vehículo, una escolta a pie.

La carretilla de un comerciante precipitó entonces su carga justo frente a nosotros, haciendo que el caballo del samurái se encabritara y casi diera con él en el suelo. El animal se precipitó en nuestra dirección y me golpeó con el lomo. Traté de asirme a Ichiro para no caerme, pero fue inútil. El maestro se inclinó rápidamente para ayudarme y, entonces, lo vi. ¡Era Shiro Uchida! ¡Estábamos perdidos!

Miyamoto advirtió mi miedo y no apartó sus ojos de mí mientras terminaba de levantarme. Regresamos a la formación y permanecemos completamente quietos. Un error podía costarnos la vida. Uchida descendió al suelo de un salto y se dirigió hacia el tendero con la mano aferrada a la empuñadura de su sable. Pude ver el terror en el

rostro de aquel pobre hombre: ¡iba a decapitarle!

El acero brilló a medida que abandonaba su vaina en dirección a su cuello. Los hombres y mujeres que estaban a su lado se apartaron espantados al ver la temible hoja surcando el aire. Entonces, tronó un grito:

—¡Shiro!

Todos los presentes dirigimos la mirada hacia el lugar del que había provenido la voz. La puerta del palanquín se abrió y un hombre vestido con un lujoso kimono negro y verde descendió de él. La multitud prorrumpió en una exclamación apagada: ¡era el mismísimo Kagekatsu Uesugi, el daimio del clan!

La hoja del sable de Uchida se había detenido a escasos centímetros del cuello de su víctima. La mirada de Kagekatsu estaba clavada en él. Shiro Uchida envainó lentamente su catana y le hizo una reverencia. Antes de bajar su rostro, sin embargo, pude ver en él un fuerte sentimiento de contrariedad por no haber arrebatado aquella vida: sus ojos estaban sedientos de sangre. El señor Kagekatsu regresó al interior de su litera y el joven samurái recuperó las riendas de su montura de las manos de un soldado. Después, subió al caballo y reanudó la marcha.

Como si se hubiera levantado un encantamiento, todo el mundo retomó inmediatamente su actividad una vez la comitiva se hubo alejado. Varias personas se acercaron al comerciante cuya cabeza había estado a punto de rodar y se interesaron por él. El hombre seguía paralizado, incapaz siquiera de atender a ninguna de las palabras de ánimo que le dedicaban sus vecinos. Su rostro tenía el mismo color que el de una geisha maquillada con polvos de arroz.

Takeshi nos miró y comprobó que todos nos encontrábamos bien. Debíamos ponernos en marcha cuanto antes; no estaríamos a salvo mientras permaneciéramos en aquellas calles. Avanzábamos pesadamente entre el gentío y, casi sin saber cómo, nos encontramos frente al castillo. La calle torcía a la izquierda y rodeaba la fortaleza antes de recuperar su trazado recto. Nuestro daimio había nacido dentro de aquellas paredes.

Vi cómo el maestro levantaba la mirada mientras discutíamos cerca del puesto de guardia y pude sentir los recuerdos agolpándose en su interior. Durante muchos años había servido allí y habría despachado con él en sus aposentos o en la sala de audiencias del palacio en más de una ocasión. Sin embargo, nunca hablaba de aquello. Me hubiera gustado preguntarle dónde estaba su casa, aunque conocía de antemano cuál hubiera sido la respuesta: el silencio.

Nuestro objetivo era un pequeño templo a las afueras, una vez cruzado el paso, y esperar allí hasta la protección de la noche. Ahora discurríamos por un barrio pobre, morada sin duda de las clases más bajas de la ciudad. Las casuchas, a medio construir, se hacinaban unas pegadas a las otras, como si cada una dependiera de su vecina para sostenerse en pie. Cualquier trazado lógico había desaparecido por

completo; todo eran intrincados callejones por los que apenas cabía una persona. La suciedad de varios días se acumulaba en el suelo, junto a charcos de orines y basura. El hedor era insoportable. ¿Cómo podía alguien vivir así?

Ichiro se llevó las manos a la nariz y la boca y trató de no vomitar. Sus padres habían tenido suerte en los negocios y, debido a su relación con la familia del daimio, habían recibido permiso para habitar en un barrio destinado únicamente a samuráis. Al igual que yo, nunca había visto este tipo de pobreza y los dos quedamos profundamente impresionados. Algunos niños se acercaban a nosotros y nos tiraban de las ropas ante la reprimenda de sus padres; apenas iban cubiertos con harapos y parecían desnutridos. Los largos años de guerras habían pasado una enorme factura, y siempre azotaba a los más desfavorecidos. Vivíamos en una sociedad en la que las clases imponían barreras prácticamente imposibles de franquear, aunque algunos hombres como el anterior sogún hubieran alcanzado el poder máximo desde lo más bajo.

Hideyoshi Toyotomi era hijo de un campesino que había ejercido como soldado de a pie en el ejército del clan Oda. Su padre, un simple campesino, fue herido en batalla y tuvo que abandonar la vida militar. El joven Hideyoshi entró al servicio del gran samurái Nobunaga Oda como uno de sus portadores de sandalias y, paulatinamente, fue escalando posiciones dentro del clan, hasta convertirse en un hábil urdidor de estratagemas en la sombra como diplomático. Eso le valió acabar convirtiéndose en uno de los generales de mayor rango del propio Nobunaga, quien, en el fondo, le despreciaba como todos los demás por su origen y le apodaba «mono» o «rata calva». Tras el asesinato de su señor y de su hijo en el templo de Honnoji, Hideyoshi se adelantó a todos y vengó su muerte. Su ambición no tenía fin. Poco a poco, fue sometiendo a los generales de su propio clan y a otros daimios, hasta convertirse en el virtual amo de todo Japón. Sin embargo, debido a su humilde cuna no pudo ser declarado sogún por el emperador, por lo que se le nombró Regente Imperial. Fue él quien dictó la ley que prohibía portar armas a nadie que no fuera samurái, lo que obligaba a todos los campesinos a desarmarse para evitar posibles insurrecciones populares.

Tan conocida como su habilidad para gobernar, fue su crueldad. Tras la muerte de su primer hijo, Tsurumatsu, adoptó a su sobrino Hidetsugu como heredero. Sin embargo, tiempo después nació Hideyori, su segundo hijo. Toyotomi solucionó el problema condenando a Hidetsugu al exilio, primero, y ordenándole suicidarse más adelante. A todos aquellos miembros de la familia de su sobrino que no siguieron su ejemplo les mandó asesinar sin contemplaciones, entre ellos treinta y una mujeres y todos los niños.

Las últimas casas dieron paso a nuevos arrozales que se extendían hasta las primeras laderas de la cordillera del Ogasa. A partir de allí, el camino se estrechaba y

comenzaba a trepar en zigzag por el monte, apareciendo y ocultándose de modo intermitente entre los árboles. Lo habíamos conseguido: estábamos frente al paso de Funasaka.

Según los informes de Shinnosuke, la guarida de la única Verdad se encontraba en un pequeño pueblo de agricultores llamado Sekimachi, justo al otro lado. Todos deseábamos que sus indagaciones fuesen correctas; de lo contrario, nuestro viaje habría sido inútil y nuestra misión un completo fracaso.

Había sido también el anciano monje quien había sugerido que instaláramos nuestro cuartel general en un pequeño templo al otro lado de la montaña, nada más descender del paso. Nadie sospecharía de un grupo de peregrinos que aprovechaba el lugar para resguardarse y pasar la noche. Ese iba a ser nuestro cuartel general.

Comenzamos la ascensión con paso tranquilo. Todos tratábamos de ocultar los nervios que sentíamos en nuestros corazones. Giré la cabeza y pude ver la tensión en el rostro de Gonnosuke. Supuse que, al igual que él y que yo mismo, todos intuíamos la inmediatez del peligro. Sentí mi boca completamente seca y le pedí a Ichiro que me alcanzara su cantimplora de bambú. Al darse la vuelta para acercármela, observé su miedo. Su mano temblaba sin remedio. Agarré el recipiente y traté de sonreír para calmarle, aunque lo que buscaba realmente era espantar mi propio pánico.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a golpear nuestros sombreros nada más iniciar la ascensión. Poco a poco, la tormenta arreció y empezó a repiquetear también sobre el suelo, las hojas de los árboles y las rocas. Takeshi aceleró el paso. El cielo seguía completamente claro, sin rastro de una sola nube. Era como si la lluvia no proviniera de ninguna parte, sino que, sencillamente, se materializara en algún punto indeterminado sobre nuestras cabezas y se precipitara sin más contra nosotros.

A media subida, eché la vista atrás y observé la ciudad a lo lejos. Todo parecía en calma. El sol brillaba sobre los campos mientras varias figuras se afanaban aquí y allá protegiéndose del aguacero. Desde que habíamos salido de Yonezawa, no nos habíamos cruzado con nadie. Al parecer, aquella era una ruta muy poco transitada.

El gran sombrero del maestro le cubría toda la anchura de los hombros, protegiéndole por completo. El resto no teníamos tanta suerte y nuestras ropas comenzaban a estar caladas. Sin embargo, solo parecíamos notarlo Ichiro y yo; los demás avanzaban monótonamente, como si aquella inclemencia meteorológica no fuera con ellos.

El camino se había convertido en un manto de barro, haciendo que mis pies resbalaran en algunos puntos. Entonces noté la mano de Gonnosuke posándose sobre mi hombro. Me di la vuelta y vi que me ofrecía su bastón. Lo cogí y se lo agradecí con una pequeña sonrisa. Al volver la vista hacia delante me di cuenta de que se había abierto una pequeña brecha entre el grupo que capitaneaba Takeshi y cerraba el maestro y el que formábamos Ichiro, Gonnosuke y yo. Apoyé una mano en la espalda

de mi amigo y le empujé como si con ello fuera a imprimirle la velocidad que le faltaba. La cima estaba ya cerca.

La lluvia arreciaba por momentos. Recordé entonces el día en el que conocimos a Takeshi. También en aquella ocasión una fuerte tromba de agua nos había sorprendido descendiendo por la escalera tallada en la roca que conducía a casa del maestro Ichimura. Las tormentas parecían acompañarle irremediablemente cada vez que emprendía un camino, pensé. El agua comenzaba a circular con fuerza por las grietas del suelo, que la llevarían hasta el pequeño valle de Yonezawa. Era probable que los diminutos campesinos que había visto al volver la vista atrás se estuvieran afanando en reforzar los diques de sus arrozales para protegerlos del exceso de agua. Muchas veces, lo mismo que te da la vida, te la arrebatata.

Finalmente, coronamos el monte e iniciamos el descenso. Mientras transitábamos ladera abajo pudimos observar un nuevo y minúsculo valle en el que se alzaba una pequeña población rodeada de campos. Era Sekimachi. El pueblo parecía una minúscula isla atrapada en medio de las imponentes laderas que la constreñían. La tierra debía de ser muy fértil allí, tanto como el peligro de inundaciones.

Pequeños penachos de humo salían de los tejados de las casas. No eran más de cinco o seis cabañas humildes, de una sola planta, típicas de campesinos. Lo primero que pensé fue que parecía un lugar ideal para esconder una guarida. Sólo existían dos rutas de acceso: por la que ahora discurríamos y otra que accedía desde el sur. Ambas era fáciles de defender con pocas fuerzas. El resto del terreno era una barrera natural de bosques frondosos, riscos, peñas y barrancos. Claro que eso suponía también que no existía escapatoria alguna en caso de verse atacado por ambos pasos a la vez. Lo que sí era seguro era que nuestra presencia habría sido detectada ya por los aldeanos y, probablemente, por el propio enemigo. Aunque quizás aquella persistente lluvia que amenazaba con traspasar ya hasta nuestra piel se había convertido, sin quererlo, en nuestro mejor aliado. Con un poco de suerte todo el mundo estaría a resguardo en sus casas y nadie habría advertido nuestra llegada.

La bajada nos llevó casi el doble de tiempo que la subida. El suelo estaba completamente empapado, por lo que tuvimos que extremar la precaución al máximo. No alcanzaba a imaginar cómo debía de ser transportar las cosechas al mercado de Yonezawa por aquel pequeño sendero, primero pendiente arriba, después monte abajo.

Alcanzamos nuestro destino al atardecer. El templo era minúsculo y apenas había espacio para resguardarnos a todos de la lluvia. La construcción no había sido reparada en años y el tejado filtraba agua por varios puntos. Dejamos nuestra carga en el suelo y nos sentamos a descansar, absolutamente exhaustos. Casi inmediatamente, sin embargo, el maestro nos ordenó a Ichiro y a mí salir a buscar leña para encender un fuego.

—Pero así delataremos nuestra posición... —señalé. Mi respuesta, sin embargo, expresaba más una queja que realmente una indicación táctica.

—Eso es precisamente lo que quiero. A estas alturas ya saben que estamos aquí, de modo que debemos hacer que sigan pensándolo —contestó.

Traed un tronco grueso y también algunas ramas algo más largas, de la anchura de tus brazos extendidos —añadió Takeshi en dirección a Ichiro—. Necesitaremos diez como mínimo.

Mi amigo y yo salimos del templo y recorrimos los alrededores en busca de cualquier cosa que pudiera servir a nuestros propósitos. La lluvia seguía cayendo con insistencia. En semejantes circunstancias, sería prácticamente imposible prender una llama; aun así, cumplimos con nuestra misión. Las primeras estrellas comenzaban a asomar en el firmamento y la gigante sombra de la montaña por la que acabábamos de descender avanzaba poco a poco sobre los campos.

Al cabo de un rato, regresamos al pequeño templo. Ichiro cargaba en sus brazos un montón de ramas y un gran tronco partido. Visto de lejos parecía como si trasladara en volandas a una pesada muchacha. Se arrodilló y dejó su carga en el suelo. Yumi y Gonnosuke comenzaron a seleccionar los tallos más largos, amontonándolos en una esquina.

—Desnudaos —nos ordenó el maestro.

Los dos nos miramos, incrédulos. En ese instante vimos cómo el propio Miyamoto y Takeshi comenzaban a quitarse sus ropas, al igual que el resto de los monjes. Al observar nuestra expresión de sorpresa, Gonnosuke esbozó una sonrisa.

Vamos, ¿a qué esperáis? —insistió Takeshi.

—Quizá necesitan ayuda —terció Tomoko con cierta sorna.

Miré a mi amigo y comencé a quitarme la ropa. Había refrescado y estábamos calados, por lo que, en cuanto nuestra piel quedó expuesta, comenzamos a tiritar. Al ver a Miyamoto y a los demás prácticamente desnudos, me di cuenta de los terribles rastros que distintas batallas y enfrentamientos habían dejado en sus cuerpos. Todos mostraban cicatrices más o menos feroces aquí y allá, recuerdos de la propia fragilidad del ser humano y de la crueldad de espíritu que era capaz de alcanzar. Nuestra piel, sin embargo, era blanca y tersa. Ichiro y yo enrojecimos sin poder evitarlo.

Takeshi se afanaba ahora en prender la pequeña hoguera. Había dejado el tronco aparte, a la espera de que, más adelante, cumpliera con su cometido. Me fijé entonces en Gonnosuke y en Tomoko. Habían armado una especie de estructura entrelazando entre sí las ramas más largas. En alguna ocasión había observado a algún campesino hacer algo parecido. Le ponían un kimono viejo encima y lo plantaban en medio de un campo durante la siembra, para espantar a los pájaros que acudían a picotear.

Poco a poco, cubrieron cada esqueleto con los kimonos de los que nos habíamos

desprendido. Yumi había sacado ropas nuevas de uno de los arcones de mimbre que llevábamos y comenzó a repartirlas. Todas eran negras, como las que vestiría un ninja para confundirse con la noche. También había sacado nuestras armas y las había dispuesto ordenadamente en el suelo. Takeshi y Tomoko habían escogido su naginata y sendos sables; Gonnosuke, por su parte, era un experto en el manejo de la lanza. Al prestarme su bastón durante el ascenso había advertido que tenía un grosor considerable. Ahora veía por qué: su yari, además de contar con una afilada punta rematada con dos astas de acero, estaba reforzada con láminas de metal para bloquear los cortes; de ellas sobresalían, a su vez, varios ganchos destinados tanto a inutilizar las hojas de las catanas de sus rivales como a prender cualquier parte de su cuerpo. La parte inferior estaba rematada con una pequeña bola metálica, lo que le permitía atacar no únicamente con un extremo, sino con ambos. Era un arma temible. Yumi, por su parte, era experto en el manejo del sai, que utilizaba a la perfección con ambas manos; por eso siempre cargaba con dos. Junto a ellos reposaba una aljaba llena de flechas con distintos tipos de puntas, simples y dobles, y su inseparable arco. También descansaban allí el sable del maestro y su wakizashi, que llevaría yo, además de la catana que Miyamoto había seleccionado para mí y el kanabo de Ichiro.

Takeshi logró finalmente encender el fuego. Poco a poco, el calor nos reconfortó. Era ya noche cerrada y tan solo se escuchaba el sonido de la lluvia golpeando rítmicamente el tejado de paja.

—Es la hora —indicó dirigiéndose a Yumi.

El arquero asintió con la cabeza, cogió sus armas y salió del templo, desapareciendo inmediatamente en la oscuridad. El maestro y el monje habían acordado enviarle a reconocer el pueblo y sus alrededores: nunca entables una lucha sin dominar el terreno en el que va a librarse. En ese caso, es preferible posponer el combate o forzar que tenga lugar en otra parte. Era lo que había hecho el maestro en el lago.

Mientras esperábamos, Takeshi ayudó a sus compañeros a terminar las siluetas que harían de nosotros en nuestra ausencia. Mantener la mente ocupada hace que no pienses en la batalla. El maestro sacó entonces un tintero, diversos pinceles y unas hojas de nuestra maleta, y se sentó a mi lado.

—Debes escribir tu poema —pronunció solemnemente. Después se sumió en el silencio más absoluto frente a su propio papel.

El pensamiento de que podía morir aquella noche hizo que me invadiera una gran desazón. ¿Qué escribir si apenas había vivido aún? Miyamoto comenzó a trazar símbolos con tranquilidad y fluidez mientras Ichiro nos observaba en riguroso silencio.

—Maestro —interrumpió de repente—: ¿Puedo?

Miyamoto le miró durante unos instantes y después le acercó papel y pincel. En

mi interior se agolpaban cientos de pensamientos a la vez: mi madre, mi padre, el propio Ichiro, Kumico, la misión y todo lo que había visto en aquellos días. También la muerte, la mía propia y la que había arrebatado. Y el miedo. Respiré hondo y traté de vaciar mi ánimo de todo.

Poco a poco, mi mano comenzó a moverse como si algo en mi interior se hubiera apoderado de ella. Las palabras acudieron a mi mente una a una, claras. Al acabar, solo sentía paz. Levanté el papel y miré lo que había escrito:

*Noche de lluvia*  
*Las flores se marchitan*  
*Ya sin remedio*

Dejamos nuestros poemas guardados entre nuestros enseres, deseando que nadie los leyera jamás, y nos sentamos alrededor del fuego. Takeshi y Gonnosuke meditaban profundamente. El silencio era absoluto, hasta el punto de que miré por la ventana para comprobar que seguía lloviendo.

En ese instante escuchamos un sonido que provenía del exterior. El maestro agarró su catana y se puso en pie, listo para desenvainar. Una silueta surgió de la oscuridad y se acercó a la puerta: era Yumi. Se detuvo en la entrada y sacudió con fuerza la capa que le protegía del aguacero. Estaba completamente empapado y la expresión de su rostro era de cierto desasosiego.

—Pasa algo extraño —dijo.

—¿A qué te refieres? —inquirió Miyamoto.

—Me acerqué sigilosamente hasta una de las casas. Había luz dentro y la lumbre estaba prendida, pero al mirar por la ventana, vi que estaba completamente vacía. Después fui a otra y sucedió lo mismo. ¡Todas están vacías!

—¿Quieres decir que no hay nadie en todo el pueblo? —intervino Takeshi.

—Así es.

—Se habrán escondido al vernos llegar —señaló Tomoko.

Yumi negó entonces con la cabeza.

—Lo más extraño de todo es que no creo que nadie viva en esas casas. ¡Quiero decir que nunca! —trató de aclarar—. Todo parecía, no sé... demasiado en su sitio.

—Pero los campos están sembrados —afirmó Gonnosuke—. Me he fijado mientras descendíamos. Alguien habrá tenido que ararlos, plantarlos e inundarlos, ¿no?

—Nuestro enemigo utiliza nuestras mismas tácticas. Es probable que nos esté observando y quiera ofrecer la apariencia de lo que no es, al igual que nosotros. Todo el pueblo es una mentira —sentenció Miyamoto—. Quizás se escondan bajo tierra, como en Iwadeyama.

—¿Y nadie ha sospechado nunca nada? —exclamó perplejo Tomoko.

—¿Quién se molestaría en venir hasta aquí si no es de aquí? Esto está apartado de todo y es probable que esté aislado por la nieve buena parte del año —respondió Takeshi.

—¡Algún funcionario del gobierno del clan al menos! —replicó Gonnosuke.

—La Única Verdad se infiltra a todos los niveles allá donde va. Probablemente tengan a alguien dentro —señaló Miyamoto—. Ahí tienes tu explicación.

El maestro se puso en pie: había llegado el momento. Takeshi arrojó el tronco que habíamos traído al fuego para asegurarse de que duraría encendido durante nuestra ausencia, mientras Tomoko y Gonnosuke ponían en pie las ramas que sostenían los kimonos y las clavaban en las cestas de mimbre. Quizás fuera cierto que el enemigo estaba ya al tanto de nuestra visita y nuestras intenciones. O quizás no.

Descendimos por el camino que conducía al pueblo mientras nuestros ojos se acostumbraban poco a poco a la oscuridad. En esta ocasión, era Miyamoto quien abría la marcha. Al llegar a la altura del primer campo de arroz, se desvió y enfiló por uno de los pequeños diques de tierra que los separaba. Atacaríamos por uno de los flancos.

El agua de la lluvia creaba miles de burbujas al golpear con fuerza la superficie de los arrozales. Avanzábamos pesadamente de dique en dique, con nuestros pies hundidos en el barro, lo que nos exigía un esfuerzo cada vez mayor. Pensé entonces en lo difícil que debía de ser para Takeshi. El monje, sin embargo, avanzaba con paso resuelto: su espí ritu era firme y su fuerza de voluntad, absolutamente férrea. Alcanzamos el dique del último campo sin oposición alguna. Todo estaba inusualmente tranquilo.

Un extraño silbido alteró la monotonía regular de la lluvia. Yumi fue el primero en darse cuenta de lo que sucedía. Una flecha impactó en el muslo de Gonnosuke, haciendo que se trastabillara. Su cuerpo cayó a un arrozal y quedó completamente cubierto por unos instantes. Casi de inmediato, Yumi armó su arco y disparó uno de sus dardos hacia la oscuridad mientras Tomoko descendía de un salto y agarraba por el kimono a su compañero herido, tratando de sacar su cabeza del agua. La cara de Gonnosuke, completamente cubierta de barro, estaba contraída en una mueca de dolor.

—¡Estoy bien! —rugió al cabo de unos instantes, mientras luchaba orgulloso por liberarse de la mano que le había prestado ayuda.

Una nueva flecha apareció de la nada trazando una estela entre las gotas de lluvia que golpeaba a medida que volaba hacia nosotros. El maestro desenvainó su sable y la cortó de un solo y certero tajo. Yumi armó su arco de nuevo y disparó en la dirección exacta de la que había provenido. Al cabo de un segundo, escuchamos un quejido sordo y lejano. ¡Había dado en el blanco! Me giré hacia él para felicitarle y le

vi cargar su arma y soltar un nuevo proyectil hacia un punto indeterminado de la oscuridad. ¡Sus ojos estaban completamente cerrados! Había hincado su rodilla en la tierra y tomaba flechas de su carcaj sin descanso. Una tras otra, las colocaba en su arco, lo tensaba mientras parecía escuchar la respiración lejana de un blanco invisible y las soltaba hacia su destino.

Los primeros gritos comenzaron a abrirse paso mucho antes de que pudiéramos ver a quienes los proferían. De repente, una silueta se materializó a unos metros de nuestra posición. Un encapuchado corría hacia nosotros armado con una lanza; un metro tras él se materializó otro, y des pués otro, y otro más. Parecían surgir de la nada, como si la propia noche tomara de repente forma humana. Una de las flechas de Yumi alcanzó al primero en el pecho, derribándolo de espaldas. Hasta ese momento no fuimos conscientes del número de hombres que corrían hacia nosotros. ¡Eran decenas!

El maestro y Takeshi saltaron a tierra firme. Gonnosuke, que ya se había incorporado y sujetaba de nuevo su yari con fuerza, les secundó casi de inmediato, al igual que Tomoko, que permanecía a su lado. La figura del gran monje, con la flecha aún clavada en su muslo, infundía terror. Yumi seguía derribando enemigos sin pausa; su carcaj, sin embargo, estaba ya prácticamente vacío. Entonces lo comprendí. Miyamoto había decidido cruzar los campos no únicamente para sorprender al enemigo por un flanco, sino también para evitar que pudiéramos caer en una emboscada y ser rodeados por él, dotando a nuestra propia retaguardia de una barrera natural. Ichiro y yo debíamos permanecer allí para avisar en el improbable caso de que alguien tratara de cercarnos. Trataba de protegernos.

Todos conocíamos perfectamente la identidad de los encapuchados que nos atacaban: eran los sirvientes del sacerdote de la única Verdad, con sus caras partidas. Hasta el momento, sin embargo, no había rastro alguno de ningún tipo de yokai. Tanto el sable de Miyamoto como mi espada corta permanecían en su estado normal. ¿Acaso su líder, alertado por nuestra presencia, había escapado?

El maestro echó a correr de frente contra el enemigo. Como una ola que rompe furiosa contra las rocas, acabó uno a uno con los primeros hombres con los que se topó. Cruzaba la espada de lado a lado, esquivando las estocadas de sus lanzas y sables y derribándolos con un firme y preciso corte diagonal.

Los enemigos llegaban ahora en tromba. Takeshi cubría el flanco derecho, y Gonnosuke y Tomoko el izquierdo. Yumi lanzó su última flecha y se unió a ellos con los sais en la mano. Takeshi levantó su naginata y cortó en dos la lanza con la que uno de los sirvientes trataba de herirle; después, cambió la dirección de su arma como si fuera un remo y le golpeó en la cara con el otro extremo, rompiéndole la mandíbula. El segundo no tuvo tanta suerte. El arma del monje describió una parábola completa sobre su cabeza y le segó la vida en su camino de descenso. No

hacía ningún movimiento inútil; cada gesto, cada ir y venir de su larga y mortífera arma tenía un sentido y un propósito. Cada giro hacía crecer su velocidad y su energía, como si, una vez puesta en marcha, cobrara vida propia. El maestro me había enseñado que el final del recorrido de un golpe no era sino el principio del siguiente, y así sucesivamente hasta acabar el combate. Viendo pelear a aquel pequeño hombre olvidabas por completo su pierna tullida.

Gonnosuke, por su parte, lanzaba estocadas veloces como aguijonazos con su yari. Al igual que Takeshi, no había parte de su arma que no usara de forma letal. En ese momento, un nuevo encapuchado se abalanzó sobre él. Llevaba la catana armada sobre su cabeza, dispuesto a dibujarle una cicatriz como la que él mismo lucía en su rostro. El monje bloqueó su corte descendente antes incluso de que empezara a ejecutarlo, atrapando su muñeca con uno de los ganchos afilados de la punta. Después, deslizó el palo por sus manos para cargar un golpe con el extremo contrario. El ataque impactó en su pecho, justo a la altura de su esternón, provocando un crujido seco. El pobre infeliz se desplomó sin saber qué había sucedido.

El estilo de lucha de Tomoko con la naginata era algo diferente al de Takeshi. Al advertir la carga frenética de los primeros hombres, había comenzado a voltearla sobre su cabeza sin desplazarse de su sitio. Al cabo de unos segundos, la velocidad con la que la movía era tal que el arma parecía estar en todas partes a la vez. Según la dirección de la que proviniera cada enemigo que osaba acercarse a él, inclinaba ligeramente su cuerpo y descargaba un golpe tras otro derri bándolos sin piedad. Parecía imposible penetrar en el espacio letal que había creado a su alrededor, daba igual desde qué dirección lo intentaras.

La destreza de Yumi con los sai no era menor que con el arco. Le bastaban únicamente dos movimientos para despachar a cada enemigo que se cruzaba en su camino. Su cuerpo basculaba de lado a lado al ritmo de su cadera, con el ombligo, siempre bajo, como centro del universo. Jamás había visto manejar un sai con semejante destreza: bloqueaba primero el arma de su enemigo con uno de ellos, atrapándola con la ayuda de los ganchos e inutilizándola con un giro de muñeca para, acto seguido, abrir su guardia y asestar su golpe definitivo con el otro.

Poco a poco, los enemigos dejaron de llegar. El maestro derribó al último de un corte preciso en el estómago. ¡Habíamos ganado! Me fijé en él, en Tomoko, Takeshi, Gonnosuke y en Yumi: ¡eran los mejores guerreros que había visto jamás! A sus pies yacían los cuerpos inconscientes, heridos o muertos del enemigo.

—Ha sido demasiado fácil —gruñó entonces el maestro—. Eran simples sirvientes. Los han usado únicamente para comprobar nuestras fuerzas.

Takeshi, Yumi y Gonnosuke asintieron, mostrando su acuerdo. Ichiro y yo nos miramos, perplejos. ¿Acaso significaba que lo que acababa de suceder había sido una simple escaramuza? Todo había regresado a la calma más absoluta.

—Aquí fuera somos vulnerables. Debemos encontrar la entrada a la guarida cuanto antes —añadió Miyamoto.

Nos dirigimos entonces hacia la zona de las casas. Todas estaban dispuestas alrededor de una pequeña plaza, que en realidad era más bien un simple descampado, a la que daban todas las puertas de entrada. El maestro miró alrededor. Nada de lo que podía observarse a simple vista sugería que aquella aldea no fuera lo que pretendía ser: un pequeño pueblo de campesinos. Aquí y allá podían verse distintos tipos de aperos de labranza, carretillas, cestos y sacos de semillas. Sin embargo, Yumi tenía razón: todo era demasiado perfecto, como si fuera un decorado cuidadosamente construido para una obra de kabuki.

—Es probable que la entrada esté situada en una de las casas. Debemos dividirnos —sugirió Takeshi.

El monje se dirigió a la primera construcción a su izquierda; Gonnosuke fue a la siguiente y Yumi y Tomoko a las más alejadas.

—Vosotros dos permaneceréis juntos —nos ordenó Miyamoto—. Tened cuidado.

Ichiro yyo asentimos. El maestro se dirigió entonces hacia la segunda casa de la derecha y nosotros entramos en la que quedaba más cercana a nosotros. Nada más entrar, en el genkan, descubrimos tres pares de sandalias: unas de hombre, otras de mujer y las de un niño pequeño. Miramos nuestros pies, completamente cubiertos de barro, y decidimos descalzarnos.

Lo primero que llamó nuestra atención fue que la lumbre de la cocina estaba encendida; sin embargo, no había ningún recipiente colgando sobre el fuego ni olía a comida. Durante unos segundos disfrutamos del agradable calor que nos envolvió y de la ausencia de lluvia golpeando insistentemente nuestras cabezas y hombros.

—Está claro que alguien tiene que haberla encendido —señalé mirando en dirección al rectángulo del suelo, lleno de ascuas brillantes.

Recorrimos la estancia tratando de hallar algo que pudiera asemejarse a una trampilla. El suelo, sin embargo, parecía firme. Levantamos una a una todas las láminas del tatami, por si alguna ocultara un acceso secreto; pero no encontramos nada. Tanteamos después cada una de las tablas de madera que conformaban el suelo bajo las planchas de paja de arroz, pero tampoco ninguna de ellas parecía suelta.

La fusuma que separaba la sala de estar del dormitorio estaba cerrada. La descorrimos lentamente, como si temiéramos despertar a los dueños de la casa, y entramos. En el suelo había dos futones desplegados, uno grande y otro más pequeño, cada uno con su edredón y su almohada correspondientes. Era como si la familia que habitaba la casa acabara de extender las camas para disponerse a dormir, pero, al oírnos, se hubiera desvanecido de repente.

La decoración se limitaba a un gran arcón de madera situado junto a la cama principal y al oshüre para guardar los futones. Las paredes estaban completamente

desnudas, como las del ima que acabábamos de inspeccionar; ni siquiera un pequeño altar o una simple caligrafía.

Apartamos los lechos y levantamos de nuevo el tatami, pero fue inútil. Ichiro se acercó al arcón, lo abrió y sacó un par de kimonos doblados en busca de un posible fondo falso. Nada. Únicamente nos quedaba por inspeccionar el baño, una pequeña caseta pegada a la vivienda principal a la que se accedía por el exterior.

Regresamos a la entrada para recuperar nuestras sandalias. Al volver al genkan, eché la vista atrás: a pesar de habernos descalzado, habíamos dejado huellas y rastros de barro y agua por todas partes. Sentí una punzada de vergüenza al recordar los enfados de la vieja Ichi cuando en alguna ocasión entraba en casa procedente de la calle y olvidaba descalzarme, dejando la marca de mi delito perfectamente visible sobre el tatami.

El pequeño baño estaba en la parte trasera y consistía en un simple retrete formado por una especie de cofre cerrado con una tabla de madera. Era una construcción simple y tosca, hecha con tableros apenas sin cepillar.

—Yo ahí no miro —protestó Ichiro en cuanto abrí la puerta.

—¿Tienes miedo? —repliqué con cierta socarronería.

A mí tampoco me hacía mucha gracia pensar en lo que pudiera encontrar en el interior. Levanté la tapa y asomé la cabeza. Estaba limpio. De hecho, nadie lo había usado desde que se había construido.

En ese instante, un grito se abrió paso entre el rumor constante de la lluvia. Al igual que nosotros, el maestro, Takeshi, Gonnosuke y Yumi salieron corriendo de cada una de las casas que les había tocado inspeccionar. Todos estábamos de pie en la plaza. Nos miramos desconcertados. ¿Dónde estaba Tomoko? Giramos la cabeza hacia la cabaña a la que se había dirigido el monje. Una figura se recortó en la puerta y descendió el escalón sobre el que descansaba el pequeño edificio: era él. Avanzó un paso hacia nosotros y alzó su brazo derecho como si tratara de advertirnos de algo. De repente, cayó desplomado.

—¡Tomoko! —bramó Gonnosuke. El monje echó a correr hacia él, pero Takeshi le detuvo interponiendo su brazo.

—¡Quieto!

Una nueva silueta apareció entonces en la puerta. Una capa ocultaba completamente sus rasgos, dándole un aspecto fantasmal. Empuñaba un sable en su mano derecha y el acero desnudo refulgía con la luz que provenía del interior de la cabaña. Estaba teñido de rojo. Descendió el escalón con un paso largo y firme y afianzó sus pies en el barro, junto al cuerpo de Tomoko. La lluvia hizo que la sangre resbalara lentamente por la hoja y goteara en el suelo, hasta quedar completamente limpia. Casi inmediatamente, una segunda figura ocupó su puesto.

—Bienvenido a mi casa, Miyamoto —pronunció el recién aparecido con enorme

frialdad.

El maestro entrecerró sus ojos. En aquel instante tuve la certeza de que sabía perfectamente quién era. Lentamente, comenzó a levantar sus brazos a ambos lados, como si quisiera apaciguar a una multitud invisible, y los juntó de golpe frente a su pecho con una fuerte palmada. Casi de inmediato, sentí una punzada de dolor en el rostro. Me llevé las manos a la cara y me di cuenta de que mi cicatriz comenzaba a iluminarse.

—¡Aki! —exclamó Ichiro.

Todos sabíamos lo que estaba a punto de suceder. No había duda: ¡aquel encapuchado era el sacerdote de la Única Verdad! Comenzó a mover sus brazos lentamente, como si ejecutara un preciso baile. A medida que su coreografía avanzaba, una extraña y densa niebla se materializó frente a él. Parecía moldearla y dotarla de vida con sus dedos. Cuando hubo alcanzado el tamaño de una gran linterna de papel, introdujo una de sus manos en su interior y arrancó un pequeño jirón. Durante un instante, lo sostuvo sobre su palma justo antes de lanzarlo a un lado de la casa.

Casi al instante, escuchamos un terrible gruñido. Poco a poco, la silueta de un enorme perro surgió de la oscuridad. ¡Era un inugami! Sus ojos brillaban como dos ascuas encendidas y sus dientes eran del tamaño de puñales. Repitió el mismo gesto y lanzó un nuevo pedazo de aquella niebla espectral en dirección al otro lado de la cabaña. Un nuevo inugami se materializó de inmediato. Ambos permanecieron quietos, mostrando sus enormes colmillos a la espera de que su señor les diera la orden de atacar.

Se decía que para convocar y dominar a aquellos espíritus había que enterrar a un perro hasta el cuello y dejarle comida cerca del hocico, pero sin posibilidad de que la alcanzara, hasta que el animal muriera. Entonces, se le cortaba la cabeza y pasaba a ser un inugami. El onmyouji que realizaba el sacrificio debía conservarla para asegurarse la obediencia ciega del perrodemonio. Era un acto de crueldad extrema. Con un suave gesto de sus manos hizo avanzar a ambos yokais hasta situarse al lado del encapuchado que había matado a Tomoko. No había ninguna duda: era su aprendiz. El ataque era inminente.

El maestro desenvainó su sable y se situó justo frente a ellos. Al igual que sucedía con mi espada corta, su acero estaba ya incandescente y los símbolos impresos en él eran perfectamente visibles.

—También nosotros nos volvemos a encontrar, viejo —pronunció el hombre de la catana mientras se desprendía de su capa.

¡Era Shiro Uchida! ¡No podía creerlo! Levantó su sable hasta situarlo a un costado de su cuerpo y se puso en guardia. En sus ojos vi el mismo odio y sed de sangre que había observado aquella mañana.

—Esta vez, sin embargo, nada podrá salvarte.

—Como ya sabes —dijo entonces el sacerdote—, mi joven amigo es algo impaciente y aún le queda mucho por aprender. Su espíritu, sin embargo, es bellamente cruel y su determinación no conoce límites. Cometí un error al dejarle enfrentarse a ti sin estar preparado. Ahora, sin embargo, ha llegado el momento.

A un gesto de sus manos, ambos inugamis echaron a correr como si hubiera liberado las correas invisibles que los retenían hasta ese instante. El primer demonio se abalanzó sobre el maestro de un gran salto. Miyamoto esquivó su feroz dentellada y descargó un golpe de sable a su costado. El animal aulló al sentirse herido y cayó rodando por el suelo. Ambos sabíamos, sin embargo, que hasta que no le cortara la cabeza, no sería capaz de romper el hechizo.

Aprovechando el ataque, Uchida arremetió contra él. Su acero rasgó furioso la lluvia en busca de su objetivo. Miyamoto apenas tuvo tiempo de girarse y tratar de esquivarlo, pero fue inútil. Justo cuando el sable del joven samurái se disponía a herirle mortalmente, el yari de Gonnosuke bloqueó el golpe. El monje recogió inmediatamente la lanza y prendió la muñeca de Uchida con uno de los ganchos. El samurái trató de liberarse dando un gran paso atrás, lo que Gonnosuke aprovechó para golpear con fuerza una de sus rodillas y derribarle de espaldas en el barro.

El segundo inugami venía directamente hacia Ichiro y hacia mí. Desenvainé el wakizashi y me puse en guardia. El demonio se acercaba con sus mandíbulas abiertas, dispuesto a devorarme. Era como si el acero de mi sable corto le señalara sin ningún tipo de duda su objetivo. Debía herirle y tratar de cortarle la cabeza de inmediato. Sin embargo, mi hoja era demasiado corta... ¡No lo conseguiría! Entonces, justo cuando volaba hacia mi cuello, la naginata de Takeshi se hundió en su costado y lo proyectó a varios metros de distancia. El animal emitió un aullido atronador. Clavó sus garras en el suelo y se puso en pie de nuevo, desafiante.

—¡Debo cortarle la cabeza; si no, no servirá de nada! —grité mientras veíamos atónitos cómo la herida que le había infligido el monje se cerraba poco a poco.

Gonnosuke y Uchida estaban ahora frente a frente. El samurái se había levantado de un salto y el monje le mantenía a distancia con su lanza. Los músculos de su rostro estaban tensos. Prometía ser un combate colosal. El maestro, por su parte, se preparaba para un nuevo ataque del inugami. Esta vez, sin embargo, no podía fallar. Los ojos del animal estaban fijos en él. Ambos permanecían inmóviles, estudiándose. A diferencia de lo que había sucedido con el yokai que me había atacado a mí, la herida abierta por el maestro en el lomo del suyo derramaba sangre a borbotones.

El sacerdote de la única Verdad observaba la refriega desde su posición. Parecía enormemente satisfecho. Yumi agarró firmemente sus sai y se lanzó a la carrera contra él.

—¡No! —gritó Miyamoto.

Demasiado tarde. El monje corría hacia su objetivo con gran decisión. El sacerdote extendió suavemente su brazo, con la palma abierta hacia fuera, y lo detuvo en seco. Yumi trataba de avanzar con todas sus fuerzas, pero sus intentos eran absolutamente inútiles. Poco a poco, el onmyouji comenzó a elevarle por los aires como a un títere de Bunraku y lo lanzó contra la pared de una de las casas. El cuerpo del monje impactó en la madera con enorme brutalidad y cayó al suelo ya sin vida, en una postura imposible.

Sentí cómo el odio crecía en mi interior. La cicatriz de mi rostro hizo que un intenso resplandor azul rodeara totalmente mi cabeza alimentado por mi ira.

Ichiro y Takeshi avanzaban hacia el inugami desde ambos flancos.

—¡Ahora! —grité con todas mis fuerzas.

Ambos arremetieron al unísono contra él. El monje hundió de nuevo su naginata en su costado e Ichiro le golpeó con la punta roma de su garrote. Al sentirse atrapado, el animal comenzó a girar su cabeza tratando de alcanzar sus armas y liberarse. Sabía que no podrían sujetarle durante mucho tiempo, así que debía actuar de inmediato. Sin pensármelo, desenvainé mi espada larga y me arrojé contra su cabeza, clavándosela en la parte inferior de la mandíbula. El acero le atravesó la boca y el cráneo, lo que me permitió inmovilizarle el tiempo suficiente para descargar varios machetazos a su cuello con el wakizashi. Sus ojos brillantes se apagaron poco a poco y su cuerpo estalló en una gran nube negra. Su cabeza cayó al suelo, absolutamente inerte. ¡Lo habíamos logrado!

Miyamoto seguía frente al otro inugami. El animal había probado su acero y el dolor se reflejaba en sus ojos. El maestro esperaba su siguiente ataque, consciente de que un paso en falso podía costarle la vida. Los dos sabían que todo acabaría en aquel encuentro. Miyamoto retrasó ligeramente su pierna derecha y pegó su sable a la cadera, con la hoja apuntando hacia atrás. Trataba de ocultar su arma para que el yokai no pudiera intuir su siguiente golpe. El perro asentó sus piernas traseras en el barro y flexionó ligeramente las delanteras, bajando su pecho y cabeza. Sus orejas estaban echadas hacia atrás y su boca abierta, con la lengua asomando entre los dientes.

Finalmente, se lanzó contra Miyamoto como una centella. El maestro se mantuvo firme en su sitio. La mandíbula del perro estaba ya a escasos centímetros de su cuello cuando retrocedió su pierna izquierda, giró sus muñecas, colocando el filo de su sable hacia arriba, y ejecutó un firme golpe ascendente. La hoja rebanó el cuello del animal, separando de un solo tajo la cabeza del tronco. Al igual que había sucedido con el otro inugami, su cuerpo se desvaneció de inmediato.

Gonnosuke y Uchida seguían frente a frente, desplazándose hacia uno y otro lado como si oscilaran en torno a un punto central invisible. El samurái era consciente de que el sohei era un experto con aquella arma y estudiaba la manera de penetrar su

guardia. El monje le lanzó entonces una estocada al pecho. Uchida la esquivó armando el sable sobre su cabeza y partió en dos su yari de un firme tajo. Inmediatamente después, dio un gran paso hacia él y realizó un rapidísimo corte diagonal. El acero rasgó el kimono y la piel del monje como si cortara papel. Era el mismo golpe con el que había acabado con el ronin en la aldea. Gonnosuke cayó de rodillas, mortalmente herido. Uchida giró entonces sus muñecas en el aire, desplazó su cadera para imprimirle toda la fuerza de la que era capaz y descargó la hoja de su sable sobre el cuello del monje. La cabeza de Gonnosuke se separó del cuerpo ante nuestra mirada de impotencia. Una leve sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro del joven samurái.

—Ha llegado tu turno —dijo señalando desafiante al maestro con su catana ensangrentada.

Miyamoto avanzó un paso hacia el joven samurái y, de repente, se desplomó. Apoyó la punta de su sable en el suelo y trató de incorporarse. Corrí hacia él para ver qué sucedía. Al colocar mi mano en su costado descubrí la terrible herida. En su último ataque, el inugami le había alcanzado con una de sus garras profundizando casi hasta sus costillas.

Yo ocuparé su lugar —pronuncié entonces.

—No, Aki... —trató de detenerme mientras luchaba por incorporarse de nuevo. Su esfuerzo, sin embargo, fue inútil. La sangre manaba abundantemente de su flanco.

—¡Takeshi! —grité en dirección al monje.

El sohei se acercó, se arrodilló junto a Miyamoto y presionó con firmeza su piel desgarrada para tratar de detener la hemorragia.

—Ayúdame, Ichiro.

Entre ambos, le postraron en el suelo. El monje se arrancó un trozo del kimono y lo introdujo en la herida con fuerza. El maestro emitió un quejido sordo: apenas le quedaba un hilo de consciencia. Me quité mi catana del obi, recogí su sable del suelo y dejé a Takeshi y a Ichiro atendiéndole.

—Qué enternecedor —se mofó Uchida—. Quiero que sepas que en cuanto acabe contigo, te cortaré la cabeza como al monje. Después cortaré la de tu maestro, para decorar el jardín de mi casa.

La voz de Miyamoto sonó entonces en mi interior, clara y firme:

Recuerda, Aki: hay que desaprender lo aprendido para poder aprender de nuevo.

Asenté mis pies en el suelo y me puse en guardia. Sabía que mi destino cierto era la muerte, y, por primera vez, no sentí miedo alguno. Cerré los ojos y bajé lentamente mis manos, hasta dejar mis brazos suspendidos a ambos lados del cuerpo. Me ofrecía para el sacrificio.

Escuché la risa de Uchida y, sin necesidad de mirarle, pude ver su rostro ufanándose. Escuché sus manos aferrarse a la empuñadura de su catana y su pie

derecho comenzando a desplazarse por el suelo. Era como si fuera capaz de escucharlo todo: su respiración, el sonido de cada una de las gotas de lluvia que caían sobre su cuerpo, los latidos de su corazón...

En aquel instante, el samurái se lanzó sobre mí con todas sus fuerzas. Escuché el tintineo del agua golpear el acero mientras su sable descendía hacia mi cabeza. Me desplacé entonces suavemente hacia mi derecha, como había visto hacer al maestro Icimura, y levanté mi brazo derecho con la catana bien sujeta. Shiro Uchida se dio cuenta demasiado tarde de lo que sucedía. Su corte vertical pasó rozando mi hombro izquierdo mientras observaba la punta de mi sable dirigirse recta y certera hacia su cuello. Antes incluso de sentir la muerte penetrar en su carne, sus ojos se abrieron de par en par, consciente de que era el final.

La punta del sable del maestro entró en su cuello por un extremo y salió por el otro con la velocidad con la que se asesta una puñalada. El samurái cayó al suelo de rodillas y me miró. Después, su cuerpo se desplomó sobre un costado.

—¡Shiro! —gritó el sacerdote con angustia. Al parecer, era capaz de expresar sentimientos. La inesperada muerte de su joven aprendiz le había afectado.

Descendió pausadamente de la casa y avanzó hasta él. Retrocedí levantando el sable y preparándome para luchar. La sombra, sin embargo, se detuvo a un metro del cuerpo de Uchida y levantó sus manos. Una nueva niebla negra comenzó a formarse justo frente a él. Esta vez, no obstante, no la proyectó en ninguna dirección, sino que la posó delicadamente sobre el cadáver, envolviéndolo por completo. Entonces, levantó sus brazos y lo dejó suspendido sobre el suelo.

De repente, el kimono que cubría el cuerpo de Shiro Uchida comenzó a rasgarse: ¡su cuerpo se expandía! Sus brazos se alargaron, como sus piernas y el tronco, y todos sus músculos comenzaron a desarrollarse hasta adquirir unas dimensiones sobrehumanas. ¡Era imposible! Cuando la transformación hubo terminado, Ichiro, Takeshi y yo nos dimos realmente cuenta de lo que acabábamos de presenciar: el sacerdote le había transformado en un shura delante de nuestros propios ojos.

—¡Atrás! —gritó el monje poniéndose en pie. Había recuperado su naginata y la blandía amenazante frente al espíritu.

Los shuras eran la reencarnación de samuráis muertos en batalla y simbolizaban el odio y la venganza más ciega y oscura. Su fuerza era sobrehumana, tanto como su crueldad. No sólo conservaban las destrezas del guerrero a partir del que se habían formado, sino que las elevaban al máximo, lo que les convertía en un enemigo imbatible.

Sus ojos, completamente negros y con la pupila roja, parecían penetrar hasta lo más profundo de tu alma. Alrededor de su cabeza flotaba una especie de aura del color de la san gre, como la que cubría su pecho procedente de la herida que le había abierto en el cuello y que no dejaba de manar.

Dio un paso al frente y emitió un grito ensordecedor que resonó en todo el valle. Takeshi le atacó con su naginata, pero su acero resbaló por su piel como si llevara puesta una armadura. Uchida la agarró con la mano y la quebró como la rama seca de un árbol. El monje trató entonces de desenvainar su sable, pero el shura le golpeó con el dorso de la mano, proyectándole varios metros más allá. Inmediatamente después, desenvainó su enorme catana, dos veces más grande que ninguna que hubiera visto jamás, y avanzó hacia mí con paso firme. Era yo quien realmente le interesaba.

Uchida descargó un golpe vertical sobre mi cabeza. Al tratar de bloquearlo sentí cómo mis rodillas se doblaban y mis piernas se hundían en el barro. El shura cargó un nuevo ataque, dispuesto a enterrarme en el suelo. Esta vez, opté por esquivarlo: no sabía cuánto más aguantaría el acero del maestro. Los símbolos de la hoja brillaban con fuerza, envolviéndome en un resplandor anaranjado que contrastaba con el brillo azulado de mi rostro.

A cada paso que el espíritu encolerizado de Shiro Uchida daba hacia mí, el suelo temblaba como si estuviera a punto de abrirse. Era alto como una cabaña y tenía una envergadura colosal: sería prácticamente imposible que pudiera alcanzar su cuello. ¡Debía pensar en algo, y debía hacerlo de prisa! Takeshi acudió de nuevo en mi ayuda. Había cogido el yari de Gonnosuke y avanzaba resuelto hacia el enemigo. Si éramos capaces de combinar nuestros esfuerzos, quizá tuviéramos una oportunidad.

Atacamos simultáneamente desde ambos flancos, como habíamos hecho contra el inugami.

—¡Golpea su talón! —grité.

El monje entendió enseguida mi estrategia. Sin embargo, la punta de su lanza rebotó otra vez en la piel del espectro sin causarle daño alguno. Uchida le lanzó un nuevo golpe. Esta vez lo esquivó a duras penas y volvió a la carga; bus caba distraerle lo suficiente para que yo tuviera alguna posibilidad de éxito. Descargué entonces un corte paralelo con todas mis fuerzas. La hoja de mi sable seccionó su talón, haciendo que perdiera pie e hincara una rodilla en el suelo. ¡Era el momento!

Sin pensármelo, me lancé sobre su cuello. El shura bloqueó mi ataque con su enorme sable y me golpeó el pecho. Sentí cómo una de mis costillas se rompía y me quedé sin aire. Apenas podía moverme por el dolor. Estaba completamente a su merced. Uchida armó entonces su catana y descargó su golpe letal.

Había fracasado. A mi mente acudió mi haiku de despedida. Entonces, un rostro se materializó frente a mí. Traté de identificarle, pero fui incapaz de reconocer sus rasgos. En un primer instante pensé que Yosho Yataemon venía finalmente en mi busca; sin embargo, al fijarme más detenidamente en la aparición, sentí una enorme familiaridad... ¡Era mi padre!

El fuerte sonido del metal al chocar contra el metal hizo que su espíritu se desvaneciera. La punta de la lanza de Takeshi bloqueaba el golpe del shura. En su

cara observé el tremendo esfuerzo que aquello le estaba suponiendo: no aguantaría mucho. Me aparté hacia atrás tan rápido como pude para ponerme a salvo. En ese instante, el shura le lanzó una patada a la rodilla. Pude sentir el chasquido de su tibia y ver asomar el hueso a través de la carne. ¡Era su pierna sana!

El monje cayó al suelo aullando de dolor. Corrí hacia él y me postré a su lado. Aún le quedaba un hilo de consciencia. Dirigió su mirada hacia la naginata de Tomoko, que había quedado olvidada junto a la cabaña tras su muerte.

—Cambia el acero... —susurró justo antes de desmayarse.

Mis ojos se fijaron en el arma cubierta de barro. Recordé entonces a Takeshi sacar su hoja de la espalda y colocarla en el extremo del bastón gracias a un simple mecanismo, el mismo que sujeta la hoja de toda katana a su empuñadura. ¡Eso era! Me incorporé y escondí el sable del maestro a mi espalda para que Uchida no pudiera verme presionar el mekugi y liberar el acero.

—¡No te funcionará dos veces el mismo truco! —exclamó el shura mientras armaba un golpe lateral con la intención de partirme en dos. En cuanto comenzó a ejecutarlo, rodé por el suelo en dirección a la cabaña. El sable de Uchida pasó rozando mi cabeza y me cortó el moño. Había estado muy cerca. Terminé de dar la voltereta y alcancé mi objetivo. No tenía mucho tiempo. Liberé rápidamente la hoja y la reemplacé por la del sable de Miyamoto.

Uchida había comenzado a girarse. Sin pensármelo, alcé la naginata sobre mi cabeza y lancé mi golpe sin dejar que el shura terminara de darse la vuelta. Era todo o nada. La hoja separó la cabeza del cuerpo a tal velocidad que permaneció unos instantes en su sitio antes de desprenderse. El samurái estalló en una densa nube negra. Al disiparse, descubrí de nuevo que el cuerpo normal de Shiro Uchida yacía en el suelo, justo donde lo había dejado.

Me giré hacia el sacerdote de la única Verdad, dispuesto a acabar con él de una vez por todas. Mis ojos se abrieron entonces de par en par: en el suelo, frente a mí, solo quedaba su capa vacía. Me acerqué y comprobé con mis pies que ni siquiera el aire habitaba ya el interior de la tela. ¡Se había desvanecido por completo!

La voz entrecortada del maestro me llegó desde lo lejos. Ichiro lo sujetaba aún entre sus brazos. Me acerqué y me arrodillé a su lado.

—Estoy orgulloso de ti.

—Todo ha terminado por fin —le dije, exhausto.

—¡Eres más grande que Musashi! —gritó Ichiro abrazándome con fuerza. En ese momento me di cuenta que me dolía todo el cuerpo.

—El precio ha sido muy alto —respondí mirando alrededor. Gonnosuke, Tomoko y Yumi habían entregado su vida sin vacilar, con honor. Un gran sentimiento de respeto y de agradecimiento hacia ellos me inundó por completo.

—¿Y Takeshi? ¿Dónde está Takeshi? —preguntó entonces Ichiro con cara de

preocupación.

Ambos nos sentimos avergonzados por habernos olvidado completamente del monje. Ichiro levantó la vista y le localizó a lo lejos. Yacía inerte en el suelo, con su pierna quebrada.

—¡Takeshi! —gritó mientras soltaba al maestro y corría en su dirección.

Miyamoto trató de incorporarse.

—Me ha salvado la vida, maestro —alcancé a decir apesadumbrado. De todas nuestras pérdidas, aquella me dolía de un modo muy especial.

Ichiro se arrodilló junto a él y arrancó a llorar desconsoladamente. Lo rodeó con sus brazos y lo estrujó contra su pecho. Su cuerpo menudo estaba roto.

—Tu abrazo sigue siendo tan fuerte como el de un oso —logró articular entonces el monje con un hilo de voz apenas audible—. Si sigues así, algún día conseguirás acabar conmigo...

El rostro de Ichiro recuperó la felicidad y una enorme sonrisa se abrió paso entre sus amargas lágrimas.

—¡¡Está vivo!! —exclamó en nuestra dirección—. ¡¡Está vivo!!

Al igual que había sucedido en el rostro de mi amigo, un gesto de satisfacción se abrió paso en el del maestro y en el mío. Todos comenzamos a reírnos sin poder controlarnos, liberando completamente al fin la tensión acumulada durante la lucha.

Justo en ese instante, escuchamos un tintineo lejano. Parecían cientos de minúsculas campanas, perfectamente acompasadas, repiqueteando en nuestra dirección. Nos miramos sin saber qué sucedía. ¿Qué extraño y nuevo suceso se avecinaba contra nosotros?

Los primeros estandartes se materializaron casi de inmediato. En apenas unos segundos, nos vimos rodeados por un pequeño ejército de soldados de a pie bien pertrechados, cada uno con su correspondiente banderola atada a la espalda. No tardamos en darnos cuenta de que se trataba de fuerzas regulares del clan Uesugi. Avanzaron entre las casas hasta cercarnos por completo, con las puntas de sus lanzas hacia nosotros.

El maestro trató de incorporarse, sujetándose con fuerza la herida del costado, en la que aún permanecía entre las costillas el tapón improvisado por Takeshi. La sangre se filtraba entre sus dedos sin remedio: debíamos detener la hemorragia cuanto antes. De no ser por el monje, ya estaría muerto. Hice ademán de ayudarlo, pero me detuvo con un gesto.

—Soy Miyamoto Tsunetomo, del clan Date —exclamó en voz alta.

—Sé quién eres —respondió una voz desde la oscuridad.

Inmediatamente, un grupo de soldados rompió el círculo y formó un pasillo por el que entró un samurái a caballo. Llevaba su armadura de guerra puesta. Todos reconocimos de inmediato el emblema de su casco: era Kagetatsu Uesugi.

Miyamoto inclinó su cabeza ceremoniosamente. Aunque pertenecía a un clan rival, Uesugi era un samurái superior. Un paje sujetó el caballo del daimio mientras descendía y se quitaba el kabuto. Sus ojos se dirigieron casi de inmediato hacia el cadáver de Uchida.

—Todos los hombres tenemos un destino, y el suyo era morir joven por la espada —dijo pausadamente.

El maestro hizo un gesto de afirmación.

—Deben curarte esa herida de inmediato —añadió el daimio mientras hacía un gesto con la mano. Inmediatamente, dos hombres con una camilla de bambú y paja se acercaron y la posaron en el suelo junto a Miyamoto. El maestro aguantaba de pie a duras penas, pero se negaba a recibir ayuda.

—Primero solicito que asistáis a mis hombres —señaló.

Uesugi le miró fijamente. Asintió con la cabeza y una nueva pareja de camilleros se dirigió hacia donde yacía Takeshi. Le levantaron con gran suavidad y lo postraron sobre la camilla bajo la atenta y amenazadora mirada de Ichiro, que no se separaba de su lado. Kagetatsu miró de nuevo al maestro: era su turno. Miyamoto se desplomó entonces en el suelo, inconsciente: había empleado sus últimas fuerzas en asegurarse de que sus hombres eran correctamente atendidos.

—¡Maestro! —grité angustiado. Me arrodillé junto a él, pasé mis brazos por debajo de su cuerpo y traté de incorporarle. Los hombres de Uesugi miraban a su señor sin saber qué hacer. El daimio les indicó que aguardaran. Finalmente, logré colocar con sumo cuidado su cuerpo sobre el lecho de paja. Los asistentes le levantaron y se lo llevaron a toda prisa. Su vida pendía de un hilo.

Mis ojos estaban inundados de lágrimas. Traté de secármelas con el dorso de la mano antes de incorporarme del todo: no quería que nadie me viera llorar.

—Tu maestro es un hombre formidable —señaló Kagetatsu.

Correspondí a sus palabras con una reverencia formal. El hombre al que acababa de referirse había sido el responsable de su derrota en Shiroisi, lo que había supuesto malos tiempos para el clan Uesugi. Aun así, el daimio le había honrado como se merecía. Sentí de inmediato un gran respeto por él.

—¿Qué va a suceder ahora? —pregunté, algo titubeante. No desconocía lo delicado de nuestra situación: habíamos penetrado en secreto en una provincia de un clan rival, habíamos atacado una de sus poblaciones y acabado con la vida de uno de los samuráis de su gobierno.

—Seréis conducidos al castillo y allí recibiréis todas las atenciones necesarias hasta vuestra total recuperación —respondió serenamente.

Levanté la cabeza y mis ojos enfrentaron los suyos. Kagetatsu Uesugi percibió la duda que me invadía por dentro.

—Sois mis invitados.

Hasta ese momento no me di cuenta de que hacía ya un buen rato que había dejado de llover, ni tampoco de que la noche era tan fría. Estaba calado hasta los huesos y tiritaba sin remedio. Todos los soldados tenían su mirada clavada en mí; supuse que mi aspecto debía de ser bastante trágico. Miré a mi alrededor y observé de nuevo el cuerpo sin vida de Shiro Uchida. Sus ojos aún permanecían abiertos, con la sorpresa de la muerte atrapada para siempre en su rostro. Más allá estaba la capa del sacerdote de la única Verdad. ¿Qué había sucedido? Quizás no lo supiéramos nunca. ¿Era posible que, al decapitar al shura, espíritu y mago hubieran muerto?

Mi mirada se dirigió finalmente a los cadáveres de Tomoko, Yumi y Gonnosuke. Uesugi leyó la súplica en mi rostro.

—Les honraremos como se merecen —pronunció.

### XIII. LA ESPADA DEL SAMURÁI

# 劍

Tras nuestra partida de Yamadera, Shinnosuke había redactado cuatro cartas: una para Masamune Date; otra, dirigida al daimio Kagetatsu Uesugi, y otras dos destinadas al mismísimo sogún y a la ometsuke, su servicio secreto. En ellas informaba de nuestros descubrimientos acerca del resurgir de la única Verdad y de la trama para tratar de restituir en el poder a los Toyotomi. Aunque el viejo monje era consciente de que el propio Uesugi podía estar implicado de algún modo en todo lo acontecido, sabía que, al conocer que dos copias de aquel mismo mensaje habían sido remitidas a los estamentos oficiales del bakufu, estaría atado de pies y manos. Si realizaba algún movimiento sospechoso, todo el peso de la cólera de Ieyasu Tokugawa caería sobre él. Y el daimio conocía de primera mano las consecuencias que eso podía suponer para su clan.

Para evitar que el enemigo pudiera interceptarlas, cada una de ellas había sido encargada a un correo de confianza y habían salido del monasterio a horas diferentes, por rutas distintas no siempre acordes a su destino final. Esa había sido su jugada para asegurarse de que, en caso de que fracasáramos, la verdad saliera a la luz.

Llevábamos ya prácticamente un mes disfrutando de la hospitalidad de Kagetatsu Uesugi en el castillo de Yonezawa y el maestro se había recuperado casi por completo de su herida. Durante los primeros días, los médicos habían temido por su vida, pero Miyamoto era fuerte y obstinado. También Takeshi se encontraba ya casi perfectamente. Había tenido suerte: la fractura de su pierna había sido limpia, con lo que era probable que no le quedara secuela alguna. Teniendo en cuenta su tesón y fortaleza, estaba seguro de que así sería. Ichiro había sido su bastón para todo durante los primeros días, acompañándole aquí y allá para facilitarle cualquier labor por pequeña que fuera.

A pesar de que el maestro había recibido los mejores cuidados posibles, ninguno de nosotros habíamos querido dejarle solo durante su convalecencia. Un enviado de Masamune nos había visitado para asegurarse de que todo marchaba bien. El maestro había departido con él y había redactado un informe de lo sucedido para que se lo entregara a nuestro señor. Yo, por mi parte, había comenzado a escribir un relato con

lo que nos había sucedido; quería dejar constancia de todo..., aunque era perfectamente consciente de que nadie lo podría leer jamás.

La primavera ya había desplegado del todo su manto y el sol brillaba con fuerza. Miyamoto y yo paseábamos por uno de los patios del castillo. Los samuráis de Uesugi nos observaban a lo lejos; tan solo los estamentos más cercanos al propio daimio habían sido informados de lo sucedido, por lo que, para ellos, la presencia del maestro Tsunetomo en su castillo resultaba chocante. Muchos habían luchado en el cerco de Shiroisi y habían perdido a compañeros en la batalla. Ninguno, sin embargo, se atrevió a enfrentarle; tenían órdenes estrictas de tratarnos como a invitados ilustres.

Miyamoto me informó de que partiríamos al día siguiente. Al fin, era hora de regresar. Durante su largo periodo de convalecencia, le había contado todo lo sucedido mientras había permanecido inconsciente durante mi duelo con el espíritu: cómo el sacerdote de la única Verdad había transformado el cadáver de Uchida en un shura, cómo Takeshi había arriesgado su vida por mí y cómo su ayuda había sido esencial para conseguir la victoria. También, que el onmyouji había desaparecido sin dejar rastro.

—¿Crees que, al matar a Uchida, le destruí?

Miyamoto guardó un largo silencio.

—No lo sé. Hace falta mucha energía para dominar a un shura. Quizás eso le consumió.

Había otra cosa que aún no le había dicho tampoco.

Vi a mi padre, maestro —susurré.

Al escucharme, me miró intensamente.

—Cuando creía que iba a morir, se me apareció. Aunque jamás le conocí, supe que era él —continué—. Bueno, lo sentí. Pero estoy seguro.

—Tu padre vela por ti.

Sentía un nudo en el estómago. No quería que mis siguientes palabras le dañaran. Me había criado como a su propio hijo sin pedir jamás nada a cambio.

—Es como si le echara de menos.

—Hay vínculos que van más allá de la vida y la muerte, Aki —respondió suavemente—. Fuiste el fruto buscado de un gran amor.

—¿Por qué ahora?

—Para eso no tengo respuesta. Todas las cosas suceden a su debido tiempo, es lo único que sé. La hora es ahora y ahora es la hora. Cuando llega el momento, acontecen.

Seguimos paseando un rato más. Miyamoto no dejaba de señalarme lo mucho que había cambiado el castillo.

—Cada daimio lo acomoda a sus propósitos y a los de su ejército —comentó—. Sin embargo, todo va a cambiar a partir de ahora. La llegada de la pólvora traerá

nuevos tiempos...

Su mirada pareció perderse en un pasado remoto, el tiempo en el que los guerreros luchaban a caballo simplemente armados con sus arcos, lanzas y sables.

—Hay algo que no te he contado —dijo de repente, cambiando de tema—. Al escapar de los túneles en Iwadeyama me preguntaste qué había sucedido durante el rato que estuve solo allí abajo.

Desde aquel día no había querido preguntarle de nuevo. Sabía que únicamente me lo contaría cuando él quisiera, del mismo modo que también sabía con certeza que conocía la identidad de nuestro enemigo.

—Me encontré con el sacerdote de la única Verdad —espetó—. Es Tetsu Ichigawa.

—¿El maestro Ichigawa? ¿Tu antiguo alumno? —exclamé con sorpresa—. ¿Y desde cuándo lo sabías?

—No lo vi con claridad hasta ese momento, pero comencé a sospecharlo cuando aquellos ladrones nos asaltaron durante nuestro viaje a Iwadeyama. No fue un robo casual: alguien había pagado para que nos asesinaran. Takeshi lo descubrió. Aquel día había una sombra en el bosque, observándonos, pero no quise creer que era él. También pensé que nuestro primer encuentro con Shiro Uchida había sido una casualidad. De hecho, fuimos nosotros los que topamos con él. Sin embargo, todo estaba perfectamente trazado desde nuestra salida de Senda;

A continuación guardó un largo silencio, calibrando sus siguientes palabras.

—Alguien de nuestro clan le informó.

Un escalofrío me recorrió por entero. ¿Significaba eso que la única Verdad estaba también infiltrada en nuestras propias fuerzas? La mera posibilidad de que fuera cierto era aterradora. ¡Había un traidor en nuestro clan! ¿Quién podía ser?

—Si conocían todos nuestros movimientos ya, ¿por qué dejar que Uchida te retara en el lago, entonces? No parece tener mucho sentido.

—Supongo que no quería descubrirse. Si Shiro me hubiese matado en aquel momento, todo el mundo habría dado por sentado que se trataba de un duelo normal. Eso les habría allanado el camino. Mi presencia era una amenaza para ellos. Supongo que tanto él como el propio Ichigawa estaban convencidos de su victoria.

—¿Y quién está detrás de todo esto? —inquirí—. No creo que la única Verdad por sí sola busque la restitución del joven Hideyori Toyotomi. ¿Qué ganan con ello?

—No lo sé —respondió—. Está claro que esto es más grande de lo que pensamos. Nuestra victoria ha retrasado sus planes más inmediatos y ha conseguido mantener la estabilidad durante algún tiempo, pero estoy seguro de que volverán a intentarlo. Hay muchos hombres que se sienten inútiles en la paz.

—¿Crees que Kagetatsu Uesugi es uno de ellos?

—Si lo es, ahora está atado de pies y manos. El templo de la única Verdad estaba

en su provincia... Todos los ojos del bakufu estarán puestos en él de ahora en adelante. Shinnosuke nos ha salvado a todos de momento —añadió refiriéndose a las cartas enviadas por el monje—. También el propio Hideyori debe andarse con cuidado.

Habíamos llegado ya frente a la puerta de entrada del palacio.

—¿Qué pasó exactamente cuando os encontrasteis tú y el maestro Ichigawa en los túneles?

—Me estaba esperando.

—¿Solo?

—Sí —respondió escuetamente.

—¿Por qué? ¿De qué hablasteis?

—Da igual de lo que habláramos —apuntó—. Fue una simple distracción. Sabía que tú e Ichiro estabais también allí. El encapuchado era un señuelo.

—No lo entiendo, maestro. ¿Un señuelo para qué?

—Para matarte, Aki —soltó finalmente.

Un nuevo escalofrío recorrió mi espinazo.

—Me ponía a prueba: debía escoger entre mi deber y tu vida —su mirada era sombría. Traté de imaginarme qué habría sentido en ese momento, obligado a escoger entre su obediencia al daimio y la vida de su hijo adoptivo.

—Maestro... —comencé a hablar.

—Hice mi elección, Aki, y no me arrepiento de ella —me cortó—. Prepara tus cosas.

—Sigo sin entender por qué... —traté de continuar, pero mis palabras murieron en el vacío.

Miyamoto se había perdido ya pasillo abajo. Noté una enorme carga sobre mis hombros: mi maestro había traicionado su voto sagrado de obediencia y mancillado su honor por mí: jamás me lo perdonaría. Sabía que una brecha se había abierto en su corazón, y que nunca sanaría.

Antes de nuestra partida, el maestro quiso presentar sus respetos a Kagetatsu Uesugi. Nos había tratado como a sus invitados y debíamos mostrar nuestro agradecimiento. Ni Ichiro ni yo habíamos entrado jamás en la sala de audiencias de un daimio. Kagetatsu descansaba en el suelo sobre un pequeño cojín. Su armadura decoraba una esquina de la habitación, junto a sus armas. Su chambelán nos anunció. El maestro avanzó por el tatami y se postró a unos cuatro metros del daimio. Ichiro, Takeshi y yo le imitamos.

—Quiero agradeceros vuestra generosa hospitalidad —dijo Miyamoto con la cabeza inclinada totalmente hacia el suelo—. Me gustaría también que transmitierais mi gratitud a vuestros médicos. Estoy en deuda con vos.

Kagetatsu le pidió que alzara su rostro. Ambos sabían perfectamente lo que

discurría dentro de la cabeza del otro.

Tras la batalla de Sekigahara, juré obediencia al sogún. No soy hombre que incumpla sus promesas, Miyamoto san. Ambos somos samuráis y sabemos lo que eso significa —señaló con tranquilidad. Su mensaje era claro e iba destinado tanto al maestro como a Masamune Date y al propio sogún Ieyasu, por mucho que ambos no estuvieran presentes.

—La guerra únicamente sirve a los propósitos de la propia guerra —respondió el maestro—, como la única Verdad solo sirve a la muerte: todo aquel que se mezcla con ella, acaba sucumbiendo a su oscuridad.

Kagetatsu Uesugi se puso en pie, algo incómodo. La insinuación del maestro le había molestado y no estaba dispuesto a tolerar más sospechas en su propia casa. Tampoco Miyamoto pretendía ir más allá: hubiera sido una falta grave de respeto, y nuestra situación no era la más idónea para enfadar a Uesugi. Regresamos a nuestras habitaciones y recogimos nuestras cosas.

Takeshi y el maestro nos esperaban en el patio principal del castillo. Ambos sujetaban sendos caballos. A su lado, dos escuderos mantenían a raya a otros dos. Eran animales magníficos. Ichiro me miró con cierta cara de pánico:

—¡No he montado nunca! —me confesó al oído.

Esbocé media sonrisa.

—No te preocupes, lo importante es no permitir que los demás lo noten. Haz lo mismo que yo y deja que tu caballo siga a los otros.

Mi amigo irguió el pecho y se dirigió con decisión hacia su montura; al parecer, no estaba dispuesto a aceptar consejos de un samurái petulante como yo. Cogió las riendas, puso un pie en el estribo y se alzó majestuosamente.

Takeshi y Miyamoto se echaron a reír sin poder contenerse mientras los pobres pajes trataban de mantener su compostura. Ichiro se giró hacia ellos, indignado.

—¿Qué pasa? —espetó desafiante—. ¡He montado muchas veces en mi vida y así es como lo hago!

Giró entonces su cuello hacia delante, agarró las riendas con fuerza, dispuesto a espolear al animal, y descubrió con estupor que el pobre caballo no tenía cabeza. ¡Se había subido al revés! Herido en lo más profundo de su orgullo, descendió y volvió a montar como si la cosa no fuera con él.

Salimos de la ciudad por el mismo camino por el que habíamos llegado un mes atrás. Supuse que Takeshi regresaría a Yamadera y nosotros atravesaríamos el paso de Sasaya hasta alcanzar la vía principal que unía Edo con Sendai. Eso significaba que pasaríamos cerca de la casa de mi madre. Sentí una enorme excitación. El maestro, sin embargo, no me había dicho nada. Al fin y al cabo, era la ruta más natural y breve hasta casa.

Dejamos atrás Yonezawa y cruzamos los grandes campos de cerezos de Akayu.

Los árboles rebosaban de flores. La vista era maravillosa y enardecía el espíritu. Se decía que siendo Yoshitsuna Miyamoto señor de la región de Tohoku, sumergió en uno de los manantiales de aguas termales de aquella pequeña villa a uno de sus soldados heridos; al hacerlo, el agua se tiñó inmediatamente de rojo debido a la sangre que manaba de su corte, pero éste se cerró milagrosamente. A partir de entonces, se la conoció precisamente como Akayu: el lugar del agua roja caliente. También admiramos el imponente templo de Kumano en Miyauchi y nos desviamos ligeramente para ver la cascada de Kuguritaki, que no habíamos podido disfrutar en nuestro anterior viaje como falsos monjes. Después, dejamos atrás el monte Iwabu y continuamos hacia Kaminoyama.

Allí se levantaba el castillo de Tsusioka, construido por Michinaga Satomi. Durante muchos años, la fortaleza había sido el centro de numerosos escarceos entre nuestro clan y el de nuestros vecinos, el Mogami, hasta su derrota y sometimiento a los Date. Hacía ya más de sesenta años, sin embargo, durante la guerra civil Tenbun que enfrentó al abuelo y al bisabuelo de nuestro daimio, Yoshimori Mogami recuperó el castillo y logró la independencia de los suyos. Desde entonces pertenecía de nuevo a su clan. Más tarde, el apoyo de Yoshiaki, su hijo, a Ieyasu en Sekigahara le valió una enorme recompensa al frenar él solo el ejército enemigo. El han de los Mogami era ahora uno de los cinco más ricos de todo el país. También había reforzado el castillo de Yamagata y hecho prosperar la ciudad hacia la que ahora nos encaminábamos.

Se acercaba el momento en el que deberíamos despedirnos de Takeshi. Ichiro llevaba un rato en silencio, cosa extraña en él. Pude ver que sus ojos estaban húmedos, pero lo achacó a la falta de costumbre por el polvo del camino.

Cuando llegamos a la bifurcación en la que nuestras rutas se separaban definitivamente, los cuatro desmontamos. El maestro se despidió del monje con una reverencia formal; no era hombre de muchas palabras. Los dos sabían, sin embargo, que entre ellos se había establecido un vínculo de respeto que duraría ya para siempre. Miyamoto subió de nuevo a su montura y esperó. Era mi turno. Me acerqué a él y le abracé. El monje había dejado una huella indeleble en mí, no únicamente porque me hubiera salvado la vida. Sentía un profundo y verdadero afecto por él.

—Recuerda: debes perseverar, pase lo que pase —me susurró al oído—. Conserva tu honor, sé justo y muestra siempre respeto por aquellos que lo merezcan, sean de la condición que sean. —Sus palabras me recordaron a las que había pronunciado el propio maestro al referirse a Akira. Ambos eran las dos personas más honorables que había conocido.

—Lo haré —respondí con lágrimas en los ojos. A continuación le dediqué una gran reverencia, mostrándole mi mayor admiración—. Ha sido un honor conocerte.

El monje se acercó entonces a Ichiro. Ambos quedaron frente a frente en

completo silencio durante unos interminables segundos.

—Me alegro de haberte conocido, Ichiro Omura. Son pocas las personas a las que uno puede llamar verdaderamente amigo, y la vida me ha dado la oportunidad de cruzarme con una de ellas. Si me necesitas, sean cuales sean la situación y el momento, allí estaré.

A continuación, le estrechó con fuerza. Sus brazos no eran lo suficientemente grandes para rodearle, así que Ichiro le envolvió con los suyos y lo levantó del suelo bañado en lágrimas. Así lo sostuvo durante un buen rato, sin pronunciar una sola palabra. Sencillamente, no podía. En cuanto volvió a dejarle sobre la tierra, el monje le miró fijamente:

—Se puede derrotar a un ejército entero con una simple astilla: lo verdaderamente importante son la firmeza, la voluntad y la determinación de quien la empuña, sea quien sea.

Antes de montar de nuevo, volvió a mirarnos a todos, como si quisiera atrapar para siempre aquel momento, e hizo una nueva reverencia en dirección a Miyamoto.

—Maestro...

Takeshi se subió al caballo y lo espoleó con fuerza. Al ver su figura empequeñecerse lentamente, sentí un gran vacío. Algo me decía, sin embargo, que, con toda seguridad, esta aventura no iba a ser la última vez que nuestros destinos volvieran a encontrarse.

—Debemos darnos prisa si queremos llegar antes de que anochezca —dijo entonces el maestro mientras hundía sus talones en el lomo de su caballo—. Estoy seguro de que tu madre estará deseando verte.

Mis ojos se abrieron completamente, como mi boca, por la mayúscula sorpresa. Miré a Ichiro, que estaba igual de estupefacto que yo. ¡Íbamos a casa de mi madre!

El paso de Sasaya estaba bastante más concurrido que el de Funasaka. Era una de las vías principales que unían el este con el oeste de la isla y por ella transitaban a diario muchas personas y mercancías. La vida discurría completamente ajena a lo que había sucedido en un pequeño rincón apartado de Japón. «Los destinos de muchos hombres son cambiados solo por unos pocos», me había dicho en una ocasión el maestro. Era cierto. Tres monjes habían dado su vida a cambio de la paz; su sacrificio y sus nombres, sin embargo, permanecerían ocultos a la historia. Nos cruzamos entonces con un grupo y creí ver entre ellos a Yumi, a Gonnosuke y a Tomoko sonriéndome.

Sentía que algo había cambiado en mi interior. Iba más allá de los sucesos que habían acontecido durante nuestra misión. Era como si mi corazón hubiera aprendido a latir más lento y mis ojos a mirar de un modo distinto. Algunos de los viajeros con los que nos cruzamos por el camino se giraban para observarme con disimulo. Ya me había acostumbrado a aquella mirada furtiva y de cierto espanto por mi cicatriz azul;

sin embargo, no volvería a esconderla nunca más. Me recordaba todo lo que había vivido y quién era ahora.

Cruzamos el punto más alto del paso y comenzamos a descender hacia nuestro destino. El cielo, totalmente liso, comenzaba a tener el aspecto de una acuarela de naranjas degradados. Hacía casi un año ya que había visto a mi madre por última vez. Su ausencia se diluía cada vez más en mi corazón, haciendo que, a veces, me costara hasta definir su rostro y recordar su voz, el olor de su pelo, de su piel y el tacto de sus manos

Cuando Miyamoto me adoptó, ella decidió quedarse en su destierro. Nunca supe cuál fue exactamente el acuerdo al que llegaron, ni tampoco de qué vivía; sin embargo, jamás me había atrevido a preguntárselo, ni a ella ni al maestro. Lo único que sabía era que su familia no la había perdonado, y que, probablemente, no lo haría jamás. Por expreso deseo suyo, Miyamoto me había mantenido alejado de ellos. Ni siquiera sabía quiénes eran. A veces, mientras paseaba por las calles de Sendaï, trataba de reconocer algún rasgo reconocible en los rostros de la gente con la que me cruzaba, del mismo modo que cuando alguien me miraba intensamente, pensaba si sería mi abuelo, mi abuela o alguno de mis tíos. La idea, sin embargo, desaparecía pronto de mi cabeza como el vapor de un barreño de agua hirviendo. Lo único que sabía de ellos era que pertenecían a una de las familias de más alta posición dentro del clan. El precio que habían pagado por haberla despreciado era no conocer a su nieto.

Ichiro pegó su caballo al mío. El buen humor había regresado a su rostro. Él también tenía ganas de volver a casay abrazar a sus padres. Estaba seguro de que, en cuanto les hubiera estrujado, su madre le serviría un succulento y enorme man jar y él lo engulliría sin miramientos mientras, con la boca llena, les relataba todo lo que nos había acontecido. Sentí una punzada de envidia: a mí únicamente me esperaba la vieja Kichi, con su cara de búfalo enfadado. Miyamoto le había advertido severamente de que debía guardar silencio sobre los aspectos concretos de la misión; de lo contrario, el daimio le acusaría de traición y traería la desgracia sobre su familia. De todos modos, también sabía que sus padres no creerían ni una palabra de todo lo que les relatara.

Tengo ganas de conocer a tu madre. Por más que lo intento, no soy capaz de imaginármela —me confesó.

Tiene la cabeza grande, mucho más grande que el cuerpo, que es extremadamente pequeño —respondí en tono serio. Mi amigo me miró con los ojos bien abiertos—. Su piel es áspera y de color verde, y tiene dos cuernos que le salen de la cabeza justo encima de sus orejas. Pero lo que más me gusta de ella son sus ojos: cada uno mira hacia un lado distinto, y es capaz de moverlos en varias direcciones a la vez —terminé sin poder apenas ya contener la risa.

—¡Idiota! —rugió—. ¡Lo digo en serio!

Prorrumpí en una gran carcajada. Me pregunté si, con los años, mi amigo seguiría cayendo de aquel modo en mis trampas.

—Pronto lo sabrás —dije indicando con mi cabeza hacia delante.

Los primeros tejados de paja de la pequeña aldea de Gozu comenzaron a asomar entre los árboles. Nunca había entrado desde aquella dirección, por lo que, al principio, me costó reconocerla. Ahí estaba, oculta entre los árboles como si fuera un pequeño templo. La casa de mi madre. Mi corazón se aceleró sin remedio.

Al oír nuestros caballos, salió al porche. Nos detuvimos frente a la pequeña construcción y desmontamos. Sonreí y me giré hacia el maestro para compartir mi alegría. Sus ojos estaban fijos en ella. Entonces, en aquel preciso instante, supe sin querer saberlo, sin necesidad de que ninguno de los dos me lo contara, que el samurái al que ella había rechazado para casarse con mi padre era Miyamoto. No se pueden ocultar los sentimientos ni mentir en una mirada.

—¡Madre!

Corrí hacia ella y la engullí literalmente entre mis brazos. Sentí su cuerpo pequeño y cada vez más huesudo apretado contra mi pecho. Al mirarla, vi que sus ojos estaban húmedos como los míos. Ichiro se acercó hasta nosotros, tímido.

Te presento a Ichiro Omura, mi mejor amigo.

Mi madre le saludó con una leve inclinación de cabeza y una sonrisa. Ichiro le correspondió, enrojeciendo. Entonces se giró hacia mí y exclamó de nuevo:

—¡Idiota!

Miyamoto permaneció alejado, sujetando los caballos, como si no le estuviera permitido compartir nuestra felicidad. Sus miradas se encontraron fugazmente de nuevo. Mi madre, Ichiro y yo entramos. Un agradable olor a comida lo llenaba todo. Ichiro se acercó al fuego y destapó la olla que colgaba sobre él.

—¡Shabushabu! —exclamó mientras su estómago respondía al instante ante aquella maravilla.

Mi madre dejó escapar una risita.

—Bienvenido, Ichiro Omura —dijo con su voz suave—. Esta es tu casa.

Ichiro enrojeció sin control y escondió la mirada.

—Cada vez que viene a verme, Aki me habla mucho de ti.

—Gracias, señora Munetomo —balbuceó usando mi verdadero apellido.

En ese momento, el maestro entró en la casa. Mi madre le saludó de nuevo, esta vez formalmente.

—Bienvenido, Tsunetomo san. Hacía mucho tiempo...

El maestro asintió ligeramente mientras dejaba escapar uno de sus pequeños gruñidos.

—Los asuntos del señor Masamune me mantienen siempre muy ocupado.

Ambos eran conscientes de la mentira, pero, como hacen los adultos, habían establecido una especie de pacto silencioso entre ellos hacía tiempo. Aquella tarde había comprendido al fin por qué. Supuse que no debía de ser fácil para él verla; su mirada me había dicho con claridad que aún seguía queriéndola y que, probablemente, jamás dejaría de hacerlo. Pensé en Kumico: ¿era ese también el destino que me esperaba a mí?

También pensé en la generosidad de Miyamoto. No sólo había renunciado al amor de su vida, sino que había aceptado criar al hijo que había tenido con otro hombre. Imaginé que mi sola presencia en su casa debía de recordarle día tras día que la mujer de la que estaba enamorado le había rechazado. El corazón se me encogió. Su generosidad era mucho más grande de lo que jamás había acertado siquiera a vislumbrar.

La cena transcurrió entre historias. Mi madre quería saber absolutamente todos los detalles de nuestro viaje. Miyamoto se apresuró a relatar una aventura que no coincidía prácticamente en nada con la realidad. Ichiro y yo le observábamos, atónitos. Estaba convencido de que mi madre se había dado cuenta, pero, de ser así, no hizo ningún gesto que lo revelara y disfrutó de cada parte. Me moría de ganas de compartir con ella todo lo acontecido realmente; mis sentimientos, mis miedos y mis dudas. Y decirle que, justo en el momento preciso en el que creí que iba a morir, se me había aparecido mi padre. Sin embargo, comprendí que jamás podría hacerlo. De nuevo, un fuerte sentimiento de afecto por el maestro me llenó por completo: nunca podía contar la verdad a nadie. A partir de aquel momento supe que la vía en la que me había sumergido ya sin remedio era no únicamente la de la muerte, sino también la de la soledad.

Ichiro insistió en recoger los cuencos y bandejas de la cena. En el momento en el que desapareció hacia la cocina con todo balanceándose en un precario equilibrio, el maestro dirigió una mirada directa a mi madre. Ella asintió y se puso en pie.

—¿Qué pasa?

Miyamoto no respondió. Mi madre desapareció camino de su habitación sin mediar palabra. Intenté averiguar lo que sucedía mirando fijamente al maestro, pero su rostro permanecía absolutamente severo y formal. Al cabo de unos instantes, ella regresó sosteniendo algo envuelto en una funda de seda verde. Se arrodilló junto al maestro y lo dejó a su lado. Miyamoto lo recogió y lo tendió hacia mí con gesto ceremonioso.

Extendí mis brazos, con las palmas hacia arriba, y me dispuse a recogerlo. Al sentir el primer contacto, mis ojos no pudieron ocultar la enorme sorpresa que sentí: ¡era una catana! Retiré la funda y la observé:

—¡¡Es el sable de mi padre!! —exclamé sin poder contenerme.

El maestro asintió con un movimiento de su cabeza, apenas perceptible.

—El alma del samurái es su sable. Eres un guerrero valiente, atrevido y noble, como lo fue tu padre. Esta catana fue forjada por el último Muramasa: llévala con el mismo honor con el que él lo hizo toda su vida.

—¿Pero cómo...?

—Hace un año, Miyamoto san me envió una carta pidiéndome que le mandara el sable... —intervino mi madre.

—¡Pero estaba roto! —la interrumpí—. ¿Quién la ha forjado de nuevo?

Nada más enunciar mi pregunta, supe con claridad la respuesta.

—¡Has sido tú, maestro! —exclamé recordando su estancia en el monte Gossan y cómo el monje de la única Verdad le había enseñado el arte de la forja.

La desenvainé despacio para admirar el acero.

—¿Es...? —dudé en preguntar. No sabía cómo hacerlo delante de ella—. ¿Es como la tuya? —acerté a exponer finalmente.

—Es más fuerte que la mía, porque combina dos aceros especiales —respondió.

Al instante comprendí que había mezclado el acero Muramasa del sable de mi padre con el que él mismo había usado para forjar el suyo propio. Al igual que la catana de Ichimura, la vaina era completamente negra y sin ninguna filigrana. La guarda era redonda, sólida y prácticamente lisa. Al estudiarla con mayor atención descubrí algo grabado en ella. La levanté a la altura de los ojos y vi un lema inscrito: «Aprender para desaprender».

Aún me quedaba un último detalle por descubrir: había decidido conservar en la empuñadura el menuki ornamental de mi padre, una libélula con las alas desplegadas.

En ese instante, Ichiro regresó de la cocina. Al verme con el sable en la mano, la parte inferior de su mandíbula se aflojó sin poder evitarlo.

—¿Es tuya? —balbuceó.

—¡Sí! —grité sin poder contenerme.

Por fin tenía mi propia catana.

## XIV. AKI SAN

La ciudad no parecía haber cambiado mucho. Algunos árboles habían ocupado ya su lugar definitivo en sus nuevos hogares, pero las obras avanzaban despacio y la mayoría de edificios seguían atrapados bajo sus esqueletos de bambú. Sin embargo, todo me pareció diferente. Avanzamos con paso lento hacia casa, como si realmente no quisiéramos llegar y poner fin a nuestro viaje. Un palanquín pasó a toda prisa a nuestra derecha, como si su ocupante llegara tarde a una cita de la mayor importancia, mientras los transeúntes se apartaban a su paso para no ser arrollados. La gente iba de aquí para allá sin prestar la más mínima atención a cuanto sucedía a su alrededor, enfrascados en sus pensamientos y preocupaciones diarias. Senda;no había crecido únicamente en número de edificios, también lo había hecho en habitantes, lo que acarrearba consigo un trajín considerable de gentes yendo y viniendo por sus calles.

La vieja Kichi estaba en el huerto. Al vernos entrar, nos saludó con una breve inclinación de cabeza y regresó a sus asuntos como si únicamente nos hubiéramos ausentado un rato y acabáramos de regresar de un simple paseo.

Los padres de Ichiro, en cambio, celebraron el regreso de su hijo con una enorme algarabía. Mientras recorríamos el sendero del jardín, el maestro yyo pudimos escuchar las exclamaciones que nos llegaban desde el hogar de los Omura. Imaginé a su madre besando el rostro de Ichiro y pellizcándole como solía hacerlo, pensando que aún era un niño, cuando, en realidad, la persona que había vuelto era ya un hombre. Para ella, sin embargo, aquel bravo adolescente seguiría siendo para siempre su pequeño.

Sabía que el maestro querría acudir cuanto antes a presentar sus respetos al señor Masamune. Apenas pisó la casa, se aseó, se puso ropas nuevas y entró en mi habitación.

—¿Qué haces aún así? —me reprendió con cierta impaciencia mientras aguardaba de pie junto al panel de entrada de mi habitación.

Le miré sin comprender.

—El daimio nos espera, no puedes ir vestido de semejante modo.

—Pensé que...

—Aki Munetomo, hijo de Oishi Munetomo, del clan Date: ¡eres un samurái! Tu señor te espera y debes acudir a su llamada cuanto antes —exclamó. Después, se fijó en mi pelo, absolutamente revuelto y sucio. A pesar de que ya hacía algo más de un mes desde que el shura me había cortado el moño con el filo de su sable, no había crecido aún lo suficiente ni había encontrado la forma de sujetármelo como era debido—. Habrá que hacer algo con ese cabello —exclamó, mostrando de nuevo

cierta exasperación—. ¡Kichi!

Su voz retumbó por toda la casa. El ama acudió a su llamada casi al instante, temiéndose alguna desgracia. Al vernos en perfecto estado, reprendió a Miyamoto sin mediar palabra, como solo ella sabía hacerlo.

—A ver cómo puedes arreglar esto —dijo el maestro sosteniendo mi pelo.

Tras bañarme, Ichi se encargó de mi cabello. Lo estiró hacia atrás con fuerza, lo untó profusamente con aceite de gaulteria y logró sujetarlo en una minúscula coleta sobre mi cabeza. Sentía mis cejas enarcadas y tirantes y pensé que debía de tener un aspecto ridículo. Si la vieja Kichi se había fijado en la cicatriz azul que surcaba mi mejilla, no hizo gesto alguno que lo delatara. Era probable que hubiera bañado en muchas ocasiones al maestro y hubiera observado cientos de veces las suyas.

Al regresar a mi habitación, descubrí que había dejado un kimono limpio sobre mi cama. Era mi ropa para las ocasiones especiales; la única elegante que tenía. Órdenes del maestro, estaba seguro. Sobre él reposaban perfectamente ordenados mis dos sables. Además de forjar de nuevo la catana de mi padre, Miyamoto me había hecho, como correspondía, un sable corto a juego.

Me vestí a toda prisa y me reuní con él en el jardín.

—Eso está mejor —exclamó repasando mi indumentaria para asegurarse de que todo estuviera correcto. Él se había puesto también su chaqueta y su gorro laqueado, como cada vez que acudía a una audiencia.

Esta vez fuimos al castillo montados en nuestros propios caballos. Así vestido, con mis dos sables cruzados en mi cintura, me sentía como un samurái importante.

Los guardias de la puerta nos franquearon el paso sin problemas. Noté cómo uno de ellos se fijaba en mi cicatriz antes de retirar su vista rápidamente al verse descubierto. Cabalgamos hasta el patio principal y dejamos nuestras monturas. Kagetsuna Katakura salió inmediatamente a nuestro encuentro.

—Bienvenido, Miyamoto san —le saludó. Acto seguido, se giró hacia mí—. Es un placer conocerte al fin, Aki —señaló dedicándome una profunda reverencia.

El señor Katakura nos guió por un largo pasillo, con habitaciones a uno y otro lado destinadas a las más variadas actividades, hasta la antesala de audiencias. Imaginé cuántas veces había recorrido el maestro aquel mismo camino. Siempre que partía hacia el castillo, yo trataba de poner imágenes a sus encuentros secretos; para mí constituían el más absoluto de los misterios. Me imaginaba a Miyamoto conducido por una puerta secreta a una estancia recóndita, del tamaño de un pequeño sótano, que nadie excepto el daimio y sus más fieles servidores conocían y en la que se urdían los planes de futuro del clan.

Aunque había visto al señor Masamune con ocasión de algún desfile por las calles, jamás había sido presentado formalmente. Sentía un ligero cosquilleo en el estómago debido a los nervios: no quería avergonzar al maestro.

—Haz lo que yo haga y no hables a menos que se te pregunte —me instruyó Miyamoto, leyéndome de nuevo la expresión.

—Sí, maestro.

Katakura descorrió la puerta y nos precedió a la sala de audiencias. Jamás había visto una habitación tan grande. El daimio estaba en seiza sobre una tarima ligeramente elevada. Me fijé en su armadura y en la gran media luna de su casco: eran imponentes. Su aspecto con él puesto debía de ser aterrador.

El vasallo principal ocupó su lugar y el maestro y yo nos postramos en medio de la estancia.

—Bienvenido, Miyamoto —pronunció Masamune. Su voz me pareció profunda y atronadora.

El maestro postró su cabeza completamente, tocando el suelo. Yo no sabía si hacer lo mismo o esperar a que el daimio se dirigiera a mí personalmente, así que preferí imitarle.

—... y Aki san —añadió seguidamente Masamune. En aquel instante comprendí que debía haber esperado. Miré al maestro de reojo para disculparme, pero su cabeza seguía completamente inclinada—. He leído tu informe, pero quiero que me relates todo lo sucedido de viva voz.

Miyamoto se incorporó y posó sus manos sobre sus muslos. Durante un buen tiempo, relató los pormenores de nuestra misión. Al llegar al momento en el que se había encontrado con Tetsu Ichigawa en los túneles de Iwadeyama, noté un momento de duda y vacilación en su voz. Sin embargo, se recuperó de inmediato. Había decidido omitir esa parte a su señor. Pude sentir sus remordimientos y su conciencia golpearle por dentro. Era probable que, de exponer su desobediencia, el daimio le hubiera exigido cometer seppuku. Al finalizar, le relató nuestro último enfrentamiento con Ichigawa y su aprendiz en su escondite a las afueras de Yonezawa, y cómo yo había dado muerte al fantasma vengador del samurái.

—La única Verdad ha salido de su escondite y ha abandonado el mutismo al que se había sometido durante los últimos tiempos. No todo el mundo está de acuerdo con la paz, ni está contento con quién ejerce la responsabilidad de según, mi señor —concluyó.

Esta vez fue el daimio quien emitió un pequeño gruñido.

—Debemos tener cuidado. Las alianzas son frágiles, como lo es aún el poder de Ieyasu. ¿Crees que Hideyoshi está detrás de todo esto?

—Quizás la única Verdad actúe bajo las órdenes de algún daimio, o quizás, simplemente, busque desestabilizar el país —expuso Miyamoto.

—¿Tú qué crees?

El maestro meditó largamente su respuesta. Revelar lo que sabía implicaba exponer en parte su conversación con Tetsu Ichigawa en los túneles. El asunto, sin

embargo, era de la mayor importancia y estaba muy por encima de sí mismo. Confió en que Masamune no quisiera indagar más allá. Al fin y al cabo, lo que le pedía era una opinión. Debía escoger sus palabras con sumo cuidado.

—Creo que la secta se sirve únicamente a sí misma y a sus objetivos —dijo finalmente—. Usan a los clanes para provocar un enfrentamiento que nos lleve a la guerra y hacerse así con el poder.

La expresión del daimio era ahora de profunda preocupación.

—Tú conoces a Ichigawa. ¿Qué tipo de hombre es? —inquirió.

—Al igual que yo, el maestro Ichigawa sirve a su señor y no se detendrá ante nada.

—Comprendo —murmuró—. Debemos averiguar quién es su máximo responsable. No podemos permitirnos una nueva guerra. Este asunto nos compete a todos, Miyamoto, no únicamente al sogún...

Sus palabras quedaron suspendidas en la habitación. Masamune sabía que los servicios de espionaje de Ieyasu se encargarían del asunto. La amenaza de una guerra, no obstante, pendía sobre la cabeza de cada uno de los daimios del país y era perfectamente consciente de cuáles serían las consecuencias en caso de que eso ocurriera. Era un camino por el que ya había transitado demasiadas veces. La única Verdad estaba usando el descontento de los vencidos y manipulando al propio Hideyoshi para alcanzar su fin último y establecer su dictadura. El maestro comprendió de inmediato que Masamune no se limitaría a esperar acontecimientos. Sencillamente, no iba con su carácter. Eso solo significaba una cosa: debía seguir investigando.

Poco a poco, el daimio relajó algo su expresión y me miró directamente.

—Así que este es el joven que mató al secuaz de Ichigawa. El hijo de Oishi. En su informe, tu maestro destaca tu conducta y tu valentía. También dice que, al igual que hizo tu padre, has prestado un gran servicio al clan... —en aquel instante sentí cómo el rubor se extendía por mis mejillas sin poder controlarlo—... y que hay algo que deseas saber —pronunció finalmente—. Pues bien, Aki Munetomo, hijo de Oishi Munetomo: aquí me tienes.

De repente, me quedé sin palabras. Desde que tenía uso de razón anhelaba descifrar cómo había muerto mi padre. ¡Al fin se me presentaba la oportunidad y era incapaz de pronunciar una sola frase! El maestro se giró hacia mí con gesto serio. Traté de buscar su ayuda y consejo con la mirada, pero no hizo ningún ademán. Era algo que debía hacer solo. Mis ojos regresaron lentamente hacia la posición del daimio.

—Señor... —era una simple pregunta, pero la temía más que al acero de Shiro Uchida—. Desearía saber cómo murió mi padre.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad? —respondió Masamune con una ligera sonrisa

en el rostro.

Me ruboricé de nuevo.

—Hablar de la muerte de tu padre es hablar de la del mío —empezó. En ese instante sentí una punzada de arrepentimiento por haber querido saber—. Hace tiempo, siendo yo ya líder del clan, mi padre fue invitado a una comida en casa de la familia Hatakeyama. Fue una trampa para secuestrarle. Trataron de llevárselo y esconderle para hacerme chantaje. Yo estaba de cacería; junté a un grupo de mis más leales samuráis y fuimos en su auxilio. Les sorprendimos en un río. Ellos establecieron su campamento a un lado y nosotros al otro. Antes de la batalla, mi padre logró hacerme llegar un mensaje: debía darle muerte sin dudarle; únicamente así sería capaz de luchar libremente y vencer. De haber podido, lo hubiera hecho él mismo, estoy seguro.

Comencé a comprender cuál había sido la misión exacta que el daimio había encargado a mi padre. No podía creerlo.

—Pedí un voluntario para que se adentrara en el campamento enemigo y le diera una muerte honorable. Ese samurái sabía que su muerte era segura.

—Mi padre —acerté a concluir.

Masamune asintió.

—Tu padre me prestó el mayor de los servicios sin dudarle. A pesar de nuestras diferencias, éramos amigos. Sólo hubo dos samuráis aquel día que aceptaron la misión —señaló el daimio mirando en dirección al maestro.

En aquel instante, tuve un momento de duda. De odio. Miré a Miyamoto a los ojos, pero él permaneció impassible. Quizás pensó que, con la muerte de mi padre, podría recuperar al amor de su vida. ¿Era posible que mi maestro, mi padre adoptivo, hubiera permitido aquello? Masamune debió adivinar la oscuridad que comenzaba a invadir mi corazón.

—No debes buscar al culpable donde no está —pronunció con severidad—. Yo tomé la decisión. A pesar de las súplicas del otro samurái. Al regresar a casa de aquella escaramuza para informar a tu madre de lo sucedido, tu maestro se enteró de que estaba embarazada, y, para honrar a tu padre, decidió adoptarte como si fueras su propio hijo. Le dije que, si así lo deseaba, podía tomarla por esposa, pero él declinó y decidió respetar su voluntad de no volver a casarse. Desde ese día, tu maestro se ocupa de ambos.

Una lágrima recorrió mi cicatriz azul. Sentí odio hacia mí mismo por haber dudado del hombre que permanecía arrodillado junto a mí. Apenas era capaz de soportar la vergüenza. Giré mi cuerpo hacia él y me postré por completo, suplicando su perdón.

Sentí las manos de Miyamoto posarse suavemente sobre mis brazos, indicándome que me levantara. Masamune permaneció en completo silencio, como Katakura. Al

levantar la cabeza, descubrí que los ojos del maestro estaban humedecidos, a pesar de que su rostro permanecía prácticamente inexpresivo. Trataba de mantener las formas frente a su señor. Y, entonces, justo en aquel instante, delante de él y de su vasallo mayor, hizo algo que no le había visto hacer jamás: rompió a llorar.

Al cabo de un rato, Masamune carraspeó educadamente. Miyamoto y yo nos separamos y regresamos a nuestra posición formal. El daimio hizo entonces un gesto a Katakura, que abrió un pequeño arcón y extrajo papel, un pincel y un tintero, dispuesto a tomar nota.

—Aki Munetomo —me interpeló en tono ceremonioso—: Tu maestro me ha pedido que, a partir de este mismo instante, quedes oficialmente asignado al servicio del clan como ayudante del Investigador Principal de Asuntos Especiales. Que así sea —dijo entonces en dirección a Katakura, que lo anotó con caligrafía rápida y hábil. Después, volvió a dirigirse a nosotros—. Miyamoto Tsunetomo también ha solicitado mi permiso para que Ichiro Omura reciba sus enseñanzas como estudiante de su escuela y sea asignado a su servicio como vasallo. Que así sea también —finalizó.

Katakura terminó de escribir y le tendió los papeles. Masamune tomó entonces un sello de una arqueta situada a su lado, lo mojó en un pequeño tintero a juego y estampó el documento. Entonces, se puso en pie y descendió de la tarima. Se plantó frente a mí y me ordenó levantarme. Su figura era imponente. Miré a Miyamoto, buscando una indicación de qué debía hacer. El maestro me señaló que obedeciera. El daimio me miró fijamente a los ojos, primero, y a mi mejilla, después. Ambos compartíamos una cara marcada que nos acompañaría toda la vida. La figura de Takeshi acudió a mi mente: «No te compadezcas nunca de ti mismo: haz de tu debilidad algo que infunda temor a tus enemigos». Masamune Date lo había conseguido: ahora me tocaba a mí. Me entregó el documento, lo cogí y me incliné ante él.

A partir de ese instante, era ya oficialmente un samurái. Como mi padre. Como mi maestro.

# AKIGLOSARIO

**Amateratsu:** Diosa del sol de la mitología japonesa. Su nombre significa «Diosa gloriosa que brilla en el cielo».

**Ashigaru:** Literalmente, «pies ligeros». Los ashigaru conformaban las fuerzas de soldados rasos al servicio de un señor feudal.

**Bakufu:** «Gobierno sobre la tienda». Así se conocía al gobierno militar que rigió Japón entre finales del s. XII y la Restauración Imperial Meiji de 1868.

**Bokken:** Sable de madera usado en la práctica de diversas artes marciales japonesas, especialmente en el kenjutsu o esgrima. Es usado como sustituto del sable real.

**Chawan:** Taza empleada para preparar y servir el té.

**Daisho:** Proviene de la fusión de los términos daito (espada grande) y shoto (espada pequeña) y significa literalmente «Grande y pequeña». Hace referencia a las armas tradicionales del samurái, la catana y el wakizashi.

**Daimio:** Señor feudal al frente de una provincia.

**Dojo:** Lugar de práctica de las artes marciales tradicionales japonesas. También hace referencia a un lugar de meditación y práctica del Budismo zen.

**Edo:** «Estuario». Es el nombre que tuvo Tokio hasta 1868. En 1603, el shogún Ieyasu Tokugawa estableció allí la sede de su gobierno y la convirtió en capital defacto, mientras que Kioto seguía siendo la capital oficial y el lugar de residencia del emperador.

**Fusuma:** Puerta corredera típica para separar las estancias en las casas japonesas.

**Genkan:** Área de entrada de una casa. Su función es servir para quitarse los zapatos antes de entrar en la vivienda principal.

**Haiku:** Poema tradicional japonés formado por tres versos de cinco, siete y cinco sílabas. Los haikus se basan en el asombro que provoca la simple contemplación de la naturaleza. Su objetivo es atrapar la belleza efímera de un instante.

**Han:** Feudo perteneciente a un daimio.

Iaijutsu: Arte marcial japonés relacionado con el desenvainado rápido y posterior envainado de la catana para defenderse y atacar.

Fina: Salón principal de la casa.

Inugami: Espíritu animal, comúnmente un perro, usado para llevar a cabo una venganza.

Jo: Bastón medio de madera, de entre 120 y 130 centímetros, usado en algunas artes marciales japonesas.

Jutte: Arma tradicional japonesa cuyo nombre significa «Diez manos» debido a su efectividad y a que puede manejarse de hasta diez modos diferentes. Era usada generalmente por los agentes de policía de a pie durante el Periodo Edo.

Kabuki: Forma de teatro tradicional japonés caracterizado por el uso de elaborados maquillajes por parte de los actores.

Kabuto: Tipo de casco usado por los samuráis en batalla y generalmente decorado con el símbolo de su portador.

Takejiku: Pintura o caligrafía japonesa flexible y enrollable para colgar en la pared como decoración.

Kanabo: Bastón o garrote de madera de roble recubierto con hierro o acero y usado como arma en el Japón feudal.

Kanji: Son los caracteres usados en la escritura de la lengua japonesa. Cada kanji expresa un concepto y tiene un significado. Dependiendo de su contexto, su uso combinado y su posición dentro de la frase, sin embargo, puede tener diferentes pronunciaci3nes y, por lo tanto, referirse a cosas distintas.

Katana: Sable japonés de filo único y curvado usado por los samuráis. Suele medir en torno a un metro de longitud y pesar alrededor de un kilo. Era considerada el alma del guerrero.

Koi: Carpa de color usada para decorar los estanques de los jardines.

Koku: Medida de volumen. Fue definido como la cantidad de arroz necesaria para alimentar a una persona durante un año entero. Un koku equivale a 278,3 litros y pesa aproximadamente unos 150 gramos. Se usaba en el Japón feudal para medir la

riqueza de un feudo.

**Kusarigama:** Arma compuesta por una hoz (kama) atada al extremo de una cadena (kusari) que podía alcanzar entre 1 y 3 metros de longitud.

**Metsuke:** Servicio de inspectores del gobierno Tokugawa. Se encargaban generalmente de delitos de malversación, prevaricación y corrupción por todo el territorio, tanto a nivel público, como privado.

**Mitayama:** «Casa de almas». Pequeño cofre de madera blanca donde se coloca el Tamashiro durante un funeral.

**Naginata:** Arma usada por los samuráis y los monjes del Japón feudal. Consiste en una hoja curva, del tamaño aproximado de una katana, colocada al final de un largo palo.

**Nodachi:** «Gran espada o sable de campo». Es un tipo de espada de longitud superior a la katana y que se maneja a dos manos.

**Oni:** Espíritu malvado del folclore japonés. Generalmente se les representa como gigantescas criaturas de forma humanoide, uñas afiladas, pelo enmarañado y cuernos en la cabeza. Su arma favorita es el kanabo.

**Ometsuke:** Servicio secreto del gobierno Tokugawa.

**Onmyouji:** Maestros del Ying y el Yang. Eran especialistas en magia y adivinación y estaban agrupados en la oficina de Onmyo. Sus responsabilidades iban desde preparar calendarios, hasta tareas místicas como la adivinación y la protección de la capital de los fantasmas malvados. Se dice también que podían invocarlos y controlarlos a su antojo.

**Onmitsu:** «Los guardianes del jardín». Eran espías ninja utilizados para proteger el castillo del shogun en Edo durante el Periodo Tokugawa. Además de sus labores de protección, se infiltraban entre la gente para mantener una red de espionaje e informar al shogun de todo lo que sucedía a su alrededor.

**Oshure:** Armario destinado a guardar el futón y las almohadas (makura) tras su uso.

**Rokurokubi:** Espíritu del folclore japonés, generalmente femenino. Durante el día parecen seres humanos normales, pero por la noche adquieren la habilidad de estirar su cuello a grandes longitudes como una serpiente. A menudo, son seres

verdaderamente siniestros que se comen a la gente y beben su sangre.

Ronin: Samurái sin señor durante el periodo feudal japonés.

Sai: Arma tradicional japonesa usada en artes marciales. Al igual que otras, empezó como apero de labranza. Su forma básica es la de una daga sin filo, pero con punta, con dos largas protecciones laterales también puntiagudas unidas al mango.

Seiza: Literalmente, «correcto sentar». Define la forma tradicional japonesa de sentarse de rodillas.

Sekigahara: Batalla decisiva en la historia de Japón. Tuvo lugar el 21 de octubre de 1601. Durante este conflicto se enfrentaron los ejércitos de las dos principales facciones del país: por un lado, quienes consideraban que Hideyori, hijo de Hideyoshi Toyotomi, era el verdadero sucesor por derecho y debía convertirse en el dirigente del país. Por otra parte, la facción de los que apoyaban al daimio Tokugawa Ieyasu, uno de los señores feudales más poderosos y uno de los Cinco Consejeros del propio Hideyoshi, para que fuera él el elegido. Tras la victoria de Ieyasu, se inició la dinastía Tokugawa que dio nombre al también conocido como Periodo Edo, que duraría hasta 1868, con la Restauración Imperial Meiji. El ascenso de Ieyasu Tokugawa al poder trajo más de 200 años de paz ajapón.

Sensei: Término japonés que designa a un maestro, un sabio o a una persona docta.

Seppuku: Suicidio ritual.

Shabushabu: Cazuela llena de tallarines, verduras y camarones o delgadas lonchas de vacuno hervidos en caldo suave.

Shura: Espíritu enfurecido. Los shura son reencarnaciones de guerreros muertos en combate y personifican el espíritu del odio y la venganza.

Sintoísmo: Nombre de la religión nativa de Japón, basada en la adoración de los kami o espíritus de la naturaleza. Algunos kami son locales y conocidos como espíritus de un lugar en particular; otros, en cambio, representan objetos naturales mayores, como Amateratsu, la diosa del sol.

Sogún (Shogun): «Comandante del ejército». Rango militar y título concedido directamente por el emperador de Japón. Desde el s. XII y hasta la Restauración Meiji de 1868, el shogun se constituyó como el señor defacto de todo el país. Aunque el emperador seguía siendo el legítimo gobernante, depositaba su autoridad en él para

gobernar en su nombre. Durante este tiempo, se vio obligado a delegar completamente cualquier atribución o autoridad civil, militar, diplomática y judicial a quien tuviera dicho título.

Soba: Tallarines finos tostados con varias coberturas. Pueden comerse en caliente o en frío.

Sukiyaki: Mezcla de tallarines, vacuno en finas lonchas, huevo y verduras hervidos en una salsa especial hecha de caldo de pescado, salsa de soja, azúcar y sake.

Tamashiro: «Marca de almas». Tabla de madera blanca en la que, según la religión sintoísta, debe entrar el alma del difunto. En ella están escritos los nombres de cada antepasado.

Tanto: Cuchillo en forma de pequeña katana.

Tozama: Término usado para referirse a los daimios o señores feudales de provincias alejadas de la capital, y, por tanto, difíciles de controlar, así como a los considerados una amenaza potencial por el shogun.

Uiro: Pastel dulce de harina de arroz al vapor.

Wakizashi: Sable corto que portaban los samuráis, con una longitud de entre 30 y 60 centímetros. Junto a la katana, formaba el daisho (las dos espadas) auténtico símbolo distintivo de clase durante el Periodo Edo.

Yari: Lanza de punta recta y uno o dos filos usada habitualmente por los ashigaru en la batalla.

Yokai: El término yokai abarca a todos los monstruos y seres sobrenaturales de la cultura japonesa, desde los malignos a los simplemente caprichosos. Son generalmente invulnerables al ataque humano, pero pueden ser derrotados por expertos exterminadores (taijiya) y algunos monjes budistas.